

BOLETIN
DE LA
ACADEMIA MEXICANA

1



ENERO-JUNIO

1981

Boletín *al cuidado de:*
MAURICIO MAGDALENO
PORFIRIO MARTÍNEZ PEÑALOZA
MANUEL PONCE

Responsable de la edición:
ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

Aparece los días 1º de enero y 1º de julio de cada año

© ACADEMIA MEXICANA
Donceles 66
México 1, D. F.

BOLETIN DE LA ACADEMIA MEXICANA

Semestral

VOL. I

ENERO-JUNIO DE 1981

NÚM. 1

SUMARIO

DOCTRINAS E IDEAS

Patria y lengua	7
El porvenir de nuestra lengua, por <i>Amado Alonso</i>	9
Las cosas andan así, por <i>Andrés Henestrosa</i>	18

ESTUDIOS GRAMATICALES Y LEXICOGRÁFICOS

Nahuatlismos en el castellano de España [I], por <i>Miguel León-Portilla</i>	23
Observaciones sobre el uso del gerundio, por <i>José G. Moreno de Alba</i>	37

ESTUDIOS LITERARIOS

La "Antología de poetas mexicanos", por <i>Francisco Monterde, Octaviano Valdés, Manuel Ponce y Porfirio Martínez Peñaloza</i>	45
--	----

DEBATES

Sobre la grafía de la palabra México [I], por <i>Servando Teresa de Mier, F. Flores y Gardea, Manuel G. Revilla y Victoriano Salado Álvarez</i>	67
---	----

DESFILE DE DISLATES

Los límites del humor: "Debelar" o "develar", "Dictar", por <i>Mauricio Magdaleno</i>	85
"Mínimo", por <i>Victoriano Salado Álvarez</i>	87

DOCUMENTOS

Discurso al instalarse la Academia Norteamericana de la Lengua Española, por <i>Carlos F. McHale</i>	91
--	----

VIDA DE LA ACADEMIA

Homenaje a Agustín Yáñez, por <i>José Luis Martínez</i>	101
Luto por Agustín Yáñez, por <i>Octaviano Valdés</i>	104
Luto por José Martínez Sotomayor, por <i>Mauricio Magdaleno</i>	113
Felipe Teixidor en su tránsito, por <i>Antonio Acevedo Escobedo</i>	11
Antonio Castro Leal. <i>In memoriam</i> . por <i>Porfirio Martínez Peñaloza</i>	116
José Ignacio Dávila Garibi. <i>In memoriam</i> . por <i>Ernesto de la Torre Villar</i>	11
Boyd G. Carter [1908-1980], por <i>Porfirio Martínez Peñaloza</i>	122
José Luis Martínez, nuevo Director de la Academia Mexicana	12+
Juan Rulfo y Salvador Elizondo, nuevos académicos	125

NOTAS Y RESEÑAS

Alberto Vásquez del Mercado. <i>In memoriam</i> , por <i>Antonio Castro Leal</i>	129
Bernardo Canal Feijoo al frente de la Academia Argentina de Letras, por <i>M. M.</i>	130

Libros

Concepción Lombardo de Miramón, <i>Memorias</i> , y José Fuentes Mares, <i>Miramón, el hombre</i> , por <i>María del Carmen Millán</i>	131
Antonio Alatorre, <i>Los 1001 años de la lengua española</i> , por <i>Ernesto de la Torre Villar</i>	135

Varia

Información diversa. <i>A. A. E.</i>	137
--	-----

En la portada: Quetzalcóatl y la sabiduría de la palabra. (*Códice Vindobonense*, 27.)

Doctrinas e Ideas

PATRIA Y LENGUA

Nace esta publicación del propósito de influir, siquiera sea en limitada parte, en la salud de nuestra lengua, nuestra lengua materna, en esta hora en que la intensa y masiva intercomunicación mundial produce averías —tal vez valga más decir, con cierto sentido del humor, indigestión e infección— en los modos legítimos de nuestra habla. La Academia Mexicana de la Lengua sale a la calle, con tal motivo, para informar al lector interesado en la salvaguarda de intereses fundamentales de nuestro ser patrio, del buen uso de aquélla, la lengua que hablamos y escribimos y que funda la raíz misma de nuestra patria.

La patria no se compone de una mera aglomeración humana sin más normas que la concentración de individuos nativos de un determinado suelo, del suelo de México, en este caso: la patria es, por sobre las instituciones que la rigen y aun por razón territorial, el habla de su gente, la expresa manera de entenderse, el sentimiento verbal que las une e identifica. Basta y sobra con considerar que el mexicano bebió la leche de la patria en el pecho de su madre, y que ama por conducto de sus más emotivas voces, y que se conmueve y vibra por obra de sus poetas, y que cree en una determinada fe que hace del individuo una partícula insignificante si se le mide en tamaño material, pero magna y palpitante en el seno de la comunidad. Lengua es patria: ambos términos son indivisibles. Y para el caso es lo mismo que el mexicano profese esta o aquella religión, esta o aquella ideología política, esta o aquella diferencia de región a región.

Nos une con inquebrantables lazos la lengua en que nos entendemos: deformémosla y pasémosla por alto y desaparecerá toda noción de patria. Dice al respecto un buen amigo y celebrado publicista, Gonzalo Báez-Camargo (Pedro Gringoire), en página de un libro reciente: "Por lo que ve a lo que las respectivas profesiones son en sí, lo cierto es que al presente los peores corruptores de nuestra lengua son los agentes de publicidad y de viajes, los locutores de radio y televisión, y los reporteros y traductores de cables de la prensa. Y es obvio lo dañino que esto resulta, visto el poder de difusión de esos medios de comunicación en masa.

Que a un locutor se le ocurra decir un disparate, y éste vuela por los aires, penetra por millones de oídos y se asienta en millones de mentes y de bocas." El párrafo es justo: Gringoire señala puntualmente a los responsables, a los terribles responsables de la corrupción que padece actualmente nuestra lengua.

La Academia no se opone, ni mucho menos, al ingreso al Diccionario de la Lengua de voces y neologismos a condición de que respondan a una precisa legitimidad. Una lengua no es un claustro cerrado al habla de la calle y a los vocablos de uso tecnológico o científico que no tienen sustituto ni equivalencia en nuestra habla. La Academia —queremos asegurarlo enfáticamente— no está cerrada, ni mucho menos, al uso de voces que enriquezcan nuestra lengua; reclama, exclusivamente, su legitimidad. Si a algo se opone aquélla, la Academia, es a los disparates y barbaridades que hieren la limpieza de nuestro sentido de patria. Mes con mes llegan a la Academia consultas y sugerencias; tratamos —y es una de las intenciones de este *Boletín*— que crezcan, que se sienta la necesidad de dar a nuestra habla, el habla materna, su mejor, su más sana tonalidad.

EL PORVENIR DE NUESTRA LENGUA

POR AMADO ALONSO

¿Llegará la lengua española, con el correr del tiempo, a fraccionarse en tantos idiomas como naciones hoy la hablan?

Ésta es idea en la que se ha insistido repetidas veces, no sólo para la Argentina, sino para toda América. Unas, con morboso anhelo, por esos cuyo patriotismo se complace en lo diferencial, sea bueno o malo; otras, con melancólico pesimismo, como en el caso de Rufino José Cuervo. Cuervo fue la figura más eminente de la filología hispánica hasta la aparición de Menéndez Pidal, y hoy mismo sus investigaciones son fundamentales sobre varios puntos de la historia de nuestra lengua. El gran americano se pasó la vida predicando a sus coterráneos el esfuerzo constante por acomodarse a la lengua de Castilla, como única manera de no malbaratar el principal tesoro legado por los fundadores de la civilización hispanoamericana. Y sin embargo, al final de su vida, se le escapó el melancólico vaticinio de que, a pesar de todos nuestros esfuerzos por mantener la unidad del idioma, en un futuro más o menos lejano cada país de América hablará una lengua distinta, no entendida por los demás. Lo dijo primero en una carta al poeta argentino Francisco Soto y Calvo, publicada más tarde como prólogo en uno de los libros de este escritor, e insistió con gran nobleza de ánimo en su famoso artículo *El castellano en América* (*Bulletin Hispanique*, 1901). Así como el latín, primitivamente uno en las distintas provincias romanas, acabó por fraccionarse en otras tantas lenguas, así también la ley inexorable de la naturaleza hará que con el tiempo nuestra lengua sea distinta en cada país, por mucho que nos esforcemos en impedirlo. ¡Con qué íntima alegría se hubiera dejado Cuervo convencer de su error! Rufino José Cuervo, como sucede a la inmensa mayoría de los investigadores científicos, aceptó sin críticas, sin el menor recelo, con toda naturalidad, las ideas bases sobre las que se sostenía la lingüística de su tiempo. Era el siglo de los triunfos ruidosos del evolucionismo darwiniano y del positivismo, y las ciencias del espíritu se dejaron moldear la fisonomía por la imagen proyectada de la

todopoderosa ciencia natural. En las disciplinas históricas, ya fueran historia política o económica, religiosa o literaria, se consideró como objeto único del tratamiento científico las condiciones de determinación y de necesidad: antecedentes, ambiente, etc. Y lo mismo en la Lingüística. El célebre filólogo alemán Schleicher proclamaba la necesidad y obligatoriedad de las leyes fonéticas en orgulloso parangón con las leyes naturales, la de la gravedad, por ejemplo. Las lenguas eran concebidas como organismos vivos que nacían (y tenían madre), crecían y morían. Ellas vivían de por sí, con sujeción a leyes propias, ante las cuales la voluntad del hombre estaba tan desarmada como la de un niño ante la tempestad. Toda la educación, toda la cultura de Cuervo, que era la de su época, le constreñía a aceptar como válida esta representación. No eran en él estas ideas juicios, sino pre-juicios. Eran supuestos, por supuestos.

Si nuestra lengua fuese, en efecto, un organismo vivo, sujeto a las leyes de la vida orgánica, si fuese como un trigo sembrado por los fecundos campos de la América española, ¿qué remedio sino aguardar su caducidad y descomposición como organismo actual y esperar su resurrección futura en los trigos diferentes de cada país! La lingüística historicista y evolucionista del siglo XIX no podía en esto hacerse ilusiones: sabía que las lenguas semitas procedían de una lengua común, que las lenguas romances habían nacido de la descomposición del latín: que los idiomas indoeuropeos, tan desemejantes hoy, habían sido un día uno y el mismo idioma; que por todo el mundo lenguas parientes denuncian la existencia anterior de una lengua unitaria que después se fraccionó. Nuestro idioma no podría escapar al inexorable destino. El fraccionamiento futuro de nuestra lengua "a la luz de la historia es de ineludible cumplimiento", formuló el mismo Cuervo.

Pero la lengua no es un organismo animal, ni vegetal, no es ningún producto natural, ni tiene en sí leyes autónomas ni condiciones de existencia ajenas a la intervención de los hablantes. El lenguaje no pertenece a la Historia Natural, sino a la Historia Humana. Una lengua ha sido lo que sus habitantes hicieron de ella, es lo que están haciendo, será lo que hagan de ella. Las llamadas leyes fonéticas y cualquiera otra clase de leyes lingüísticas no son más que intentos de ordenación, parcialmente logrados en su medio de intercomunicación, por los hombres que componen una comunidad idiomática. Por los hombres, por su intelecto y por su fantasía, por su querer y por su valorar, no por no sé qué fuerza

química de cristalización ínsita en la misma lengua. Es cierto que si yo me propongo personalmente que mi lengua siga un rumbo cualquiera que se me antoje, fracasaré. Tampoco un voto disidente altera la decisión de un congreso. Apoyándose en eso la lingüística naturalista creía poder afirmar la independencia histórica de la lengua respecto a la voluntad de sus hablantes. Pero sólo si considero *un hablante* enfrentado a la lengua, será cierta esa perfecta inutilidad de su voluntad de intervenir. En esta ocasión, como en otras, los lingüistas se han enredado los pies en los yuyos de su terminología metafórica: "las consonantes sordas se sonorizan"; "el latín *vivió* hasta el siglo V", "las lenguas *evolucionan* constantemente", etc. Las metáforas son siempre tangentes a la verdad; por eso, en poesía son esenciales como conquistas de la intuición creadora, como que designan verdades poéticas recién descubiertas y, por lo tanto, innominadas; y son también de gran valor en las ciencias; pero asimismo peligrosas porque se necesita una austeridad mental casi heroica para no contar deductivamente en el razonamiento más que con la tangencia escueta, sin aprovechar aquellas partes de la metáfora que no tocan a la verdad. Cuando no se tiene tal entereza y se deja que el intelecto desoville a su gusto la metáfora —verdad siempre y sólo poética— entonces las metáforas velan la realidad.

No es posible que un individuo oponga su propia voluntad de dirección a la orientación propia, *natural*, autónoma, de la lengua, porque *ella*, la lengua, no tiene voluntad, ni orientación, ni destino que oponer a los humanos. Pero sí es posible que la voluntad de orientación lingüística de un individuo se oponga a la voluntad comunal de orientación de sus coparlantes. Al ver estrellada la voluntad activa de un individuo contra la voluntad pasiva y activa de la masa de individuos que integran una comunidad lingüística —porque se resisten a aceptar determinado sesgo en las innovaciones y se empeñan en mantener otros distintos—, se entendía esta voluntad de la masa como destino ciego de la lengua y se concluía que el individuo no puede intervenir en los destinos de su idioma. ¿No es patente el influjo que la prosa personal de Ortega y Gasset ha ejercido en la lengua escrita de España y América, especialmente en la de muchos escritores que están a caballo entre el periodismo y la literatura? ¿No sabemos que la aparición de *La gloria de don Ramiro* despertó en los escritores rioplatenses la voluntad de una prosa más literaria? ¿No es seguro que la lengua escrita pone su sello en la lengua oral de

las ciudades, influyendo en su fisonomía? ¿No es cierto que el habla de las ciudades ejerce un poder de imitación en las hablas provinciales y rurales, especialmente en épocas de auge cultural? La intervención que un individuo de empuje personal tiene en los destinos de su lengua es proporcional a su potencia de proselitismo idiomático.

Ningún destino se le impone con mandato fatalista a nuestra lengua.* Será culta y fina y dúctil, o bárbara y tosca, será una *coine*, una lengua extendida sobre varios estados, o será un *patois*, distinto en mi ciudad o en mi villorrio del que se habla en el vecino. Pero téngase por seguro que cualquiera sea su rumbo será el que nosotros le demos. Nada de trayectorias astronómicas prefijadas. Nada de igualar una lengua a un organismo, con su germinación, verdor, sazón, descomposición y reproducción, o con su concepción, nacimiento, infancia, adolescencia, madurez, caducidad, muerte y proliferación. (El concepto naturalista del lenguaje tiene que admitir que los idiomas hijos son siempre póstumos.) Nos citan como ejemplo inescusable la suerte del latín, muerto en sí y vivo en cien lenguas y dialectos nuevos. No se acuerdan del griego extendido también en la antigüedad por áreas inmensas de Europa, de Asia y de África, vivo y vivaz en el Imperio bizantino hasta la víspera misma de la Edad Moderna, arrinconado luego por las arrolladoras invasiones de árabes y turcos, y todavía vivo hoy mismo en las mentes y en las bocas de millones de griegos. ¿Que el griego de Venizelos ya no es el de Platón? Tampoco el de Platón era ya el de Homero, tanto que la filología nació de la necesidad de dilucidar difíciles cuestiones de idioma en Homero y en Hesíodo. Pero es siempre el mismo y uno en su continuidad, como lo es el español del Cantar de Mio Cid y el de Lugones, y no radicalmente diferenciado como el francés, el español, el italiano, el portugués, el rumano, el catalán y el provenzal respecto del latín. Tanto que actualmente ha sido posible la empresa de re-
mazar el griego clásico como lengua escrita.

En todas estas visiones fatalistas que predicen el *necesario* y *natural* fraccionamiento futuro de nuestra lengua común, hay siempre un equívoco histórico. Se piensa que las lenguas hijas nacen de la progresiva atomización de la lengua madre. Se piensa que el español, portugués, francés, italiano, rumano, etc., son el resul-

* La ciencia de Cuervo, empapada de naturalismo, preveía como inevitable el fraccionamiento de nuestra lengua en cada estado "según el orden *natural* de las cosas".

tado natural de la descomposición del latín en los suelos respectivos. Pero lo cierto es que un proceso de desintegración nunca puede llegar a resultados semejantes. La desintegración del latín no pudo llevar más que al estado de *patois* y a la multiplicación caótica de los *patois*, de los *babels*. De un proceso de desintegración nunca puede nacer una lengua de cultura.

Al revés. Las lenguas de civilización que llamamos francés, español, italiano, provenzal, catalán, rumano y portugués han nacido y crecido gracias a un movimiento inverso de recomposición. La diferenciación anarquiza, *patoisiza*, si se me perdona el barbarismo. En todo caso, ruraliza. Tuvo que ser contenido y violentado aquel movimiento creciente de diferenciación que hacía el habla de este valle incómoda, inmanejable y casi incomprensible para los del valle vecino; tuvo que venir un movimiento nivelador y unificador de aquellas diferencias rurales, un sentido de urbanidad, de civilidad, una superación del espíritu de campanario que se satisfacía con los modos estrictamente localistas de decir.

Falsa visión esa que se imagina a las hermosas lenguas romances como el hundimiento progresivo del latín en los respectivos países. ¡Qué ceguera la de creer que las lenguas, fatalmente, *naturalmente*, caminan hacia su desintegración, queramos o no! Somos nosotros, nosotros los hablantes, los que llevamos el idioma hacia abajo o hacia arriba, hacia el fraccionamiento o hacia la unificación, hacia la ruralización y dialectización localista o hacia la urbanización general, hacia la barbarie o hacia la civilidad. Porque en el fondo, ése es el *quid*: si el ideal perseguido en la vida de relación es de incivilidad o de civilidad. No se puede ni siquiera pensar que el movimiento evolutivo de la lengua lleve una dirección discrepante de la que llevan las otras manifestaciones de la cultura. Las hablas romances iban en multiplicación y en descomposición durante los siglos que corrieron del V al XII, en los tiempos oscuros de la alta Edad Media, cuando la cultura superior se hundió en la barbarie, sin que hubiera de poblado a poblado apenas otras relaciones que las de hostilidad. Ni los reyes mismos sabían leer. No había una lengua de cultura (fuera del latín conservado profesionalmente por los eclesiásticos) porque no había propiamente una cultura que expresar y que comunicar. Había barbarie. Entiéndase bien: no es que tildemos de bárbaros a aquellos hombres por haber dejado ruralizar y diferenciar hasta el infinito su hablar, sino justamente al revés: que su hablar se diferenció y se ruralizó sin remedio porque eran bárbaros. ¿Sin

remedio? Cuando pusieron remedio a su barbarie, su lenguaje comenzó también a urbanizarse, a reconstruirse en lengua, a elevarse, a unificar diferencias dialectales, a dejarse animar por el ideal de normas comunes, por la atención a valores formales como expresión de un modo de ser más civil; en una palabra, el lenguaje comenzó también a civilizarse. Y cuando aparecieron las lenguas literarias o, si se quiere, la forma literaria de las lenguas, ésta aceleró en todas partes el proceso de reintegración, nivelación, unificación y elevación del lenguaje hablado, por ser para cada individuo, mediara o inmediatamente, el punto de referencia más seguro y más prestigioso posible. Desde entonces, el ideal de lengua que a cada uno mueve estuvo influido más o menos cercanamente por un mismo tipo, el literario; y el parentesco creciente de los ideales regionales, locales e individuales, nutridos en el mismo ideal de lengua literaria, ha hecho que las diferencias idiomáticas se vayan borrando con la misma rapidez con que el sentido bárbaro de la vida las había ido antes imponiendo. En toda Europa los dialectos desaparecen. La lengua general va primero infiltrando sus modos entre los dialectales, impregnándolos luego cada vez más, hasta que, por fin, los dialectos quedan desalojados, olvidados, suplantados. En el momento actual apenas es lícito hablar ya de dialectos, sino más bien de lengua general dialectizada. Las lenguas mismas literarias llevan entre sí un movimiento aproximador. El vocabulario de la cultura superior se unifica cada vez más en todos los idiomas, y en cada uno los escritores desarrollan posibilidades de expresión al estímulo de las semejantes cumplidas en los otros idiomas. El ilustre filólogo finlandés O. J. Tallgren ha presentado un muestrario de las expresiones calcadas y no calcadas* que

* Pongamos nosotros dos ejemplos locales: la frase española *entre Pinto y Valdemoro* ha sido calcada (acomodada) en la Argentina con *entre San Juan y Mendoza*, y al español *mirar los toros desde la barrera* corresponde en la Argentina *balconear*. Esto dentro de una misma lengua. Entre lenguas diferentes a veces hay también esta acomodación, a veces no. Nuestro *presidente* es en alemán *Vor-sitzer*, el francés *fair la cour* se calcó en español como *hacer la corte* y en alemán *den Hof machen*. Si *presión* es en alemán *Druck*, *im-presión* es *Ein-druck*, y *ex-presión* *Ausdruck*. Traer un asunto, un razonamiento *por los cabellos*, *traído por los pelos*, se dice en francés *un raisonnement tiré par les cheveux*, en alemán *bei den Haaren herbeigezogen*, en sueco *hardgragen*. Si los franceses dicen la *crème de la société*, nosotros *la flor y nata*, *la crema y la nata*, *la crema*, los italianos *la crema dell'aristocrazia fiorentina*, los alemanes *die Creme der Gesellschaft*, en sueco *sjalva gräddan av societeten*, en finlandés *yhteiskunnan kerma*. Esta labor constante de nivelación entre las distintas lenguas europeas es tan intensa que un lin-

corren idénticas por todas las lenguas europeas, no sólo por las romances, y por las germánicas, sino también por las eslavas y las del grupo fino-húngaro.

En la América nuestra es evidente el mismo movimiento re-constructor y unificador. En Chile, la mayor parte de los localismos dialectales que Andrés Bello denunció hace ochenta años han sido abandonados por las personas de cultura media. Y en todas las otras naciones americanas, en la Argentina también, se sigue con seguridad un progresivo acercamiento del habla oral de las ciudades al tipo literario de la lengua. Y esto, de toda evidencia, tiende a la unificación.

No. De ninguna manera es inevitable y *natural* el fraccionamiento. Lo inevitable es la evolución, mientras se trate de una lengua que las gentes hablan. Porque en el equilibrio buscado entre individuo y sociedad, entre el hablante y el oyente, el hablante hace siempre valer su individualidad en medio de todas las concesiones a la lengua común; esos individualismos de expresión son los que —en mínima parte— caen justo en el sentido idiomático de las gentes y son repetidos, adoptados, generalizados, hechos de estilo gramática, hechos lengua. La lengua es la suma, nunca cerrada, de las conquistas individuales de expresión que logran la adhesión de la comunidad. Por eso la inmovilidad sólo es posible en las lenguas muertas.

Pero ¿por qué *evolución* va a implicar *disgregación*? Nada fatal estorba que la evolución de nuestra lengua lleve una marcha unitaria. Tenemos un tipo común de lengua escrita —descontadas las variedades de gusto personal—, que cada día presiona más sobre la lengua hablada de todas nuestras naciones, moldeándola más a su misma manera e igualándola progresivamente en altura y dignidad. Mientras subsista o se mejore este tipo de cultura, las hablas de todas nuestras naciones evolucionarán en convergencia hacia una ideal unidad.

Pero ¿no es por lo menos posible que sobrevenga una disgregación? Ya lo creo, mas no como se lo puede imaginar un nacionalismo lingüístico. Para que ocurra un fraccionamiento en nuestro idioma tiene que romperse la actual cultura. Romperse, quebrarse con discontinuidad, no meramente transformarse.

güista como Antoine Meillet ha podido decir, aunque con evidente exageración: "En el alemán no subsiste de germánico más que los medios materiales de expresión; todo el aspecto semántico es latino o románico." (*Les langues de l'Europe nouvelle*, pág. 266.)

Las lenguas romances no nacieron porque el antiguo Imperio romano, unidad estatal, se fraccionara en varios estados, como ha sucedido recientemente al Imperio colonial español, sino porque la cultura de que la lengua era instrumento y expresión se fraccionó en la barbarie del exclusivismo y de la vista corta, de la carencia de normas y de la carencia de verdaderos estados. Fue necesario un colapso de la cultura material y espiritual. ¿Qué nacionalismo querría pagar tan caro un idioma exclusivo? La Argentina necesitaría un cataclismo: la destrucción de su Capital como ciudad que tiene su prosperidad y sus negocios pendientes de la marcha comercial e industrial del mundo, quedando reducida a un villorrio que viviera de sí mismo; el cierre de sus puertos colosales convertidos en desembarcaderos de pescadores; la desconexión de Buenos Aires con el resto del país, y el divorcio total de unas regiones con otras; o lo que es lo mismo, la destrucción interna de la nación.* Sería preciso, por otro lado, que la humanidad perdiera su actual dominio sobre la naturaleza y sobre el mundo: que la navegación volviera a ser a remo y a vela, que desapareciera la ciencia, que se perdiera el secreto de la telecomunicación, que se olvidara la imprenta. Que la cultura dejara de ser universalista y volviera a ser localista, y más exacto, radical inculcadora. Y a la vuelta de todo esto, cuando naciera de las ruinas de la actual civilización una nueva, ya no sería la Argentina la nueva nación: sería una con área y límites hoy imprevisibles, quizá con varias lenguas diferentes dentro de su territorio. Ni Suiza, ni Francia, ni Portugal, ni España, ni Italia son estados nacionales creados sobre los límites geográficos de una lengua.

Pero mientras el puerto de Buenos Aires sea no sólo la mano que da y recibe, sino también la mano fraternal que la Argentina extiende amistosamente al mundo, la tendencia lingüística del país será, como lo es hoy, no al aislamiento y escisión sino a

* Óigase qué dice sobre esto un lingüista eminente, A. Meillet, ajeno a los intereses particulares de nuestro pleito: "Una lengua hablada sobre un pequeño espacio por un pequeño número de hombres no puede subsistir más que viviendo aislados los que la hablan. Se encuentra en las montañas del Cáucaso una cantidad de lenguas distintas unas de otras. Las poblaciones que las emplean no participan en la civilización de su tiempo." "El progreso de la civilización tiene por efecto el obligar a las gentes que hablan lenguas puramente locales a conocer a la vez una de uso más general." "Las grandes fuerzas colectivas actúan en provecho de la unidad de lenguas." (*Les langues de l'Europe nouvelle*, pág. 103.)

la universalidad. Mientras el intercambio de libros y de la prensa periódica no se suprima, seguirá la lengua literaria siendo una constante invitación recíproca, entre la Argentina y las demás repúblicas hispánicas, a mantener en continuidad un mismo ideal de lengua. Ya se sabe que en cada país, en cada provincia, en cada individuo la realización de la lengua varía y variará, pero nuestro afán de cultura se satisfará con que mantengamos la unidad de ideal, la unidad de norma. La unidad del blanco coordinará los disparos.

Sur, núm. 8, Buenos Aires, Argentina, septiembre de 1933.

LAS COSAS ANDAN ASÍ

POR ANDRÉS HENESTROSA

El otro día me topé con una noticia que no supe, que aún no sé, cómo calificar. Tampoco supe ni sé todavía el efecto que en mí produjo. ¿Insólita, inaudita, la noticia? ¿Asombro, anonadamiento, el sentimiento que produjo? Repito que nada supe y nada sé. La noticia es la siguiente, escueta, dada sin comentarios ni miramientos: despiadada y hasta se dijera que cruel. Como algo de todos los días, regular y normal: un concurso literario fue declarado desierto, porque los trabajos presentados estaban plagados de faltas de ortografía. Así como se lee y se oye. Pero ¿nada más faltas de ortografía? No, junto con eso, hay que suponer todas las otras. Hasta la mala caligrafía, inseparable de una mala formación literaria, de una deficiente formación intelectual.

En vano esperé hasta hoy que alguno de los colaboradores de la prensa diaria la comentara, la situara en el marco de nuestra vida colectiva, diera con su tremenda significación. Hasta donde alcanzo, ninguno lo ha hecho. Y me veo ahora en el trance de atrever algunas divagaciones al respecto; yo que no soy más que un cultor de nuestro precioso, rico, excelente idioma.

La noticia aludida viene a ser como una culminación de un fenómeno coridianamente observado en los dos últimos decenios, y es que los jóvenes, también muchos maestros, ignoran cada día más la lengua nacional. ¿Maestros he dicho? Sí. Los maestros, o así llamados, escriben, o suelen escribir pésimamente el idioma. Porque —lo dijo Óscar Wilde— son tan maravillosos nuestros tiempos que hasta los que fueron incapaces de aprender se han dedicado a enseñar. Hay filósofos cerreros, escritores cimarrones, intelectuales analfabetos, que si saben leer, no siempre saben escribir. Participar en un concurso literario sin conocer la lengua es lo que Ángel Ganivet llamó precipitarse por las cavernas del arte. No otra cosa ha ocurrido en el caso que comentamos.

Si seguimos como vamos, dijo un día el sabio Ángel María Garibay K., llegará el día en que los mexicanos no sabrán leer ni escribir. Ese día parece haber llegado para muchos. La enseñanza de

la lengua patria debía ser ya la primera asignatura de nuestras escuelas, en todos los niveles, desde el jardín de niños hasta las aulas más altas. Si fuera necesario retocar todo el sistema educativo, habría que hacerlo, porque en ello —en el aprendizaje de la lengua que hablamos— también se finca la redención nacional. Hagamos cuenta que un poderoso ejército avanza sobre nosotros. Lo primero que hace un pueblo, un gobierno, es aprestarse a detenerlo. Aquí, que se vea, no se hace. Hagamos otra suposición: el suelo patrio se anega, lo acaba la erosión. ¿Qué hay que hacer? Salir todos a buscarle remedio. Ignorar el idioma significa la pérdida, si no entera, sí en su mitad, de la identidad. Es no tener los pies sobre la tierra propia. Mal ama a su patria, mal la entiende, no sabrá defenderla del enemigo quien ignora su idioma. La lengua es inseparable del Imperio, se dijo. La palabra es la última trinchera que el vencido opone al vencedor. Y es la primera que el conquistador quiere abatir una vez que derribó la última muralla militar.

La ignorancia del lenguaje propio y la copia servil del lenguaje ajeno son ya por sí solas un signo de desintegración. Esos epígrafes en lengua extranjera; la cita de autores extraños, cuando alguno nacional puede ser citado, no será mero capricho, ni azar, ni cosa carente de profundo significado. A lo menos que puede conducir es a la reflexión siguiente: si el escritor, si los escritores que se supone son la más alta representación de la inteligencia de un pueblo, están pendientes de las letras extranjeras, calcan, imitan, ¿qué se puede pensar de ellos? Nada, sino que no están sembrados en gleba propia, que son extraños a su pueblo. Artista que copia, calca, imita, lidia contra sí.

Tiña, sarna, buba de nuestra lengua son esas palabras que se toman de las lenguas extrañas, si las hay en la nuestra. Nada se dice aquí contra aquellas que son necesarias a nuestra expresión y de las que carecemos: las lenguas crecen por aportaciones, acarreos de voces de otra procedencia. No. Lo que aquí se postula es que el desconocimiento del idioma nacional nos califica negativamente.

Malo, pésimo que los jóvenes y algunos de sus maestros ignoren su habla. Peor que los mexicanos, con las autoridades a la cabeza, no saigamos a defenderla, a hacer de su conocimiento una tarea nacional inaplazable.

En los ya muchos años que tengo de andar entre libros, de tratar con las letras nativas, he sido jurado de cien concursos. Y puedo decir que más de una vez se ha tenido que corregir la ortografía

del trabajo, o los trabajos premiados. En riesgo de que alguno pueda ser declarado desierto, la institución que llama al concurso establece en sus bases que en ninguna circunstancia será declarado desierto. No hay que estar, sin embargo, contra los concursos. Constituyen ocasión para que los participantes trabajen su oficio o ficción. Eso sí: siempre que sea necesario, declararlos desiertos. Y ¿cuántas faltas habré cometido aquí contra la gaya lengua castellana?

Estudios Gramaticales
y Lexicográficos

NAHUATLISMOS EN EL CASTELLANO DE ESPAÑA

[I]

POR MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Bien conocido es que en el castellano hablado en México se emplea un considerable número de vocablos derivados de las lenguas indígenas del país. Esto es válido muy especialmente respecto de los nahuatlismos, llamados también a veces "aztequismos" o "mexicanismos". Como explicación de la abundancia de los nahuatlismos, usados ampliamente en todo el territorio nacional y en varios países de América Central, recordaremos que el náhuatl llegó a ser *lingua franca* durante los últimos siglos del México prehispánico e incluso se mantuvo como tal por más de otra centuria en el periodo colonial. Consecuencia de ello ha sido que, en tanto que otros indigenismos quedaron en su mayor parte circunscritos al área donde se hablaba la correspondiente lengua —por ejemplo, los mayismos a Yucatán, los tarasquismos a varios lugares de Michoacán, los zapoteguismos al istmo de Tehuantepec—, los derivados de la *lingua franca*, que fue además la del grupo dominante, sobrevivieron en un ámbito mucho más extenso. Tal abundancia de nahuatlismos, con amplia vigencia en el contexto geográfico de México y de otros países de habla castellana, explica que exista una relativamente copiosa serie de trabajos, de muy desigual valor, cuyo propósito ha sido recoger y estudiar dichos vocablos.

INVESTIGACIONES ACERCA DE LOS NAHUATLISMOS

Entre las primeras publicaciones sobre esta materia se hallan las de Eufemio Mendoza en 1872 y de Jesús Sánchez, en 1886.¹

¹ Eufemio Mendoza, *Apuntes para un catálogo razonado de las palabras mexicanas introducidas al castellano*, México, Imprenta del Gobierno, en Palacio, 1872, 80 págs.

Jesús Sánchez, "Glosario de voces castellanas derivadas del idioma ná-

Desafortunadamente estas aportaciones carecieron de rigor científico. En tanto que en ellas se incluyeron nahuatlismos de uso frecuente en México, se consignaron también otros vocablos no relacionados con la lengua náhuatl o por completo desusados en el castellano según se hablaba en las principales ciudades de México durante el último tercio del siglo XIX. Como muestras de atribución de un origen nahua a palabras que no lo tienen, citaré aquí las siguientes aducidas por Eufemio Mendoza: *acoquinar*, *gachupín* y *pila*. Como ejemplos de vocablos que, aunque derivados del náhuatl, jamás fueron de uso generalizado en castellano, cito éstos: *ácatl* (caña), *cipactli* (lagarto), *huehueton* (viejecito), *ilamacué-itl* (enaguas de anciana)...

Otros trabajos, en los que tampoco se documentan las voces consignadas como nahuatlismos, se publicaron poco después en algunos países centroamericanos. Haré aquí al menos referencia a los de Juan Fernández Ferraz, por lo que toca a Costa Rica, y de Alberto Membreño en Honduras.²

Mucho más acucioso, ya que en cada caso documenta sus afirmaciones, Joaquín García Icazbalceta se dedicó a preparar durante los últimos años de su vida un *Vocabulario de mexicanismos*. No alcanzó a dar remate a su propósito y tan sólo se publicó como póstuma, en 1899, la parte que tenía concluida hasta la letra G.³ Debe notarse además que, si bien García Icazbalceta dio entrada a gran número de nahuatlismos, su intención no fue restringirse a dicho género de vocablos sino abarcar los que él mismo describió como "provincialismos" que comprenden, aparte de los nahuatlismos y otros indigenismos, arcaísmos del castellano, así como otras voces de la misma lengua con acepciones diferentes, desarrolladas localmente. Juicio hasta cierto punto semejante pue-

huatl o mexicano", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 1^a época, v. 3, México, 1886, pp. 57-67.

² Juan Fernández Ferraz, *Nahuatlismos de Costa Rica. Ensayo lexicográfico acerca de las voces mexicanas que se hallan en el habla corriente de los costarricenses*, San José de Costa Rica, 1892, LXXV + 148 pp.

Alberto Membreño, *Aztequismos de Honduras*, Tegucigalpa, 1907.

³ Joaquín García Icazbalceta, *Vocabulario de mexicanismos*, comprobado con ejemplos y comparado con los de otros países de Hispanoamérica, obra póstuma, publicada por su hijo Luis García Pimentel, México, Tipografía y Litografía La Europea, 1899.

De esta obra hay una edición facsímil, sacada a luz por la Academia Mexicana de la Lengua en 1975 (Ediciones del Centenario de la Academia Mexicana/5).

de expresarse de la obra, en menos grado acuciosa, que unos cuantos años antes había hecho imprimir Félix Ramos y Duarte. Rasgo peculiar de su aportación fue dar cabida en ella, bajo el rubro de mexicanismos, a las que él mismo describe como "locuciones y frases viciosas" que, además de los indigenismos, identificó, incorporadas ya en el habla castellana de México.⁴

No siendo mi intención dar un elenco completo de la serie de trabajos publicados acerca de los nahuatlismos, citaré tan sólo otras cuantas obras de particular interés. Por una parte está la extensa contribución de Cecilio A. Robelo, aparecida primeramente en 1904 y, en segunda edición, en 1912.⁵ Del trabajo de Robelo puede repetirse, con algunas salvedades, lo dicho acerca de las publicaciones de Eufemio Mendoza y Jesús Sánchez: incluye vocablos que no son nahuatlismos; da cabida a otros muchos que, siéndolo, en modo alguno eran de uso común en el castellano de su tiempo y, finalmente, no ofrece suficiente documentación en apoyo de sus afirmaciones.

Estudio muy diferente, que toma en cuenta diacrónicamente factores fonéticos y morfológicos, en lo que concierne a la adaptación de los nahuatlismos a la índole del castellano, es el que debemos a Pablo González Casanova, publicado en 1922.⁶ Dicha aportación fue paso en firme por su rigor científico. A ella siguió, varios años después, la obra de carácter más amplio de J. Ignacio Dávila Garibi, *Del náhuatl al español*, aparecida en 1939.⁷ De ella

⁴ Félix Ramos y Duarte, *Diccionario de mejicanismos, colección de locuciones y frases viciosas*, México, Imprenta de Eduardo Dubián, 1895.

⁵ Cecilio A. Robelo, *Diccionario de aztequismos, o sea catálogo de las palabras del idioma náhuatl, azteca o mexicano, introducidas al idioma castellano bajo diversas formas*, Cuernavaca, Imprenta del autor, 1904, 712 páginas.

———, *Diccionario de aztequismos* (segunda edición), Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México, 1912 (edición trunca hasta la lección CXVI).

———, *Diccionario de aztequismos o sea jardín de las raíces aztecas* (tercera edición), Ediciones Fuente Cultural, México, s. f., 548 pp.

⁶ Pablo González Casanova, "Aztequismos, ensayo etimológico de los mexicanismos de origen azteca", *Boletín de la Universidad Nacional de México*, México, t. I, pp. 387-437.

Incluido también en: Pablo González Casanova, *Estudios de lingüística y filología nahuas*, edición y estudio introductorio de Ascensión H. de León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1977, pp. 79-126.

⁷ J. Ignacio Dávila Garibi, *Del náhuatl al español*, Tacubaya, D. F., Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1939, 406 págs. (Publicación número 40.)

Otras aportaciones de carácter más general, pero que deben tomarse en

puede decirse que incluyó no sólo nahuatlismos de uso corriente sino también otros relacionados con la toponimia y asimismo algunos que connotan instituciones de la historia prehispánica. Valiosa como es la obra de Dávila Garibi, no se encuentra en ella la documentación que permita establecer el origen y evolución fonética o morfológica de la mayor parte de los nahuatlismos que reúne.

Lugar especial hay que conceder al *opus magnum* de Francisco J. Santamaría. Publicó éste en 1959 su *Diccionario de mejicanismos* (*sic* con *j*). Como él mismo lo anuncia en su título, buscó que su estudio fuera "razonado, comprobado, con citas de autoridades; comparado con el de americanismos y con los vocabularios provinciales de los más distinguidos diccionarios hispanoamericanos".⁸ No siendo éste el lugar para una adecuada valoración de este trabajo que abarca toda suerte de indigenismos, provincialismos y localismos, diremos tan sólo, por lo que toca a los nahuatlismos, que se apoya fundamentalmente en algunos de los estudios ya antes citados y que no pretende hacer en tal punto aportación original. Tal vez el principal mérito, refiriéndose a nahuatlismos y otros indigenismos, es haber tomado en cuenta con criterio comparativo cuantas aportaciones pudo allegar. Y si bien es perceptible en él un enfoque crítico, el examen de los nahuatlismos que registra pone de manifiesto —como en el caso de algunos autores anteriores a él— que incluye vocablos derivados del náhuatl que no pueden considerarse como de uso generalizado, y asimismo considera como nahuatlismos a varios que no lo son. En tal sentido la magna obra de Santamaría, manteniendo su valor como aportación de conjunto sobre mexicanismos, debe consultarse con reservas en materia de nahuatlismos.

Dos estudios, que se sitúan en el marco de la lingüística moderna, son los de Juan M. Lope Blanch y Tomás Buesa Oliver. En uno y otro los nahuatlismos son objeto de identificación y descripción en términos de una revisión del léxico indígena incorporado al castellano. El trabajo de Juan M. Lope Blanch se res-

uenta son las siguientes: Augusto Malaret, *Diccionario de americanismos*, 3^a edición, Buenos Aires, 1946.

Georg Friederici, *Amerikanistisches Wörterbuch und Hilfsörterbuch für den Amerikanisten*, 2^a ed., Hamburg, Gram de Gryter, 1960.

Marcos A. Morínigo, *Diccionario manual de americanismo*, Buenos Aires, 1966.

⁸ Francisco J. Santamaría, *Diccionario de mejicanismos*, México, Editorial Porrúa, 1959.

tringe al castellano de la ciudad de México, estableciendo distinción entre la lengua hablada y la escrita. La conclusión a que llega en su trabajo implica sostener que se reducen a ciento sesenta los indigenismos de uso general o casi general en la ciudad de México.⁹

En lo aportado por Tomás Buesa Oliver —en el marco más amplio de los americanismos léxicos en el castellano no sólo de México sino también de Hispanoamérica en general y España—, encontramos que hay en él un cierto propósito de indagación diacrónica. Ello le permite tomar en cuenta la documentación que puede ofrecerse respecto de determinados vocablos a partir de los años que siguieron a la Conquista. A propósito específicamente de los nahuatlismos, aunque en breves páginas, reúne y analiza considerable número de vocablos, varios de ellos no registrados en el trabajo de Lope Blanch.¹⁰

A un último estudio aludiré, de carácter bastante amplio, puesto que en él se registra el léxico indígena del que se describe como "español americano". Se debe esta aportación a Marius Sala y otros colaboradores del Departamento de Lenguas Romances del Instituto Lingüístico de Bucarest. Obra desde muchos aspectos digna de elogio y que mereció el premio del Centenario de la Academia Mexicana de la Lengua en 1975, no está exenta, por lo que se refiere específicamente al caso de los nahuatlismos, de algunas inexactitudes. Como muestra citaré aquí lo que consigna acerca de varias palabras cuyo origen náhuatl considero más que dudoso: *chinaca*, a la que se adjudican las siguientes acepciones: 'pobretería', 'guerrilla o conjunto de soldados llamados chinacos'; *guate*, 'plantación de maíz'; *jinote*, 'árbol'; *sapaneco*, 'rechoncho'.¹¹

De lo hasta aquí expuesto puede desprenderse que, no obstante que el tema de los nahuatlismos ha atraído considerablemente la atención de los estudiosos, lingüistas espontáneos y también profesionales, estamos aún muy lejos de contar con una obra de

⁹ Juan M. Lope Blanch, *El léxico indígena en el español de México*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 1969, p. 19. (Jornadas, 63.)

¹⁰ Tomás Buesa Oliver, *Indoamericanismos léxicos en español*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Miguel de Cervantes, Madrid, 1965, ver sobre todo pp. 39-48. (Monografías de Ciencia Moderna, 73.)

Ya antes el propio Buesa Oliver se había ocupado del mismo asunto en "Americanismos", *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, dirigida por M. Alvar y otros, 3 v., Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1960-1962, t. II, p. 325-348.

¹¹ Marius Salas y otros, *El léxico indígena del español americano*, Bucaresti, Editura Academiei Romane, 1977. Véase pp. 57, 75 y 83.

conjunto debidamente elaborada, en la que, distinguiendo periodos y ámbitos geográficos, se documente y circunscriba debidamente el empleo con vigencia actual o histórica de vocablos derivados del náhuatl. Mi intención es ocuparme aquí, de manera específica, de los nahuatlismos que han pasado a incorporarse en diversos tiempos al castellano que se habla en la península Ibérica. Con este propósito valoraré las inserciones que hace el *Diccionario* de la Real Academia de nahuatlismos cuyo uso no se restringe a determinado(s) país(es) americanos. Tomaré asimismo en cuenta lo que en ocasiones expresan autores como Juan Corominas y Martín Alonso. El enfoque que adopto es, por otra parte, distinto, ya que en él se da entrada a perspectivas a la vez de carácter diacrónico y de antropología cultural lingüística.

INCORPORACIÓN DE NAHUATLISMOS EN EL CASTELLANO DE ESPAÑA

En general puede decirse que el castellano hablado en distintas regiones de España, además del área de Castilla, su cuna original, fue haciendo suyos, desde fines del siglo xv, distintos indigenismos o vocablos derivados de las lenguas nativas del Nuevo Mundo. Por medio de ellos comenzó a designarse una amplia gama de realidades, en general antes desconocidas y que habían salido al paso de descubridores, conquistadores, colonizadores y toda suerte de comerciantes, navegantes y oficiales de la Corona en contacto con el mundo americano. De esta suerte cabe afirmar que, examinando el enriquecimiento del castellano a través de los indigenismos que se incorporaron a él, puede iniciarse al menos una primera forma de valoración de una parte de los elementos que hicieron suyos los españoles gracias al descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. En el caso del náhuatl, que como dijimos fue *lingua franca* en amplia extensión del centro y sur de México y de buena parte de América Central, no es extraño encontrar que aquellos de sus vocablos que pasaron a incorporarse al castellano en su misma mata de la península Ibérica reflejan —con todas las limitaciones que se quiera— procesos de contacto e intercambio, es decir, son testimonio de lo que los antropólogos llaman aculturación.

Ahora bien, en el caso que nos ocupa los procesos de aculturación tuvieron diferentes grados de intensidad y abarcaron reali-

dades distintas a lo largo de varios periodos. Esto nos lleva a distribuir nuestro estudio de los nahuatlismos en el castellano de España en siete apartados que a continuación se describen:

1. Nahuatlismos que entraron a raíz de la Conquista y que paulatinamente cayeron en desuso.
2. Otros cuyo empleo quedó restringido geográficamente a determinadas regiones de la península Ibérica.
3. Aquellos que, incorporados desde los siglos XVI o XVII, sufrieron cambios en sus significados o experimentaron restricción en sus acepciones.
4. Nahuatlismos que acompañaron a la temprana degustación del chocolate en España.
5. Otros que entraron hacia los siglos XVI o XVIII y, bien enraizados, florecen hasta hoy en el castellano de la península.
6. Algunos, adoptados en diversos tiempos, y sólo conocidos por personas cultas o especializadas en determinadas disciplinas.
7. Los de introducción más reciente, en el siglo XX.

Siguiendo este orden, en el que así se da cabida a un enfoque diacrónico, pasamos a ocuparnos de los puntos citados.

1. *Nahuatlismos que entraron al castellano de España a raíz de la Conquista y que paulatinamente cayeron en desuso*

Fue el propio Hernán Cortés quien en sus *Cartas de relación*, además de valerse de algunas voces arahuaco-tainas, empleó ya también algunos nahuatlismos. Raymond Marcus,¹² que ha estudiado los indigenismos en las *Cartas de relación* de Cortés, destaca el uso de tres vocablos tomados del náhuatl: *acal* (derivado de *acalli*), 'canoa'; *cacao* (de *cacáoatl*) con las significaciones de "un cierto brebaje que los indios beben" y de "una fruta como almendras... que se trata [o tiene] por moneda...";¹³ y *cacagnatales* (de la misma voz *cacáoatl*, cacao, empleada con el sentido de terreno sembrado de árboles de cacao). De esta suerte, dos voca-

¹² Raymond Marcus, "Arabismes et Indo-americanismes dans les 'Cartas de Relación' d'Hernán Cortés", *Bollettino dell'Istituto di Lingue Estere*, Génova, 1976-1978, v. 11, núm. 11, p. 203.

¹³ El origen último de la voz *cacáoatl*, en cuanto préstamo de una lengua mayanese, será considerado al tratar de su vigencia en el castellano hablado en España.

blos, *acul* y *cacagual*, que nunca llegaron a tener vigencia en el castellano de España, y *cacso* que hasta hoy se emplea a.í. fueron los primeros nahuatlismos divulgados en letra impresa en la península Ibérica y fuera de ella, a través de las varias impresiones de las *Cartas de relación*.

Al haber mencionado este tan temprano empleo de voces tomadas del náhuatl no es la intención iniciar aquí con ellas un elenco de los nahuatlismos que, de un modo o de otro, incluyeron en sus obras casi todos los cronistas españoles, conquistadores, religioso y oficiales de la Corona, que escribieron sobre las culturas indígenas de México a lo largo del siglo XVI y principios del XVIII.¹⁴ Lo que ahora interesa es reunir algunos de los nahuatlismos que durante ese mismo tiempo alcanzaron determinada difusión por lo menos entre un cierto número de hablantes del castellano en la península Ibérica. Tales nahuatlismos —en unos casos usados durante menos de una centuria y en otros hasta los siglos XVIII o XIX— se introdujeron en el castellano de España precisamente porque connotaban realidades culturales que o no se conocían en el Viejo Mundo o de algún modo diferían de las allí existentes. El empleo de dichos vocablos hace pensar en los correspondientes procesos de aculturación sostenidos entre indígenas y españoles. La lista de estos nahuatlismos, muy lejos de ser exhaustiva, pretende ejemplificar esta primera categoría de préstamos que, como ya dijimos, pronto quedó en desuso.

Achiote (del náhuatl *achiotl*), Bixa *Orellana*. Se empleó principalmente para connotar la semilla del fruto de un árbol de la familia de las bixáceas, de la que se obtenía por maceración una subsancia de color rojo de que se valían los indios para pintarse el cuerpo. El *Diccionario* "de autoridades" (1726), tras hablar del árbol del achiote, describe las propiedades de su semilla y concluye afirmando que "tiene distintos nombres pero los castellanos le tomaron de *achiolt* (*sic* en vez de *achiotl*), que es voz de la América Occidental". Como autoridades cita a Thomé de Burguillos (1580-1634), *La Gatomachia*, y a Bartholomé Ximénez Patón, *Eloquencia española*, que escribió en el siglo XVII. En México, sobre todo en Yucatán, se sigue empleando el *achiote* para dar color y sabor a algunos guisos.

¹⁴ Véase, por ejemplo, el trabajo de Manuel Alvar, *Americanismos en la "Historia" de Bernal Díaz del Castillo*, Madrid, 1970.

Escáupil (derivado de *icbcatl*, 'algodón' y *huipilli*, 'camisa': *ich-c. huipilli*). Su connotación original fue la de "sayo acolchado con algodón para defenderse de las flechas". Se empleó para connotar la prenda que hicieron suya los españoles, que permitía mayor movilidad en comparación con las armaduras metálicas. Del uso de este nahuatlismo da testimonio el *Diccionario* de autoridades que lo documenta en la *Historia de la Conquista de México*, de Antonio de Solís, publicada en 1684. No sólo en escritos del ámbito de la Nueva España, sino también de fuera de ella, en las islas Filipinas, y en documentos procedentes de la península Ibérica, se hace mención de los escaupiles. El *Diccionario de la lengua española*, en su decimonovena edición, registra aún este vocablo con la acepción descrita.

Metate (derivado del náhuatl, *métlatl*). La descripción que ofrece el *Diccionario de la lengua española* es bastante adecuada: "piedra cuadrilonga y algo abarquillada en su cara superior, sostenida en tres pies, de modo que forma un plano inclinado, sobre la cual, y estando arrodilladas, muelen ordinariamente las mujeres en Méjico, con un cilindro, también de piedra, el maíz y otros granos..." "El mismo *Diccionario*, en la citada edición de 1970, añade: "Se usa en España para hacer el chocolate a brazo." Esta última referencia tiene validez probablemente a lo sumo respecto del sig'lo XIX. Subsiste al menos otra forma de vigencia de este vocablo en la península Ibérica, la del empleo que hacen del mismo los arqueólogos al hab'ar de *metates* encontrados en excavaciones que corresponden a sustratos de la etapa prehispánica en México y en otros países del continente.

Nagualtato o *naguatato* (derivado de *náhuatl*, 'nombre de este idioma', y *tlatoa*, 'hablar'). El *Diccionario de la lengua española* (edición de 1970) conserva la acepción que corresponde al uso de este vocablo en numerosos escritos del siglo XVI: "Dícese del indio mexicano que sabe hablar la lengua nahua y servía de intérprete entre los españoles e indígenas." Dato de interés es que puede documentarse también otra acepción todavía más amplia, la de intérprete en general, entre hablantes de lenguas diferentes. Así en la "Declaración que hizo Tomás de Alzola, maestro de la nao nombrada Santa Ana que robaron los ingleses... año de 1587", al referirse a la rendición del capitán español ante el inglés, se expresa lo siguiente: "...le entregó el registro de la

dicha nao, que siempre lo tuvo el dicho inglés en su poder, y al fin de él, en letra inglesa, escribió ciertos renglones y lo firmó de su nombre y le dixo por un nahuatato que la dicha scriptura en lengua inglesa era carta de pago.¹⁵

Nahuatlismos como éstos alcanzaron diversos grados de vigencia, incorporados unas veces, como *achiote* y *metate*, en el habla general y, restringidos, otras, a circunstancias particulares o aun a documentos oficiales como en los casos de *escáupil* y *naguatlato*. A continuación atenderemos a otras voces, introducidas también desde tempranas fechas, pero cuyo empleo quedó limitado geográficamente a determinadas regiones de la península Ibérica. Como veremos, algunos de dichos vocablos han mantenido circunscrita así su vigencia hasta el presente.

2. Vocablos cuyo empleo quedó restringido geográficamente a determinadas regiones de España

De más difícil documentación son estos nahuatlismos precisamente por haberse circunscrito su uso desde el punto de vista geográfico. Aquí se incluyen sólo dos por vía de ejemplo.

Malacate (derivado de *malácatl*, 'huso'). No está incluido en el *Diccionario* de autoridades. El *Diccionario de la lengua española* (1970) lo registra como derivado "del mejicano" (náhuatl) pero no le adjudica el carácter de mexicanismo en su primera acepción. Ésta es la de "Máquina a manera de cabrestante que tiene el tambor en lo alto y debajo las palancas que se enganchan a las caballerías que lo mueven. Es aparato muy usado en las minas para sacar minerales y agua".

Según el mismo *Diccionario*, una segunda acepción, "Huso de hilar", tiene vigencia en México y Honduras. Corominas, al ocuparse de este vocablo, dice que "las minas mexicanas fueron causa de que este vocablo se extendiera por toda América..."¹⁶ Respecto del uso del mismo en su primera acepción, que el

¹⁵ *Californiana. Documentos para la historia de la demarcación comercial de California, 1583-1632*, edición, estudio y notas por W. Michael Mathes, 8 v., Madrid, Editorial José Porrúa Turanzas, 1965, t. I, p. 76. (Colección Chimalistac, 22.)

¹⁶ Joan Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, 4 v., Madrid, Editorial Gredos, 1976, t. III, pp. 202-203.

Diccionario de la Academia registra como general, ello no puede comprobarse actualmente en lo que toca a España. Si se usó allí en documentos durante los siglos XVI-XVIII, hoy ha caído en el olvido. Una excepción serían algunos lugares de la provincia de Huelva en donde tiene aún cierta vigencia.

Nopal (derivado de *nopalli*, *Opuntia ficus indica* Mill, *Nopalea coccinellifera* Salm Dyck, y otras varias especies). El *Diccionario* de la Academia registra este vocablo indicando que se deriva del náhuatl pero no como mexicanismo o de uso restringido a algunos países de América. Ofrece de él una descripción bastante pormenorizada. Lo define como "Planta de la familia de las cactáceas, de unos tres metros de altura, con tallos aplastados, carnosos, formados por una serie de paletas ovales de tres a cuatro decímetros de largo y dos de ancho, erizadas de espinas que representan las hojas..." Añade que, "procedente de México, se ha hecho casi espontáneo en el mediodía de España, donde sirve para formar setos vivos".

Desde el punto de vista botánico existe una gran variedad de nopales. Maximino Martínez en su *Catálogo de nombres vulgares y científicos de plantas mexicanas* registra más de veinticinco variedades.¹⁷ Es muy discutible que el nopal haya sido exclusivamente oriundo de México. También en las islas del Caribe y en otras regiones de América crecía en forma nativa. Hay además quienes sostengan que algunas variedades de esta planta crecían en las costas septentrionales y meridionales del Mediterráneo aun antes del contacto con el Nuevo Mundo.

Este vocablo es de uso común en varios lugares del sur de España; en el resto de la península debe considerarse como poco frecuente. Una muestra moderna de su empleo la ofrece Juan Ramón Jiménez en el libro que escribió hallándose aún en España y recordando a la provincia de Huelva, *Platero y yo, elegía andaluza*: "Dulce Platero trotón, burrillo mío, que llevaste mi alma tantas veces —¡sólo mi alma!— por aquellos hondos caminos de nopales, de malvas y de madresevas..."¹⁸

¹⁷ Maximino Martínez, *Catálogo de nombres vulgares y científicos de plantas mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, p. 624-626.

¹⁸ Juan Ramón Jiménez, *Platero y yo, elegía andaluza, 1907-1916*, México, Editorial Aguilar, 1976, p. 269.

3. *Nahuatlismos, incorporados desde los siglos XVI y XVII, que sufrieron cambios en sus significados*

Petaca (derivado de *petlacalli*, literalmente 'caja hecha de petate o esteras'). En el México prehispánico se usaba este vocablo para nombrar la caja o receptáculo hecho con una armazón de madera, sobre la que se fijaban esteras o petates, y forrada, en ocasiones, de cuero. El empleo en castellano de esta voz se documenta en autores de la primera mitad del siglo XVI como García del Pilar (1530), Fernández de Oviedo (1531) y Las Casas (hacia 1550). El *Diccionario* de autoridades lo registra sin indicar que es término proveniente de las Indias Occidentales, y da la siguiente acepción: "specie de arca hecha de cueros u pellejos saertes, o de madera, cubierta de ellos". Cita como autoridad al Inca Garcilaso. Añade: "En aquellas petacas solían los españoles traer de camino y en las guerras, todo lo que tenían." El mismo *Diccionario* registra el diminutivo *petaquilla*. De lo anterior se desprende que este nahuatlismo se incorporó al castellano conservando en un principio su significación original. Probablemente ya en el siglo XIX dicho significado, al no usarse más tales cajas o arcas, se perdió en la península Ibérica, restringiéndose a la que, como segunda acepción, registra el *Diccionario* de la Academia: "estuche de cuero, metal u otra materia adecuada, que sirve para llevar cigarros o tabaco picado."

Petate (derivado de *pétlatl*, 'estera'). El empleo de este vocablo, incorporado ya al castellano, puede documentarse desde la primera mitad del siglo XVI, en 1531 (*Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento... de las antiguas posesiones de Ultramar...*, t. 14, Madrid, 1870, p. 368, y Las Casas, hacia 1550). En tanto que en México y en algunos países de América Central conserva su sentido original de 'estera' y ha dado lugar a algunos derivados como *petatearse* (morirse), en España su significado se ha restringido al que consigna como segunda acepción el *Diccionario* de la Academia: "Lío de la cama, y la ropa de cada marinero, de cada soldado en el cuartel..." Tanto en España como en México se usa la frase "liar uno el petate", para expresar la partida o retirada de alguien.

Tocayo. Es éste un vocablo sobre el que bastante se ha fan-

taseado. Corominas, que le dedica amplia atención, comienza por afirmar que es de "origen incierto" y añade que, "como la documentación más antigua del vocablo procede de España, no es probable que se derive del náhuatl *tócaytl* 'nombre'; pero faltan investigaciones semánticas en textos antiguos que confirmen si procede de la frase ritual romana *Ubi tu Cajus, ibi ego Caja*, que la esposa dirigía al novio al llegar a su casa la comitiva nupcial".¹⁹

Por lo que toca a México, ha habido quien asigne a este vocablo el carácter de derivado de *nacayo*, relacionado con *nácatl* 'carne', voz náhuatl con la que absolutamente nada tiene que ver.²⁰ La más temprana documentación que puede darse a este vocablo procede de la primera edición del *Vocabulario de la lengua castellana y mexicana*, de fray Alonso de Molina, impreso en México en 1555. Allí encontramos, por una parte, que la palabra 'nombre' se decía *tócauitl* y en forma más completa, *te-tocayo-ti-loni*. El segundo de estos términos, sustantivo verbal, incluye el sufijo de carácter instrumental *-lo-ni*, la partícula ligativa *-ti-* que lo une con *tocayo* y, finalmente, el prefijo *te-*, que tiene connotación de pronombre personal indefinido y que funciona como iniciador del objeto indirecto que recibe la acción del sustantivo verbal. Todo el compuesto vale tanto como "lo que sirve para nombrar, o que da nombre, a alguien". Por otra parte el mismo *Vocabulario*, al ofrecer la equivalencia en náhuatl de la expresión 'firmada escritura', registra el hibridismo *firmayo*, que significa 'que tiene firma y, a continuación añade, *tocayo*, 'que tiene nombre'.²¹ De igual modo se incluye también el vocablo *tocayo* en la edición bilingüe, castellano-mexicana y mexicano-castellana, del dicho *Vocabulario*, de fray Alonso de Molina, aparecida en México en el año 1571.

De lo anterior se desprende que existía, desde antes de 1555, en la lengua nahua, un vocablo, *tocayo*, con la connotación de 'el que tiene (o lo que tiene) nombre'. Aplicado a una 'escritura firmada' se indica así que el documento tiene el nombre del interesado. Referido a una persona determinada, se expresa

¹⁹ Corominas, *op. cit.*, t. IV, p. 472-473.

²⁰ Alfredo Chavero, "Estudio etimológico" en *Obras*, Biblioteca de Autores Mexicanos, México, Victoriano Agüeros, 1904, t. I, pp. 328-29.

²¹ Fray Alonso de Molina, *Aquí comienza un vocabulario en la lengua castellana y mexicana*, México, en Casa de Joan Pablos, 1555, ver fols. 124 v. y 181 r.

que tiene un nombre o el nombre a que se está haciendo referencia.

El *Diccionario* de autoridades se limita a considerar este vocablo como un adjetivo y de él dice que significa "lo mismo que colomboño". De esta última palabra consigna la misma fuente: "El que tiene el mismo nombre que otro, pudo decirse del latino *cognomen*". La derivación que así se registra constituye un paralelismo morfémico respecto del vocablo nahua que aquí interesa. Así como *colomboño* es adjetivo que en última instancia proviene de *cognomen*. 'nombre', también *tocayo* ostenta el sufijo adjetivante nahua *-yo*. Éste se adhiere a la raíz de *tócañil*, 'nombre' (que es *toca-*), y así *toca* + *yo* confieren estructura a la voz *toca-yo*. Queda, por tanto, precisado el inequívoco carácter adjetivo de *tocayo*, y con ello se desvanece una objeción expresada por Corominas en el sentido de que "el caso es que no hay en náhuatl un adjetivo que pudiera servir de base a *tocayo*".

Debemos reconocer que, en tanto que parece bien fundada y documentada esta acepción de 'el que tiene el nombre', el elemento complementario de 'el que tiene —el mismo— nombre' no va incluido necesariamente ni en la derivación de *colomboño* ni en la de *tocayo*. Hasta ahora no ha podido documentarse respecto de uno u otro vocablo a partir de qué momento fueron usados con el sentido de *homónimo*. Si esto (por lo que concierne a *tocayo*) ocurrió primeramente en México o en España es asunto que ignoramos. El hecho es que, restringido su significado al de *homónimo*, y usado en forma familiar, el vocablo *tocayo* se incorporó al castellano de España y al de todos los países hispanohablantes.

(Concluye en el próximo número de este *Boletín*.)

OBSERVACIONES SOBRE EL USO DEL GERUNDIO

POR JOSÉ G. MORENO DE ALBA

Entre lingüistas y filólogos cada día es más notable la animadversión hacia las gramáticas normativas, con base en la idea de que "la ciencia debe abstenerse de valoraciones y limitarse a los hechos, sin forzarlos en ningún caso".¹ Conviene, a mi ver, distinguir, tanto por sus métodos cuanto por sus fines, dos tipos de estudios gramaticales que, de manera arbitraria, pueden denominarse, respectivamente, científicos y pedagógicos.² Lo que parece indiscutible es que cuantos de alguna manera estamos interesados en problemas de lengua, y para ello no es preciso ser especialistas, tenemos siempre abundantísimas dudas que muy frecuentemente no se resuelven al consultar gramáticas científicas. La idea de corrección lingüística, por otra parte, está muy adentrada en los hablantes de cultura media, lo que a mi entender resulta plausible, y por ende de ninguna manera deben juzgarse superfluos los estudios lingüísticos que sivan para orientarlos y resolver sus dudas.

La corrección o incorrección de construcciones de gerundio ha sido una preocupación constante de cuantos, obligados por alguna razón a escribir, tienen la costumbre de reflexionar sobre la mejor manera de hacerlo. Las siguientes líneas tienen por discreto objeto resumir con brevedad y concisión algunas reglas, formuladas a partir de lo que al respecto han escrito ilustres gramáticos, sobre el uso del gerundio, con apoyo, como es obvio, en el análisis de los buenos autores, pues no hay otra forma de reglamentar usos de lengua.³

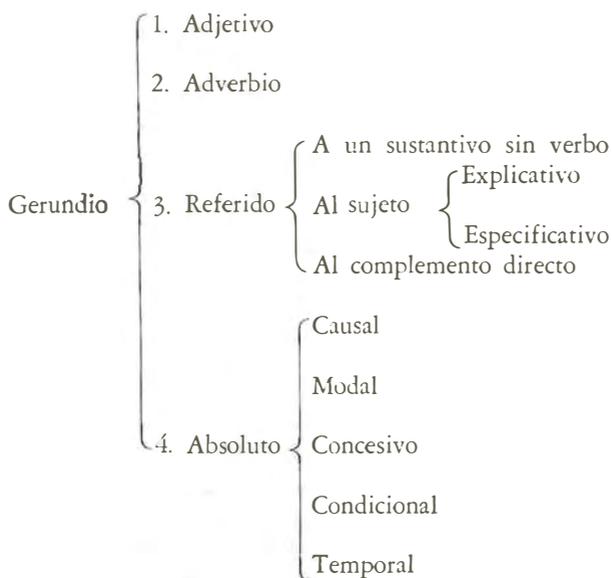
¹ Carmen Boves Naves, "Sistema, norma y uso del gerundio castellano", *Revista Española de Lingüística*, 5 (1975), p. 3.

² Es natural, por otra parte, que las gramáticas pedagógicas se alimenten de las científicas, incorporando, en forma paulatina, algunas de sus formalizaciones. Es obvio asimismo que esta clasificación no pretende ser exacta, pues debe reconocerse que hay una interrelación entre unas y otras: es difícil imaginar una exposición científica carente en forma total de sentido pedagógico o un tratado pedagógico que no se sustente sobre bases científicas.

³ A pesar de que alguien ha señalado con acierto el círculo vicioso en

Resumidas y parcialmente corregidas, presento en seguida las clasificaciones de gerundio expuestas, entre otros, por autores como Miguel Antonio Caro (*Tratado del participio*, Bogotá, 1976), Rufino J. Cuervo (nota 72 a la *Gramática* de Bello), Rafael Ángel de la Peña (*Gramática de la lengua castellana*, México, 1900), además de la Real Academia Española.⁴

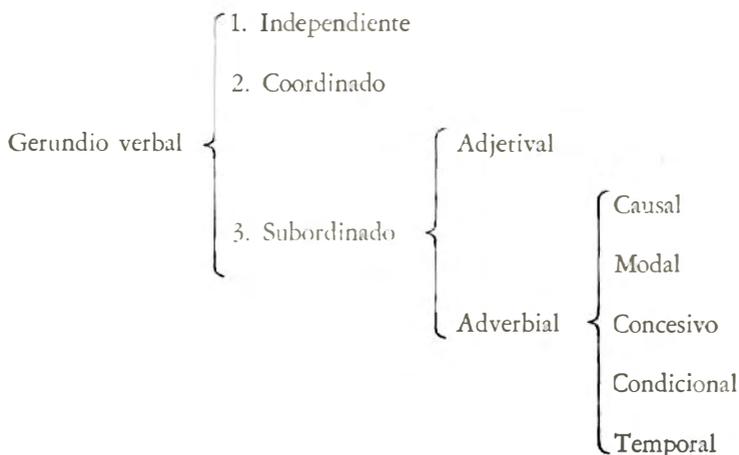
Cuervo, siguiendo las ideas de Caro, divide las construcciones de gerundio en cuatro tipos que, en sinopsis, pueden expresarse de la siguiente forma:



que se incurre al echar mano de la "autoridad" de los "buenos" autores para definir la validez de la norma, cuando al mismo tiempo se define al autor como aquel que respeta la norma, no creo que exista otra manera de determinar usos de lengua recomendables que analizar construcciones de escritores que, de una u otra forma, deben considerarse clásicos. Es indiscutible, por otra parte, que existe una estrecha dependencia mutua entre escritores (y hablantes en general) y norma.

⁴ Sin duda podría haberme servido de exposiciones modernas que tratan el tema con mayor formalización, como las de Boves Naves (*cf.* nota 1), Badía Margarit, Bouzet, Molho, etc. He preferido, sin embargo, basarme sólo en los autores citados porque juzgo que en ellos el enfoque normativo, que es en particular el que deseo destacar aquí, predomina sobre el meramente analítico.

Por razones que sería difícil exponer aquí, parece preferible presentar de otra forma esta clasificación:⁵



En este segundo esquema se omite el uso del gerundio como adjetivo y como adverbio, pues son contados los casos en que se da este valor: "Casa ardiendo" ('ardiente'), "Lo hice volando" ('rápidamente'). Sólo se hace referencia al uso de gerundio verbal, esto es cuando funciona como núcleo de predicado.

Es *independiente* el gerundio en la expresión "¡Andando!" (con valor exhortativo).⁶ Debe analizarse como *coordinado* el gerundio de la siguiente oración: "Realizaron una gran interpretación, *siendo* despedidos con aplausos" (y fueron despedidos').⁷

⁵ Quizá la principal razón para rechazar el esquema de Cuervo sea el hecho de que las denotaciones del gerundio absoluto (causal, modal, concesivo, condicional, temporal) se dan también en el referido, cuya característica es que su sujeto se identifica semánticamente con el sujeto u objeto de la oración en que está inscrito, a diferencia del absoluto, que tiene su propio sujeto. Por tanto, desde un punto de vista denotativo, no parece haber diferencia entre gerundios referidos y absolutos.

⁶ El uso del gerundio en este tipo de construcción es sumamente raro, pertenece más a la lengua hablada que a la escrita y no creo que merezca mayores comentarios.

⁷ Este valor del gerundio, a mi entender, aunque cada vez es más frecuente en cierto tipo de textos (periodísticos, por ejemplo), no tiene suficiente apoyo en escritores de prestigio (aunque se puede documentar en

Se habla de gerundio *subordinado adjetival* cuando éste modifica o se refiere sólo a un sustantivo, sin establecer relación sintáctica alguna con el verbo: "Los perros *ladrando* a la luna es un tema frecuente de pintura." Como se puede apreciar en el ejemplo, el gerundio *ladrando* equivale a una proposición de relativo ('que ladran a la luna') y esta construcción resulta, a mi ver, más propia y elegante.

La mayoría de las construcciones de gerundio son de carácter *subordinado adverbial*, es decir, modifican al verbo de la oración en que están inscritos. Conviene anotar algunas normas comunes a los diversos tipos de gerundios subordinados adverbiales:

a) Cuando el gerundio se refiere al sujeto de la oración principal: 1) Debe tener valor explicativo y no especificativo, y 2) Debe establecer relación no sólo con el sujeto sino también con el verbo. Veamos: en la oración "El rey, *gobernando* Italia, declaró la guerra al rey *gobernando* Alemania", es inadmisibles el uso del gerundio porque éste tiene aquí valor especificativo y no explicativo. Se debe por tanto construir la oración con ayuda de proposiciones de relativo, o de simples adjetivos ("El rey que gobernaba Italia declaró la guerra al rey que gobernaba Alemania" o más simple: "El rey italiano declaró la guerra al rey alemán"). Por lo contrario, en la oración "El rey, *viendo* que se moría, hizo un testamento", el gerundio resulta correcto porque tiene valor explicativo (no determina ni especifica de qué rey se trata, sino que explica algo referente a un rey ya determinado). De igual manera, en la expresión "El peleador, *luciendo* calzón negro, derrotó al contrario", el gerundio es reprobable porque no establece relación alguna con el predicado (el vestir calzón negro en nada influye para que el peleador haya derrotado al contrario). En el ejemplo dado antes ("El rey, *viendo* que se moría, hizo su testamento"), el gerundio tiene relación evidente con el verbo, pues expresa precisamente la causa por la que el rey hizo su testamento. Ejemplos de autores de prestigio: "*Cazando* en Lesbos, vi lo más lindo que vi jamás" (Valera); "Dio vuelta [el toro] hiriendo y matando/ a los de a pie que encontrara,/ el circo *desocupando*,/ y emplazándose, se para/ con la vista *amenazando*" (N. Moratín).

algunos) y puede fácilmente evitarse. Nótese que no modifica adverbialmente a *realizaron* y, como se verá más adelante, la función predominante del gerundio consiste en modificar a un verbo.

b) Ahora bien, cuando el gerundio se refiere al objeto directo del verbo principal, además de los requisitos señalados en a), es preciso que 1) El gerundio exprese una cualidad circunstancial y pasajera del objeto directo y no algo que le sea esencial o permanente; y 2) Que el verbo principal sea de percepción sensible o intelectual, o bien de representación. Véanse los siguientes ejemplos: En la oración "Conozco a un hombre *siendo* muy inteligente", el gerundio *siendo* resulta incorrecto porque expresa no una cualidad transitoria del objeto directo *hombre*, sino algo permanente. En la oración "Envío una caja *conteniendo* libros", también es impropio el uso del gerundio *conteniendo* pues el verbo principal no es ni de percepción sensible o intelectual, ni de representación.⁸ Por lo contrario, en la oración "El autor describe a Don Quijote *atacando* los molinos de viento", el gerundio *atacando* es correcto tanto porque expresa algo circunstancial cuanto porque el verbo principal es de representación. Ejemplos de autores clásicos: "Hallóle [el ama] *paseándose* por el patio de su casa" (Cervantes); "¡Y aquí me tenéis... *contemplando* aquella remota perspectiva!" (P. A. de Alarcón).

c) No debe usarse jamás un gerundio que se refiera a un sustantivo de la oración que no desempeñe en ella la función de sujeto u objeto directo. Así, en las oraciones "Se tropezó con su enemigo *peleando* con sus amigos" y "Entró con una olla *desparramándose* la espuma", tanto el gerundio *peleando* como el gerundio *desparramándose* son inadecuados porque *peleando* se refiere a *enemigo*, que desempeña en la oración la función de complemento de verbo prepositivo (no directo) y *desparramándose* se refiere al sustantivo *olla* que funciona en la oración como complemento circunstancial.⁹

d) Aunque entre los autores consultados se discute la propiedad o impropiiedad del gerundio llamado "de posterioridad", me parece recomendable evitarlo. Me refiero a construcciones como la siguiente: "El agresor huyó, *siendo* detenido horas después"

⁸ Las dos oraciones con gerundio incorrecto se pueden corregir usando proposiciones de relativo: "Conozco a un hombre que es muy inteligente" y "Envío una caja que contenía libros".

⁹ De la Peña (*Gramática*, § 1361) reconoce que puede usarse el gerundio referido a un complemento circunstancial o determinativo cuando "el hecho enunciado se considera en el momento de verificarse, de suerte que el gerundio equivalga al presente de infinitivo precedido de la preposición *al* (...): "Nadie hay que no tenga por sublime el espectáculo de un río anchísimo *precipitándose* en hirviendo cascada."

(en la que el gerundio *siendo* manifiesta una acción posterior a la señalada por el verbo principal *huyó*). Ciertamente no faltan buenos escritores que usen el gerundio con este valor; sin embargo es preferible evitarlo, como señala la Academia: "La coincidencia o el contacto temporal estrecho en que se halla el gerundio con el verbo de que depende, hace en general inadecuado al gerundio para significar posterioridad, consecuencia o efecto."¹⁰

e) El gerundio puede referirse, dijimos, al sujeto o al objeto directo de la oración, para lo cual ya se anotaron algunas reglas, pero puede también tener su propio sujeto, en construcción absoluta, como en los ejemplos de clásicos que a continuación se transcriben. Con valor causal: —"¿Pues qué es lo que ha pasado?/ —Nada, señor, *habiendo* tú llegado" (Calderón). Modal: "Por todas las vías posibles procuraba alegrarle, *diciendo* al bachiller que se animase y levantase" (Cervantes). Concesivo: "Aun *echando* corto, habían de darle, amén de mujer, doble por sencillo" (Pereda). Condicional: "*Habiendo* vacío, se turbará toda la armonía del Universo" (Feijoo). Temporal: "*Apartando* Ricote a Sancho, se sentaron al pie de un haya" (Cervantes).

¹⁰ Real Academia Española, *Esbozo de una nueva Gramática de la lengua española*, Madrid, 1973, § 3.16.6.

Estudios Literarios

LA "ANTOLOGÍA DE POETAS MEXICANOS"

El tomo III de las Ediciones del Centenario de la Academia Mexicana que se imprimió en 1979 reproduce la *Antología de poetas mexicanos*, sacada a la luz por la misma Corporación en 1894 y sumamente rara a la fecha. Con motivo de la actual publicación, organizó la Academia una solemne sesión pública, en la cual varios de sus miembros analizaron el contenido poético de los antologados, de acuerdo con las corrientes predominantes en la época finisecular. Aquí se ofrece el texto de tales participaciones.

PRESENTACIÓN

POR FRANCISCO MONTERDE

Sin duda, la mejor manera de rendir homenaje a un escritor consiste en difundir sus obras. Por eso, la Academia Mexicana, al cumplir un siglo de vida en 1975, determinó que, entre otros volúmenes, se reimprimiera la *Antología de poetas mexicanos* que había publicado en 1894 la misma Academia.

La sesión pública de nuestra Corporación, a la cual ahora asistimos, tiene doble propósito: rendir el debido homenaje a los poetas mexicanos de los siglos XVI a XIX y, a la vez, presentar la reedición de esa *Antología*.

Como lleva al frente, a manera de preámbulo —por iniciativa de un querido y admirado colega: don José Luis Martínez—, la reproducción de parte de un estudio mío sobre don Marcelino Menéndez y Pelayo y la literatura mexicana, que publicó la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, a éste remito a quien de ee tomarse el trabajo de leerlo, si el tema puede llegar a interesarle.

Aquí, para dejar cumplido mi propósito de presentar la ahora reimpresa *Antología de poetas mexicanos*, debo sólo resumir lo entonces dicho con mayor amplitud acerca del origen de la misma obra.

Como el gran erudito Menéndez y Pelayo preparaba en 1891 su extensa *Antología de poetas hispanoamericanos*, la Real Aca-

demia Española solicitó de las academias correspondientes, que cada una de ellas le proporcionara el material de poetas locales y un estudio acerca de ellos, que pudieran servir para facilitarle su trabajo.

Los tres académicos mexicanos cuyos nombres figuran en la mencionada *Antología* se repartieron la tarea, y mientras dos de ellos —Casimiro del Collado y José María Roa Bárcena— seleccionaban las poesías, el tercero —José María Vigil— escribió un estudio acerca de la evolución de la literatura —no sólo de la poesía— en nuestra patria, a lo largo de cuatro siglos.

Del conjunto formado por *Antología* y estudio, cerca de 500 páginas, hizo imprimir, sin foliar, unos seis u ocho ejemplares que, numerados a mano después, constituirían la primera edición, entre nosotros desconocida, para conservar la mayor parte —que se distribuiría entre los que participaron al hacerla— y enviar un par de ejemplares, en dos remesas, a la Academia Española, en 1892.

Llegaron a Madrid, en vísperas de que se iniciaran, en julio, las vacaciones veraniegas en las cuales los académicos hispanos salieron de aquella capital, en busca de mejores climas.

Don Marcelino, sin haber visto esa "edición" inicial de la *Antología mexicana*, se marchó a Santander, según su costumbre, y allí, entre los libros y folletos —que llegarían a formar columnas de volúmenes, cuando se atiborrasen de obras los plúteos de su vasta biblioteca—, se dio a consultar lo que poseía de poetas nuestros.

De retorno en Madrid, comparó su selección personal con la *Antología de poetas mexicanos* enviada por nuestra Academia. Advirtió coincidencias y justificó discrepancias, al preparar uno de los dos primeros tomos que dejó terminados semanas antes de que se cumpliera, en 1892, el cuarto centenario del descubrimiento de América.

La Academia Mexicana esperó, prudente, que apareciera en España la *Antología* de Menéndez y Pelayo, para imprimir, como segunda edición —en realidad, primera— la que recientemente se reprodujo, en facsímil, con el motivo ya explicado.

De su contenido van a hablar ahora, en esta sesión, los tres distinguidos colegas, por quienes me siento honrado al acompañarles: don Octaviano Valdés, don Manuel Ponce y don Porfirio Martínez Peñaloza.

Cada uno de ellos, sobra decirlo, domina el campo que le co-

rresponde, y sintetizará sus juicios, para no prolongar la duración de esta velada: neoclásicos, románticos, premodernistas. Si se extendieran en cada aspecto, llenarían el tiempo habitual, en más de una velada.

LA "ANTOLOGÍA" Y LOS NEOCLÁSICOS

POR OCTAVIANO VALDÉS

Nuestra poesía neoclásica es la expresión de la poesía que durante la pasada centuria —tomando sus límites con alguna amplitud— mantuvo la voz de la Arcadia académica, ya como manifestación de amor a la antigüedad clásica, ya como supervivencia del humanismo greco-latino, hondamente arraigado en los centros docentes de la Colonia virreinal; el cual maduró con magnificencia renacentista en la familia de ilustres desterrados jesuitas de fines del siglo XVIII. A partir de entonces fue sustituido total o parcialmente por el neoclasicismo, dosificándose éste con el romanticismo y aun con el parnasianismo y el modernismo.

Dicha mezcla, salvo en contadas excepciones, desautoriza la clasificación de poetas, unos exclusivamente neoclásicos y otros exclusivamente románticos. Los primeros, conservadores, y los segundos, liberales. La mutua ósmosis prohíbe tal separación de escuelas; las cuales se confunden, a veces, al grado de que poetas a primera vista neoclásicos tienen la mentalidad romántica y viceversa. Es típico el caso —entre otros— de Carpio y Ramírez, *El Nigromante*; estimado el primero, en los manuales de historia literaria, como uno de los más representativos del neoclasicismo; cuando, si bien se mira, bajo formas tradicionales, algunos de sus temas y su mismo lirismo suenan sensiblemente con entonación romántica. Ramírez, opuestamente, sin negar que su obra poética mucho participa del romanticismo, lo mejor de ella es neoclásico.

Son discernibles tres etapas del neoclasicismo: Clasicismo puro, que comprende el final del siglo XVIII y el primer tercio del XIX; Clasicismo romántico, el segundo tercio que coincide con los tiempos de la Reforma y, finalmente, Clasicismo parnasianista y modernista.

En gracia de la brevedad de tiempo que se me concede, me referiré exclusivamente a la segunda etapa del clásico-romántico,

procurando señalar un aspecto, el más sobresaliente, que mejor califica a los poetas de este lapso: el humanismo de su obra literaria, de su pensamiento y de su acción cívica.

El brusco exilio de los grandes humanistas del siglo XVIII debilitó, naturalmente, el movimiento humanístico, mas no se perdió del todo, antes bien, perduró su aliento en los seminarios y en otros planteles laicos. Quienes allí se educaron tuvieron en alta estima al humanismo greco-latino, como fundamento de la formación literaria; debido a lo cual, enemigos de ideas convenían en credo literario.

Entre los susodichos centros de irradiación humanística es de mencionarse la Academia de Letrán, así denominada por el nombre del Colegio en donde estuvo instalada.

Quizás en ninguna época de nuestra historia literaria, agrupación cultural alguna no oficial haya contribuido tanto a promover las bellas letras como la Academia de Letrán. Don José María Lacunza, su generoso fundador y sostenedor de la tradición humanística, alentó a la generación que llenó medio siglo de nuestra historia literaria. Allí se congregaron los más ilustres nombres, a quienes por su altura de espíritu, la discrepancia de ideas político-religiosas no impidió el diálogo fecundo y cordial: Andrés Quintana Roo, Ignacio Ramírez. Guillermo Prieto, Pesado, Carpio, Arango y Escandón, Altamirano, Casimiro del Collado, ilustran el catálogo onomástico de la Academia de Letrán.

La tradición humanística fue recogida principalmente por los escritores neoclásicos. Aun cuando no poseyeron el latín con la profundidad de los humanistas del siglo XVIII, quienes lo hablaron como su propia lengua, sí lo dominaron más que suficientemente para conocer la literatura del Lacio, de primera mano. La cual se asoma abundantemente en su obra con epígrafes, citas, reminiscencias y alusiones. Pero sobre todo, en compensación de no haber producido obra latina original, ellos crearon la etapa más más brillante y rica de nuestra historia literaria en traducciones versificadas de poetas latinos y aun griegos.

En somera enumeración señalamos a Anastasio de Ochoa, el cual —aunque no se sitúa de lleno dentro de la época de la Reforma, coinciden, sin embargo, las postrimerías de su carrera literaria con el inicio de la de varios autores de este tiempo— encabeza la serie de nuestros grandes traductores humanistas. Además de haber traducido varias *Odas* de Horacio, "su mejor lauro —afirma

Menéndez Pelayo— será siempre su bella traducción de las *Heroidas* de Ovidio”.

José Joaquín Pesado “es uno de nuestros mayores horacianos: sus versiones pueden figurar sin desdoro junto a las mejores que existen en nuestra lengua” (Gabriel Méndez Plancarte).

Bernardo Couto, según noticia de Agüeros, tradujo el *Arte poética* de Horacio y *Églogas* de Virgilio.

Un caso notable de capacidad, tesón y buen gusto es el de José María Roa Bárcena, quien habiéndose iniciado en el estudio del latín a los sesenta años, se adueña de él y logra muy estimables traducciones de las *Geórgicas* y de algunos pasajes de la *Eneida*, y con mayor calidad, traduce algunas *Odas* de Horacio (G.M.P.).

Joaquín D. Casasús, aun cuando se sitúa ya a la salida de la etapa de la Reforma, pertenece todavía a este grupo de humanistas. Su biógrafo Sánchez Mármol lo llama “alma romana en corazón mexicano por el profundo conocimiento de la lengua latina”. En ediciones de gran señor, y hoy “golosina de bibliófilos”, produjo una obra muy copiosa y a la vez disciplinada. Traduce de Virgilio *Las bucólicas*, a Catulo, íntegro, así como a Tibulo y a otros. De Horacio traduce sesenta *Odas* y el *Carmen sæculare*. Además parafrasea a los griegos Anacreonte, Mosco y Teócrito.

Ignacio Ramírez, *El Nigromante*, uno de los artistas más consumados de su generación, fue también humanista por el conocimiento de la literatura greco-latina. Del griego aparecen bellas traducciones suyas, incluidas en su “Discurso sobre la literatura erótica de los griegos”. Vierte fragmentos de Homero, Eurípides, poemas de Teócrito, Safo, Mosco y Bion. No tradujo expresamente a ninguno de los latinos, pero sí se adivinan en su poesía claras huellas de Horacio, en sus magníficas estrofas “Por los desgraciados” y “Por los gregorianos muertos”.

Otros, indirectamente, pueden contarse entre los humanistas de esta época; pues aunque carecen de traducciones, la savia latina fecunda su poesía. Ignacio Manuel Altamirano, en sus poemas “Las amapolas” y “Los naranjos”, acoge cadencias de Tibulo y Ovidio. A pesar de los metros que usa y de algunas palabras indígenas, su tono y estilo es el de los idilios clásicos. Por otra parte, de su comentario a dichas composiciones se deduce que conocía a los poetas del Lacio en su propia lengua. “¿Quién no conoce algunas odas de Horacio —son palabras suyas—, algunas églogas de Virgilio, alguna elegía de Tibulo, Catulo y de Propercio; los asuntos de algunos poemas de Ovidio y el fragmento apasionado, aunque

su estilo no sea ya el del siglo de oro de la poesía latina, que se ha atribuido generalmente, aunque sin razón, a Asinio Cornelio Gallo, el amigo de Virgilio, y que según todas las indagaciones es de Maximiano?" Y en seguida nos ofrece este verso exquisito:

Pande, puella, pande capillulos...

Quien se preocupa de estas menudencias eruditas y sabe recrearse el oído con la música original, no es un aficionado conocedor de segunda mano.

Miguel Jerónimo Martínez, por sus reminiscencias horacianas, debe figurar también al lado de estos humanistas, así como Carpio, aunque más lejanamente, por sus claras y abundantes reminiscencias de pasajes bíblicos, que seguramente asimiló con lectura en latín; pues, por la biografía que de él escribió Couto, consta que lo sabía.

Además, los humanistas de esta etapa, con un sentido más universalista que el de sus antepasados, no sólo se deleitan en el repaso de los ritmos de la antigüedad clásica, sino que hacen resonar en sus obras nuevas melodías. Ellos son los primeros en asomarse a las lecturas de los poetas modernos extranjeros. Imitan y traducen del francés, del inglés, del italiano y alemán. Sus versiones son, a veces, excelentes, como la de José Sebastián Segura que traduce algunos cantos de la *Divina Comedia*, o Casasús, la "Evangelina" de Longfellow. Quizás no es siempre muy fino su discernimiento en la elección de sus modelos, pues en ocasiones vierte poetas de tercera fila; aunque en su descargo podría alegarse que algunos de éstos gozaron de fama. En cambio, la presencia en la obra de estos neoclásicos, de Victor Hugo, Lamartine, Schiller, Byron, Manzoni, seguramente hubo de fecundar sus ritmos tradicionales.

Otra de las notas distintivas de estos poetas es su saludable esfuerzo por crear un nacionalismo poético. Aunque como es muy explicable, tratándose de un esfuerzo inicial, no llegan a descubrir el mexicanismo medular. Pesado, Altamirano y, en menor grado, Ramírez, aun cuando su nacionalismo sea sobre todo colorista y aun de superficie, son los primeros que llegan a darnos, el siglo pasado, alguna vibración de nuestra tierra. Altamirano en sus poemas "Las amapolas" y "Los naranjos", bajo el engaño del cromatismo de las palabras regionales, deja adivinar una interpretación más verdadera.

Nota muy específica de este grupo humanista de los tiempos de la Reforma, y que lo diferencia notablemente de los anteriores, es la disensión ideológica que hubo entre los principales representantes. Durante la Colonia, los maestros y guías del pensamiento habían sido Aristóteles y Santo Tomás; los cuales hallan su más adecuada y alta expresión poética en el poema de *El sueño* de Sor Juana Inés de la Cruz, cuya poesía reside en las alas con que dotó a la profunda idea filosófica, para transformarla en sueño.

Al finalizar el siglo XIX las ideas cartesianas y enciclopedistas disputan el campo a la filosofía escolástica. Posteriormente el eclecticismo de Cusiny, sobre todo el positivismo y materialismo que acaudillan Comte y Stuart Mill, fundan la corriente ideológica triunfante el siglo pasado y principios de éste. Entre los poetas cuyo pensamiento está normado desde sus raíces por las nuevas ideas, señalamos principalmente a Ignacio Ramírez y Altamirano.

Estas filosofías, que antes de la Independencia entraban de contrabando y después libremente, llegaron a infiltrarse hasta en los textos de los estudios eclesiásticos.

Si consideramos a este grupo de humanistas de los tiempos de la Reforma de uno y otro signo político-religioso, valorizando toda su personalidad, no sólo literariamente, podemos afirmar que cumplen con el ideal del humanismo integral, porque a los valores antiguos incorporan los nuevos de su propia época y, sobre todo, porque su cultura no es a guisa de laurel sobre las sienes un mero adorno intelectual, sino la inspiración que los impulsa a realizarse como hombres por la plenitud de responsable acción ciudadana.

La vida de cada uno de ellos es compendio de la historia literaria, social y política de su tiempo. Los más preclaros se lanzaron a la lucha apasionadamente, para forjar una patria a imagen y semejanza de sus respectivas ideologías y convicciones, acertada o desacertadamente, pero sin duda con mucha más buena fe de la que suele concedérseles. La honradez de sus convicciones se mantuvo insobornable contra la ruin finalidad que, demasiado frecuentemente en nuestra historia, ha convertido las causas más nobles en empresas de lucro. Habría excepciones, pero las figuras más ilustres de entre ellos se iluminan de dignidad, honradez y decoro. Vidas ejemplares también, porque supieron mantener el dominio espiritual necesario, para alentar en medio del torbellino de las luchas la llama de la belleza. Habiendo lanzado todas sus energías a la conquista de sus respectivos ideales, no perdieron el goce de escuchar la melodía de su alondra interior. En ninguna otra época

de nuestra historia hallamos un grupo de hombres, como el de estos humanistas, que a la vez tan numeroso que hombres de letras hayan sido actores tan importantes de nuestro drama nacional.

LA "ANTOLOGÍA" Y LOS ROMÁNTICOS

POR MANUEL PONCE

Aquel virus romántico, llamado "el mal del siglo", y que afectó en la centuria pasada la sensibilidad de poetas y pensadores, hizo, a la postre, más bien que mal a la literatura y a la poesía, y no fue sino uno de los aspectos, el más lívido e incoloro, del estimulante y calidoscópico prisma del romanticismo.

Subjetivamente, el romanticismo significaba algo muy entrañable: la conciencia despierta a la realidad de nuestra irremediable condición mortal. Por ello, la queja, el desaliento, el sentimiento trágico de la vida, la filosofía melancólica del dolor y de la muerte, todo lo antes proscrito por las leyes del arte, entraría por derecho propio a formar parte del material explosivo de la expansión poética.

El romanticismo nace con la música de Weber y Berlioz y con los recatados suspiros de Schubert, quienes escapaban de la estructuración idealista de lo bello y se instalaban cómodamente bajo el haya del individualismo temperamental. Gericault y Delacroix se rebelaban contra los cuadros alambicados de David.

En literatura y poesía, el movimiento no tuvo como objetivo primordial el rechazo de formas y métricas tradicionales: ya que Musset y Heredia revivían la ya olvidada forma del soneto, que, desde Boileau, valía por todo un poema. Su intención era de mayores alcances: humanizar lo que había degenerado en puramente humanístico; llenar de jugos vitales los viejos repertorios, ya exhaustos de tanto parafrasearse; sacar los mismos temas de su convencional contexto, para llevarlos al terreno fértil de la vivencia personal y, por fin, dotar a la expresión gramatical y fonética de una retórica interna más llena y de una entonación y volumen capaces de hacer repercutir la frase y la palabra.

El romanticismo europeo tuvo sus profetas, sus dioses mayores y sus corifeos. El cristianismo de Rousseau predicaba el evangelio respirable y sensible de la naturaleza. Chateaubriand relataba sus leyendas pensando en las catedrales góticas. Victor Hugo hablaba

el lenguaje metafísico de los dioses olímpicos. Byron, Leopardi, Espronceda, Heine y Bécquer encerraban en cristalinas urnas, o bien la pasión borrascosa, o bien el suspiro tenue de la desesperanza resignada.

El romanticismo, nómada por tierras de América, traía su encarcela bien repleta del sentir sobre el lucubrar, el grito libertario, la democratización del pensamiento y del lenguaje y, en todo y sobre todo, la pasión por la naturaleza, como un sucedáneo de la religión.

Su designio era bueno: la identificación del individuo con el paisaje y los seres que lo rodean; pero su lema era mejor: buscar el alma de las cosas y ponerla en donde no la hay.

Hubo romanticismos sentimentales, patrióticos, costumbristas, reológicos, cietificistas y hogareños: todo un cuerno de la abundancia, del que cada uno de nuestros poetas iba tomando su propio bien, no según un orden preestablecido, sino según personales preferencias. Así se observa en la *Antología de poetas mexicanos* que estamos comentando, que no es siempre muy afortunada en la selección de textos representativos de cada poeta; fenómeno muy explicable, porque sabemos que toda selección, cualquiera que sea, es indicativa y reveladora; pero sólo es característica cuando se dispone de una perspectiva más amplia.

Su proceso de adaptación fue largo como un siglo. En sus primeras etapas no hay señales de violencia ni de ruptura; tal vez porque nuestro romanticismo no obedecía a un cambio biológicamente necesario, como ocurrió en Europa. Igualmente, en todas sus etapas, el sentimiento y la obra romántica estuvieron felizmente atemperados por un consorcio pacífico y complaciente con las formas neoclásicas, y primordialmente, con las humanísticas, en su modalidad bucólica y virgiliana... Y es que la fruición por la naturaleza campestre y el lamentar de los pastores, aun cuando fingidos, no desdecían de los espontáneos alardes del sentimentalismo romántico. Por eso, salvando etapas, el dulce fraile de Tlalpujahuá, Manuel Navarrete, podría decirse que encabeza o prelude ese movimiento.

Lo que se puede afirmar sin temor a dudas es que, en las primeras décadas del XIX, nuestros poetas —Calderón, Rodríguez Galván, Guillermo Prieto, Rodríguez, Altamirano y Sierra— nunca sobrepasaron en poesía los linderos de un decoroso mestizaje.

Rodríguez Galván, por ejemplo, que en el sentir de Menéndez y Pelayo ejemplificaba dignamente el romanticismo mexicano en

su "Profecía de Guatimoc", pierde todo lo ganado al incurrir en desaforadas fantasías y truculencias, que incluye en otros poemas suyos.

Entre los adalides del romanticismo nacionalista o ideológico, se encuentra el visionario y nacionalista Ignacio Manuel Altamirano, de quien se consigna el poema de "Las abejas". Acerca de este prócer, me es posible en la presente ocasión dar a conocer párrafos inéditos de un poema suyo, perteneciente a un manuscrito que obra en poder de mi amigo, el señor Antonio Tous-saint, quien gentilmente me lo ha proporcionado.

El fragmento corresponde al 6 de enero de 1891, en las memorias que a ratos perdidos escribía Altamirano cuando, cónsul de México en París, por haber intercambiado consulados con Manuel Payno, se acercaba a su fin, aún en compañía de su esposa Margarita.

Dice a la letra:

"Versos para María Rivas, cuyo álbum tengo hace cuatro meses, habiéndome rogado la hermosa niña que escribiera las primeras paginas... así pues, como he tenido el álbum, procuraré entregárselo con los versos que comencé a hacer en Marsella ayer y que continúo ahora.

"He aquí el borrador, o mejor dicho, los borradores; porque según mi costumbre, hago, deshago y rehago mis coplas, siempre descontento de la idea, de la rima, de la combinación armónica y hasta de las palabras."

Viene a continuación el poema, del que leeré algunas estrofas.

A MARÍA TORRES RIVAS

(Entre paréntesis, ésta era hija del Dr. Javier Adalid)

Toda gracia y gentileza,
toda hechizos y talento,
te ha dado naturaleza
las perlas de la belleza
y el brillo del pensamiento...

Llegaste a Francia. Ese día
cuando arribaste, María,
corrió más gozoso el Sena
sobre la campiña amena
que alfombra la Normandía.

La dulce Niza, contenta
te ha recibido y te alienta
con sus perfumadas brisas.
Todo amor y gozo ostenta
en esta tierra que pisas.

En esta tierra encantada
recuerda a la Patria amada;
todo: los verdes bajíos
y los pinares sombríos
y la pradera esmaltada.

Las frutas de aromas suaves,
los árboles del Perú,
las magnolias, los agaves
y los trinos de las aves
y el sol, las flores y tú.

Con tu presencia embelleces
a Niza, y doquier que vas,
su nueva deidad pareces
y su deidad ser mereces
porque la embelleces más. . .

De la segunda generación romántica —Flores, Acuña, Ortiz, Rosas Moreno, Peza y Riva Palacio— es de notarse que a Manuel M. Flores se le representa con un poema patriótico y altisonante, precisamente a él, erótico por oficio y eventualmente poeta, cuando logra emerger de tanto oleaje de suspiros y chasquido de besos.

El canto semi-épico y semi-heroico abunda en todas las épocas e interpretado, no a la sordina, sino incurriendo siempre en trompetería política, que desemboca en inaguantables centones, como los incluidos de Manuel Díaz Mirón.

También suena extraño que a Manuel Acuña, el poeta de quien nunca se podrá consolar la musa mexicana, no haya sido seleccionado por lo que caracteriza a su poesía, la cual se debate en la duda metafísica de una fe agonizante y de un nihilismo extraño. De él se incluye el poema humorístico, no por donoso menos grotesco, "La vida del campo", en que se hace solfa de las innumerables imitaciones del *Beatus ille* de Horacio, como también lo hará con la desgastada y devaluada efigie de Selene, la Reina de la Noche. Más tarde, el colombiano José Asunción Silva, su hermano en infortunios, también se burlará humorísticamente de las exageraciones sentimentales de la época, en el poema

EL MAL DEL SIGLO

—Dice el paciente:

Doctor, un desaliento de la vida
que en lo íntimo de mí se arraiga y nace,
el mal del siglo, el mismo mal de Werther,
de Rolla, de Manfredo y de Leopardi.

Un cansancio de todo, un absoluto
desprecio por lo humano... un incesante
renegar de lo vil de la existencia,
digno de mi maestro Schopenhauer,
un malestar profundo que se aumenta
con todas las torturas del análisis...

—Responde el médico:

Esto es cuestión de régimen. Camine
de mañanita, duerma largo, báñese,
beba bien, coma bien, cuídese mucho.
¡Lo que usted tiene es hambre!

Ya puestos en este camino, me permito preguntar: ¿Sería demasiado aventurado suponer en Acuña la misma inicial intención humorística en la elaboración de su "Nocturno a Rosario", con el fin de completar un posible tríptico humorístico?

Hay en este poema tal carga de proloquios sentimentalistas y tan intencionado y nutrido álbum de cursi estampería, que abrigar tal sospecha no iría en desdoro del poeta ni, por consiguiente, del anodino poema que se tiene como paradigma de nuestro romanticismo amoroso.

Ya a estas alturas, el terreno está preparado y las cepas henchidas para el fruto maduro que era de esperarse de aquellas raíces que fueron asimilando poco a poco las esencias del alma univer al. Nuestro romanticismo poético culmina con lo que debe culminar: con Salvador Díaz Mirón, con Manuel Gutiérrez Nájera y con Manuel José Othón, y que, por estar en la cumbre, necesariamente se han de proyectar a las nuevas formas del parnasianismo europeo y del modernismo americano.

Románticos ellos tres por antonomasia, en su concepción idealista del mundo, en la pasión humana llevada a su plenitud y en la identificación de la persona con el mundo físico, con el moral y con el social; no se hace ningún honor a nuestras máximas figuras finiseculares cuando, por cómodas sistematizaciones memori-

zables, que repiten la perspectiva histórica de Federico de Onís, se les reduce a la triste condición de grupo de transición y a la categoría de precursores de nueva escuela.

Cosa extraña: el romanticismo, ya en ellos depurado, bien orquestado y regulado por la medida estética, y que se aparta del tono y del sentir popular para convertirse en una expresión más personalista: ésta es la poesía que romperá la barrera de lo particular para llegar a un grado superior de autenticidad y de universalidad.

Esa línea imprecisa que bajo denominaciones convencionales separa a románticos y modernistas destaca en toda su nebulosidad al mencionarse en las últimas páginas de la *Antología* a Luis G. Urbina y escoger su poema "La última serenata". Luis G. Urbina, en cuya obra ya quebraba albos el modernismo y que fue el último gemido romántico que se escuchara en México.

LA "ANTOLOGÍA" Y LOS PREMODERNISTAS

POR PORFIRIO MARTÍNEZ PEÑALOZA

Para 1894, año en que esta Corporación publicó su *Antología de poetas mexicanos*, el movimiento literario que conocemos con el nombre de modernismo ya se había consolidado; José Emilio Pacheco, en su excelente *Antología del modernismo* (1970), da como límites cronológicos modernistas los años de 1884 a 1921.

Significativamente, el primer número de la *Revista Azul* de Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo, uno de los dos órganos mexicanos del "modernismo triunfante" —el otro fue la *Revista Moderna*—, salió a la luz el 6 de mayo del mismo año de 1894.

Su página inicial "Al pie de la escalera", firmada por *El Duque Job*, es un manifiesto literario que resume buena parte de los ideales modernistas, se apoya en algunas ideas de escritores extranjeros que tuvo la suerte de documentar en ocasión del Primer Centenario del Nacimiento de Gutiérrez Nájera en 1959.

Como complemento necesario hay que puntualizar que los traductores que podríamos llamar "tradicionales" consideraron durante muchos años que el modernismo hispanoamericano tuvo como precursores, en México, a Manuel Gutiérrez Nájera; en Cuba a José Martí y a Julián del Casal, y en Colombia a José

Asunción Silva; idea repetida hasta convertirse en uno de los varios lugares comunes que ha padecido la historia de nuestras letras.

La copiosa —aun copiosísima— bibliografía moderna sobre este movimiento literario ha permitido que la crítica ya tenga por noción definitivamente adquirida que los autores citados no son precursores, sino modernistas plenos. Por su parte, Ivan Schulman ha puesto en claro que el iniciador modernista en la poesía fue Martí y Gutiérrez Nájera en la prosa.

Esto viene a cuento porque el tema que se me asignó en esta presentación de la tercera edición —facsimilar— de tan importante *Antología* es el premodernismo. Como se acaba de decir en este acto, ella está precedida por una extensa "Reseña histórica de la poesía mexicana" que se encargó redactar a nuestro cuarto Director, don José María Vigil, cuya obra no ha sido estudiada ni apreciada como se merece, aunque sí ha sido recopilada, al menos en su parte de crítica, por nuestro colega don Adalberto Navarro Sánchez, quien la editó en dos tomos bajo el título de *Estudios sobre literatura mexicana*, Guadalajara, Ediciones *Et Caetera*, 1972.

Las circunstancias que dieron origen a la *Antología* de la Academia Mexicana, así como otros pormenores, han sido expuestas por nuestro Decano, don Francisco Monterde, con la sapiencia en él característica.

Ellas explican, al menos parcialmente, el hecho de que en el contenido de este libro sólo figure un premodernista: Agustín F. Cuenca; y unos pocos modernistas, entre los cuales están Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera y Luis G. Urbina a quienes menciono no porque sean los únicos de su género que se incluyen en la *Antología*, sino porque don Francisco A. de Icaza, colega nuestro no menos ilustre, les colocó entre los "dioses mayores" de nuestro parnaso.

En mi opinión, el hecho de que en el libro y en la "Reseña" citada se incluyan un solo premodernista y pocos modernistas obedece a una doble razón. Por una parte Vigil, inmerso en los acontecimientos literarios, no tenía la perspectiva necesaria para seguirlos y evaluarlos, y, por otra, que todo periodo de transición es, por su propia naturaleza, de apreciación nada fácil.

En el "Prólogo" a *Le livre des masques*, Rémy de Gourmont decía: "Es difícil caracterizar una evolución literaria en la hora en que los frutos son todavía inciertos, cuando la floración misma

no ha concluido en todo el vergel. Árboles precoces, árboles tardíos, árboles dudosos que todavía no quisiera calificar de estériles: el vergel es muy diverso, muy rico, demasiado rico —la densidad de las hojas engendra la sombra, y la sombra decolora las flores y hace palidecer los frutos... En medio de este vergel opulento y tenebroso, es por donde uno se pasea y se sienta al pie de los árboles más robustos, los más bellos y los más agradables." No quisiera aquí, sino intentar detenerme brevemente junto a algunos de los árboles desconocidos, si no más robustos, del premodernismo mexicano.

En su "Reseña" Vigil no alude explícitamente al modernismo su contemporáneo, pero sí sabe que algo ocurre en la poesía mexicana y en uno de los párrafos finales de su trabajo dice cautamente:

"A los autores mencionados, que representan la edad madura, debemos agregar algunos de los nombres de esa juventud inteligente que viene a infundir nueva vida a las letras patrias con el calor y el entusiasmo que rebosan de su alma. Esta circunstancia dificulta precisar su respectivo carácter, que sólo puede llegar a fijarse tras una larga evolución de ideas y sentimientos, frutos de la experiencia y el tiempo."

Buen estudioso del panorama poético de su tiempo, Vigil se ve preocupado por el mismo problema que inquietaba, entre otros, a Ignacio M. Altamirano: la creación de una literatura nacional, y no se le podía escapar que los modernistas postulaban, en palabras de Gutiérrez Nájera, el "cruzamiento de las literaturas" como medio para crear una alta literatura, si no una nacional.

Muy claramente lo expresa Vigil en sus artículos de *El Federalista* publicados en septiembre y octubre de 1876 con el título de "Algunas consideraciones sobre la literatura mexicana", en uno de cuyos párrafos expone:

"¿No se percibe con toda claridad que sobran medios para dar a la literatura un carácter original en cuanto es lícito aspirar a esta circunstancia?" Se trata, por supuesto, de una literatura nacional y original. Y contesta con una idea que adelanta —*nihil novum sub sole*— el pensamiento de Samuel Ramos, uno de los modernos teóricos de lo mexicano.

"Tal vez parezca paradoja lo que vamos a decir —contesta Vigil—, no obstante que contenga en nuestro concepto la llave del problema. Lo que perjudica a nuestros hombres de letras es el estudio excesivo en las literaturas extranjeras; es cierto senti-

miento de inferioridad que hemos heredado de la Colonia, y el cual engendra una timidez que no se atreve a pasar los límites de una servil imitación."

Y no sólo Vigil está contra la imitación servil; para agregar un nombre de peso, recordaré que también Altamirano condenaba nuestra propensión a imitar.

Naturalmente, no es ella la que postulan los modernistas. Gutiérrez Nájera se explica con claridad cuando dice: "La decadencia de la poesía lírica española es innegable, y así lo entienden todos los críticos serios." Por entonces *Clarín* afirmaba que en España sólo había dos poetas y medio: Núñez de Arce, Campoamor y Del Palacio, respectivamente.

"Entiendo —prosigue *El Duque*— que esta decadencia depende, por decirlo así, de falta de cruzamiento." Añade: "Conserve cada raza su carácter substancial; pero no se aisle de las otras ni las rechace, so pena de agotarse y morir. El libre cambio es bueno en el comercio intelectual y tiene sobre el cambio mercantil la ventaja de que podemos establecerlo hasta con pueblos y naciones que ya no existen."

No obstante su gran simpatía por las letras de Francia, *El Duque* afirma que "mientras más prosa y poesía alemana, francesa, inglesa, italiana, rusa, norte y sudamericana, etcétera, importe la literatura española, más producirá y de más ricos y cuantiosos productos será su exportación".

Ninguna de estas presencias está ausente en el premodernismo y el modernismo mexicanos; y aun hay que agregar otras que nos son connaturales como las letras españolas y las clásicas grecolatinas; no, en cambio, las literaturas prehispánicas, que por entonces eran consideradas como fabulosas.

Pero este contexto está mal explorado. El papel decisivo que tuvo en la nuestra la poesía francesa finisecular ha hecho que se olvide el papel que tuvieron otras literaturas en la etapa que me ocupa. La poesía alemana, por ejemplo, que es importante, en mi opinión, en nuestro premodernismo.

Recientemente el Fondo de Cultura Económica publicó el libro *Goethe en el mundo hispánico*, editado primeramente en Stuttgart, en 1958, que aporta para México datos importantes. Pero debe hacerse constar que antes, en 1956, Boyd G. Carter, por hoy el más importante najerista norteamericano, brillante sucesor de Erwin K. Mapes, hizo contribuciones substanciales al tema en su libro *Manuel Gutiérrez Nájera. Estudios y escritos inéditos*, que

dio pie para mis notas "Sobre la cultura germánica en *El Duque Job*", de 1959. Y poco después, en 1961, la Universidad Nacional Autónoma de México editó el muy importante libro de Marianne Ö. de Bopp: *Contribución al estudio de las letras alemanas en México*.

Estos precedentes dan firme fundamentación, según creo, a la idea de que las letras alemanas, Heine en particular, son influencia determinante en el premodernismo, tanto que a los poetas que se encontraban y escribieron bajo esa influencia se les debe considerar como los verdaderos premodernistas, tal como he sugerido.

Buena contraprueba de este influjo son los artículos de Francisco José Gómez Flores recogidos en su libro *Bocetos literarios* publicado en 1881. En el intitulado "Los patos a las escopetas", por ejemplo, este autor dice: "Francia, Inglaterra, Alemania, España, Italia y casi todas las naciones del mundo tienen su literatura castiza, idónea y original. Yo quiero que México tenga también la suya y que en lugar de llamarse germano-mexicana, por ejemplo, se le llame de una manera exclusiva, absoluta, única: MEXICANA."

Las vías de penetración de Heine en México son, como se puede imaginar, su traducción directa o indirecta —a través de las versiones francesas—. Uno de sus primeros traductores fue el venezolano Pérez Bonalde. La otra vía fue Bécquer, tanto que John Englekirk pudo hablar del complejo Heine-Bécquer en nuestras letras.

Apenas hubo poeta mexicano de aquellos tiempos que no siguiera la moda de escribir *lieder* o rimas. Ni siquiera los románticos declarados como Acuña, Manuel M. Flores y José Peón Contreras; el primero con sus "Hojas secas"; Manuel M. Flores con sus "Páginas locas" tardíamente reeditadas en 1903, y el tercero con sus *Ecos*, recogidos en la edición de 1889 que lleva un prólogo del primer traductor americano de Heine, Pérez Bonalde, fechado en Nueva York, en 1883. Se debe añadir la obra de Antonio Zaragoza, uno de nuestros muchos olvidados que, en opinión de nuestro colega don Francisco González Guerrero, escribió entre nosotros las becquerianas más hermosas.

Pero, ya en el ámbito del premodernismo, figuran los poetas germanizantes que cita Gutiérrez Nájera, como Pedro Castera, en cuyo libro *Ensueños y armonías* (1875) está, probablemente, el primer azul modernista mexicano; Manuel de Olaguíbel, autor de *Poesías*, 1872; Agapito Silva, autor de *Páginas sueltas*, 1873;

José Monroy, autor de *Ecos de amor*, 1875, y de *Aromnías de Ultra-Mundo*, 1872; José Peón del Valle, autor de *Vibraciones y cadencias*, 1886, con prólogo de Francisco José Gómez Flores; y para no alargar indefinidamente esta enumeración, Ramón Rodríguez Rivera, autor de *Versos*, 1876, con prólogo de Ignacio M. Altamirano.

Dejaré constancia de cómo se entendía esta poesía de inspiración germánica, el *lied* que Gutiérrez Nájera describía de este modo:

"Tierno como el suspiro de una virgen... dulce como el eco de una melodía de Schubert... El *lied* de los alemanes es una composición poética breve y ligera en la forma, que ora encierra algún pensamiento filosófico o moral, ora arranca a nuestros labios una sonrisa con la sal ática del sarcasmo, o bien encanta nuestros sentimientos con la incomparable dulzura de la melodía... el *lied* es la melancolía... Byron es la noche oscura y tempestuosa: el *lied* alemán es la noche de luna...; creemos oír en él un acento perdido del arpa de Ossian."

Recogeré de mis notas antes mencionadas los datos pertinentes. Primero, que la primera cátedra formal de alemán que se dio en México se puede ubicar entre 1833 y 1844. Segundo, que Oloardo Hassey, profesor de alemán y otras lenguas extranjeras, publicó en 1852 su *Estudio de la literatura alemana*, editado, con abundantes páginas en tipo gótico, por la Imprenta de José M. Lara. Hubo, pues, en México un interés activo por la cultura alemana en aquella época.

De antiguo se sabe que el más destacado de los poetas precursores del modernismo mexicano fue Agustín F. Cuenca (1850-1884), cuya obra poética se publicó muy parcialmente en *El Parnaso Mexicano* del general Vicente Riva Palacio, en su cuadernillo correspondiente al 15 de enero de 1886, que lleva una noticia preliminar de Juan de Dios Peza. Don Manuel Toussaint publicó en 1920 *los Poemas selectos*, Ediciones México Moderno, con base en los papeles que conservaba la viuda de Cuenca, Laura Méndez.

Por fortuna, Cuenca fue ampliamente estudiado por nuestro Decano, don Francisco Monterde, en su tesis doctoral: *Agustín F. Cuenca. El prosista y el poeta de transición*, México, 1942, edición del autor.

Recuerda don Francisco que en vida del poeta premodernista sólo se publicaron *Ángela Peralta de Castera, Rasgos biográficos*,

México, Valle Hermanos, 1873, y su obra dramática *La cadena de hierro*, Orizaba, Imprenta de "El Ferro-carril", 1881, seguida del artículo "Dramaturgia de México" por Ignacio M. Altamirano.

Don Francisco hace este juicio sintético: "Agustín F. Cuenca, en la literatura mexicana, se encuentra situado entre Manuel Acuña y Manuel M. Flores, por una parte, y Justo Sierra y Manuel Gutiérrez Nájera, por la otra. / Su poesía se coloca entre el descuidado torrente romántico y el pulcro, excepcional, decoro de los precursores del modernismo en México. Más próximo a aquéllos, en su primera época; más cercano de éstos, en la segunda, como corresponde a un poeta de transición."

No se advierte en su poesía alguna influencia germana, pero en cambio se le motejó de "gongórico", cargo que, precisado, rechazan Toussaint y Monterde. Acaso sus estudios humanísticos en el Seminario de México le impartieron la sobriedad que le inscribe en el premodernismo.

En la *Antología* de la Academia, Cuenca está representado por su poema "A Gorostiza", calificado de "débil" por Monterde, pero seguramente del gusto de los recopiladores don Casimiro del Collado y don José María Roa Bárcena.

Don Francisco destaca otros valores en la obra de Cuenca: el elemento erótico y el descriptivo; el tratamiento de formas y los colores gratos; el sentimiento del paisaje, su pintura de interiores. Dato de interés literario en esta poesía es que tradujo a Stecchetti, una moda de su tiempo; y otros más: cultivó lo que hoy llamaríamos poesía social y usó nombres indígenas con voluntad nacionalista.

Monterde cierra su estudio con este juicio global:

"Como poeta [Agustín F. Cuenca] se inició dentro del romanticismo, cuyos moldes acepta; después, insatisfecho, se adelanta a los iniciadores de la renovación modernista, y busca la manera de reaccionar contra el romanticismo que perdura y el realismo que, dentro del verso, vuelve los ojos a una llaneza prosaica, semejante a la de los fabulistas de fines del XVIII.

"Su inquietud le define como poeta de transición que ofrece, aislados, aciertos de expresión moderna, hallazgos de musicalidad. Sus conquistas, dentro de la poesía descriptiva y amorosa, anuncian esa delicada voluptuosidad que Gutiérrez Nájera perfeccionará después de la partida de Cuenca."

Los autores de la *Antología de poetas mexicanos*, además de las limitaciones que les marcaba el destino de la obra, tenían otras,

como la dificultad, si no la imposibilidad, de juzgar el modernismo y su precedente. Apenas hoy podemos hacer la apreciación correcta, gracias a la investigación y a los nuevos instrumentos de la crítica. Así lo procuramos hacer entre todos, siguiendo el consejo de don Alfonso Reyes.

Debates

SOBRE LA GRAFÍA DE LA PALABRA MÉXICO*

[1]

CONSERVACIÓN DE LA X EN LOS NOMBRES MEXICANOS

POR SERVANDO TERESA DE MIER

Al volver del otro mundo, que casi tanto vale salir de los calabozos de la Inquisición, donde *por así conviene* me tuvo archivado tres años el Gobierno, me hallé con una gran variación en la ortografía y excluida la x del número de las letras fuertes, por más que la reclamase el origen de las palabras. Como la Academia Española había encargado que no se desatendiese éste enteramente, aunque se procurase conformar la ortografía a la pronunciación; y por otra parte no sólo veía incompleto el sistema de reforma; sino que en unos impresos la j era ya la única letra gutural, en otros alternaba la g con las vocales e, i, creí que toda esta novedad vendría de los impresores. Hallándose cargados de obra con la libertad de la imprenta y no sabiendo distinguir el origen de las palabras para distribuir las 3 letras guturales, habrían echado por el atajo. Pero unos me han dicho que esto provenía de la misma Academia Española en su última ortografía, otros que no tal, sino que sólo proviene de los editores del diccionario de la Academia que han adoptado el sistema promovido de algunos gramáticos modernos para no atender sino a la pronunciación. Encerrado en este Castillo no he podido apurar la verdad.

Preguntando en fines del siglo pasado a un grande literato español por qué no se sujetaba a las reglas de la gramática y ortografía de la Academia, me respondió que cuando salieron a luz esas obras, ya habían muerto todos los hombres grandes que había en ella. Yo no quiero decir que ahora tampoco los haya, sino que en el país de las letras no estamos obligados a besar otro cetro que el de la razón, y espero a ver las que los novadores

* Selección de textos por José Luis Martínez.

hayan tenido en el asunto. Yo profesé la lengua española en París y Lisboa, he meditado mucho sobre ella, he llegado a fijar su prosodia, y tengo muchas razones que oponer contra esas novedades inútiles, y especialmente contra la extensión que quiere darse a la *j* tan fea en su pronunciación como en su figura, tan desconocida de los latinos como de los antiguos españoles, que nos dificultará el aprendizaje del latín y de sus dialectos europeos. En cuanto tenga lugar expondré mis razones.

Como quiera que sea, esta carta se reduce a suplicar por despedida a mis paisanos anahuacenses recusen la supresión de la *x* en los nombres mexicanos o aztecas que nos quedan de los lugares, y especialmente de México, porque sería acabar de estropearlos. Y es grande lástima, porque todos son significativos, y en su significado topográficos, estadísticos o históricos.

Los primeros misioneros, para escribir la lengua *náhuatl* o sonora que llamamos mexicana, se acordaron según Torquemada con los indios más sabios creados en el Colegio de Santiago *Tlatilolco*, y como su pronunciación tiene dos letras hebreas, *Sade* y *Scin* substituyeron en su escritura por aproximación a la primera *tz* y a la segunda *x* suave. Pero como para suavizar ésta aún no estaba adoptado el acento circunflejo sobre la vocal siguiente, y los conquistadores eran en su mayoría extremeños y andaluces, o árabes en su pronunciación, pronunciaron fuerte todas las *x* escritas por los misioneros, y llenaron de letras guturales los términos que adoptaron de la lengua mexicana, la cual no admite alguna.

Por eso pronunciaron los españoles México (Mejico), aunque los indios no pronuncian sino México (Mescico) con la letra hebrea *Scin*. Y es un dolor, mexicanos, que italianos, franceses, ingleses y alemanes pronuncien mejor que nosotros el nombre de nuestra patria, pues nadie, fuera de nosotros, pronuncia México con letra gutural. En todo caso, paisanos míos, sigamos a escribirlo con *x*. o para llegar con el tiempo, si la nueva ortografía predomina, a pronunciar como se debe este y los demás términos mexicanos, o para no echar en olvido enteramente una de nuestras mayores glorias. Sí, México con *x* suave como lo pronuncian los indios significa: *donde está* o (donde) *es adorado Cristo*, y mexicanos es lo mismo que *crístianos*.

Desde luego se encuentra la palabra entera *Mescichó*, como la pronuncian los indios en el verso 2 del Salmo 2 hebreo, donde la Vulgata tradujo *Christum eius*, su Cristo. Clavijero, con todo, cree que la partícula *co* de México es la mexicana que significa *dónde*,

y haciéndose cargo de las diferentes interpretaciones que se han dado al nombre de México por las palabras *Metl* maguey, o *Metzi*, luna o mes, de que puede estar compuesto, resuelve que el verdadero significado se ha de colegir por la historia mexicana, y según ella lo que debe significar es: donde está o es adorado Mexî, o *Méxihl*.

¿Y *Mexi*. pregunto yo, qué significa? Pronunciado como lo pronuncian los indios es una palabra hebrea, que significa lo que tomándolo del latín *unctus* llamamos ungado, tomándolo del griego *Chrestous* llamamos Cristo, y tomándolo del hebreo *Mesci*, llamamos Mesías.

¿Y en inteligencia de los mexicanos qué significaba *Mexi*? La historia también es quien nos lo ha de decir con certeza. *Mexi* era un hombre Dios, llamado por otros nombres el Señor de la Corona de espinas *Teobuitznáhuac*, el Señor del Paraíso *Teotlaloc* ☽, ☽., al cual concibió por obra del cielo una virgen llamada Santa María *Malintzin*, y lo parió sin lesión de su virginidad hecho ya varón perfecto. *Foemina circumdabit virum*. Así lo cuenta el Padre Torquemada.

"Conservación de la X en los nombres mexicanos"
(fragmento de la "Carta de despedida a los mexicanos", escrita desde el Castillo de San Juan de Ulúa, Puebla, Imprenta de Pedro Garmendia, 1821), S. T. de A., *Escritos y memorias*, Prólogo y selección de Edmundo O'Gorman, Biblioteca del Estudiante Universitario, 56, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1945, pp. 35-8.

ORTOGRAFÍA DE LA PALABRA MÉXICO

POR F. FLORES Y GARDEA

La ortografía de los nombres geográficos, en sentir de las personas ilustradas, debe ser siempre la misma, aun cuando tengan que pasar a otro idioma, con el objeto de que, aunque sean pronunciados de diversa manera, *las palabras escritas* que los representan vengan a ser una especie de *signos* universales como lo son, por ejemplo, los de la aritmética. Necesario es, por lo mismo, cuando se trata del nombre de la capital de una nación, que ha pasado también a significar el del país entero, fijar de una manera clara y evidente cuál debe ser su verdadera ortografía.

Pocas palabras han sido escritas de tan varias maneras como la

de México, ya por no tomarse en cuenta su etimología, o bien por querer ajustar la ortografía a la pronunciación *viciosa* que se le dio al vocablo azteca. Puede, sin embargo, asentarse como regla general, que, tanto en los tiempos antiguos como al presente, toda persona medianamente instruida en la historia de México, ha escrito esta palabra con *x* por respeto a su etimología. El empleo de esta letra, con preferencia a la *g* y a la *j*, ha venido acentuándose más a medida que los estudios filológicos han progresado y que los idiomas indígenas han sido más conocidos. En las obras y periódicos que se publican en la República, la voz de que nos ocupamos se ve siempre impresa con *x*, excepción hecha del *Centinela Español* que usa de la *j*. No sucede lo mismo en el extranjero, pues tanto en Centro y Sur América como en España se usa indistintamente de la *x*, de la *g* o de la *j*. Procuraremos exponer con la mayor claridad que nos sea posible las razones que a nuestro entender militan en favor de la primera de las letras mencionadas, investigando lo que para nuestro objeto prescriben la *etimología*, el *uso* y las variaciones que en su pronunciación ha sufrido esta voz.

El alfabeto castellano, por las imperfecciones de que adolece, no corresponde con sus signos a los sonidos que por ellos deben representarse; achaque común a la mayor parte de los alfabetos de las lenguas modernas. De aquí que la palabra *hablada* sea distinta de la palabra *escrita*, y que para conocer la ortografía propia de las voces de una lengua, haya necesidad de desentenderse de la pronunciación y recurrir a su etimología en busca de elementos constitutivos. A este respecto dice el Sr. Monlau en su *Diccionario Etimológico*: Las etimologías *fijan* la ortografía y evitan las corrupciones o mutilaciones. Sabida la etimología de una voz, se sabe cuál ha de ser su ortografía, puesto que, *salvo algunas deferencias [sic] a la pronunciación y algunos caprichos del uso*, la etimología es la norma ortográfica más natural y segura.

Ahora bien, la etimología que buscamos ha sido estudiada por la mayor parte de los que han escrito sobre historia de México, muchos de entre ellos conocedores del mexicano; pero el que da un resumen bastante completo es Clavijero, quien al ocuparse de esta cuestión dice: "Yo creí algún tiempo, que el nombre verdadero [tal vez quiso decir primitivo] era *México*, que quiere decir en el centro del maguey o pita, o áloe mexicano; pero me desengañó el estudio de la Historia, y ahora estoy seguro de que *México* es lo mismo que lugar de *Mexitli* o *Huitzilopochtli*, es decir, el

Marte de los mexicanos, a causa del santuario que en aquel sitio se le erigió; de modo que México era para aquellos pueblos lo mismo que *Fanum Martis* para los romanos. Los mexicanos quitan en la composición de los nombres de aquella especie, la sílaba final *itli*: "el *co* que les añaden es nuestra preposición *en*. El nombre *Mexicaltzingo* significa sitio de la casa, o templo del dios *Mexitli*; de modo que lo mismo valen *Huitzilopochtco*, *Mexicaltzinco* y *México*, nombres de los tres puntos que sucesivamente ocuparon los mexicanos."

Según lo que hemos leído en varios de nuestros historiadores, dos fueron los fundadores de la ciudad de México: *Tenoch*, sacerdote y jefe de la tribu, que representaba el elemento teocrático, y *Mexitli*, el jefe de los guerreros, que llevaba el nombre del dios de los aztecas; por esta razón la ciudad tuvo desde el principio dos nombres, aunque antiguamente se le aplicaba de preferencia el de Tenochtitlán: el de México fue más usado desde el tiempo de la conquista, tal vez por ser de pronunciación más fácil. Volviendo al personaje *Mexitli*, decimos que su jeroglífico consta en la lámina del Códice de Mendoza, donde se refiere la fundación de la ciudad. Dicho jeroglífico, según persona entendida en la materia, está formado: del carácter figurativo maguey, *metl*, el de igual clase ombligo, *xitli*, y el reverencial *tzin*, que, unidos según las reglas gramaticales, dan la voz *Mexitzin* y sin el reverencial *Mexitli*. Para formar el nombre de lugar se substituyó la última partícula por *co*, como se ha dicho antes, y resultará *México*; con *catl*, contracción de *tlacatl*, persona, se obtiene el gentilicio *mexicatl*, *mexica*, mexicano.

Pero se nos dirá que tanta razón hay para que el nombre de *Mexitli* o *Mexitzin* sea escrito con *x* como con *j* y pronunciarse *Mejitli* o *Mejitzin*, sucediendo lo mismo con el nombre de la ciudad. A esto contestamos: que el mexicano carece de la consonante *j*, y mal pueden escribirse las voces de una lengua con letras que no tiene su alfabeto.

Propiamente hablando carece aún de la *x*, como explicaremos detenidamente al tratar del modo de pronunciar la palabra en cuestión.

Es opinión generalmente admitida como buena, la de que, cuando una voz no tiene etimología que determine la manera de escribirla, se adopte la ortografía con que comúnmente se ha usado; ortografía que ya se comprende debe ser empírica. Suponiendo, pues, que no hubiera ninguna etimología de la palabra *México*,

tendríamos que seguir en este caso la corriente del *uso*; pero no el *uso* de la gente indocta y vulgar, sino el establecido por las personas eruditas; y no hay duda que, para nuestro caso, ningunas más a propósito que las que se han ocupado de la historia de nuestra patria.

Podemos desde luego citar autoridades tan respetables como las de don José Fernando Ramírez, Orozco y Berra, García Icazbalceta, Pimentel y otros, justamente estimados dentro y fuera del país, por sus profundos conocimientos de las lenguas indígenas, de la historia, de las antigüedades y de la literatura nacional. Escritores de todas las nacionalidades, pero especialmente españoles y mexicanos, han seguido en sus obras nuestra manera de escribir; puede verse en cualquier página de las escritas por Herrera, Sahagún, Torquemada, Clavijero, Boturini, Fr. Gregorio García, Granados y Gálvez, Mendieta, Motolinia, Alzate, Gama, Veytia y tantos otros que sería prolijo enumerar; puede verse, repetimos, cualquier pasaje de sus obras y en él se encontrará ortografiada la palabra tal como la usamos los mexicanos.

Pero se nos dirá que aunque escribimos *x*, pronunciamos *j*, y que siendo los signos ortográficos una representación material de los sonidos emitidos por la voz humana, la ortografía debe sujetarse a la pronunciación, y que, en consecuencia, debe escribirse *Méjico*, y no *México*.

Vamos a continuar bajo este nuevo punto de vista el presente trabajo.

Hemos dicho antes que la *x* no pertenece al alfabeto mexicano, y que la pronunciación actual de la palabra México es viciosa, y no sin intención nos fijamos en estos hechos, porque el uno es consecuencia del otro, y ambos han dado origen a la mala ortografía, no sólo de la voz que nos ocupa, sino también de la de otra infinidad de nuestros nombres geográficos, lastimosamente estropeados al querer *castellanizarlos*. La *x*, en efecto, no tiene en el mexicano el mismo valor fónico que en español: en éste es la síncopa o abreviación de otras dos letras, *k* y *s*, como su mismo nombre lo indica, *ek-is*; mientras que en el mexicano sirve para representar un sonido muy parecido al que tiene la *sh* en el inglés; por consecuencia, la verdadera pronunciación del vocablo es *Méshico*, y no *Méksico*, como resultaría de pronunciar la *x* como en español; así es que, *aunque el signo ortográfico es el mismo, las articulaciones por él representadas no son iguales entre sí*.

Los primeros misioneros, al pretender ortografiar las voces me-

xicanas, se encontraron con elementos fonéticos para los cuales no tenían en el alfabeto que ellos usaban signos adecuados, y remediaron esta falta ajustando a los sonidos propios de dicha lengua los caracteres que en la suya tenían para sonidos *semejantes*, en lo cual no hacían más que proceder por analogía. En realidad lo que resultaba era que daban un nuevo valor, convencional si se quiere, a la letra que usaban con tal objeto; y bien habrían podido sustituirla con un signo inventado a capricho, como años adelante lo hicieron los demás misioneros al ocuparse de otros idiomas indígenas. Lo que cuadra a nuestro intento fijar aquí de una manera clara, evidente, y creemos haberlo demostrado, es que el signo ortográfico *x* tiene di tinto valor fonético en cada una de las dos lenguas.

No es difícil explicar ahora por qué se corrompió la pronunciación de esta voz, si se tiene en cuenta que, en esa época, era muy común en España el usar la *x* en sustitución de la *j*, o del mismo sonido fuerte de la *g*: así vemos que era bien admitido escribir *Luxan*, *Xátiva*, *Ximénez*, etcétera; en consecuencia, los que vieron escrita con *x* la palabra México, pronunciaron como tenían costumbre hacerlo; sin curarse para nada de averiguar si había alguna variación en el valor de esta letra. Podría objetarse que los españoles recién establecidos en la Nueva España no podrían ser inducidos en un error por la manera de escribir el vocablo, supuesto que podían oír de viva voz la verdadera pronunciación de él.

En efecto, nosotros creemos que así debe de haber sucedido con las pocas personas instruidas que vinieron a la colonia en los primeros años después de la conquista; pero en cuanto a la inmensa mayoría de los conquistadores, es decir, el *vulgo*, que es el que corrompe las lenguas, es seguro que pronunciaban lo que primero se les ocurría, sin sujetarse a otra regla que una terrible y desatinada eufonización. Allí están, para atestiguar esta verdad, todos los nombres geográficos que cayeron, no diremos que en sus manos, sino en sus labios o en sus plumas; tales nombres nos dan la medida de como fue tratada la lengua de la nación subyugada: muestras curiosísimas de su manera de escribir las voces mexicanas nos han dejado Cortés y Bernal Díaz del Castillo; aquél sacó *Temistitan* de *Tenochtitlan*, y éste convirtió a *Huitzilopochtli* en *Huichilobos*.

Resumiendo lo que llevamos expuesto hasta aquí, sacamos como consecuencia que la *x* en mexicano tiene distinto valor fonético

que en español; que teniendo ese nuevo *valor convencional* con el cual se expresa un sonido *propio* del mexicano, dicha letra no puede ser sustituida por otra sin alterar la ortografía de dicho idioma y oscurecer la etimología de sus vocablos; que por consiguiente, *en razón de su etimología*, debe escribirse México, y no Méjico o Mégico, estando en el mismo caso todos los nombres geográficos en que se ha sustituido la primera de dichas letras por las últimas; que el *uso* ha venido siempre de acuerdo con la etimología; y por último, que no siendo la pronunciación actual la genuina de esta voz sino una pronunciación corrompida y viciosa, no puede estimarse como razón suficiente para alterar su ortografía.

No concluiremos estos mal ilados conceptos sin recordar a los que tienen la manía de querer sujetar la ortografía a la pronunciación, lo que de ellos dice Monlau: "¿Qué sería de nuestra ortografía, si cada cual escribiese el castellano con arreglo a su pronunciación? ¿Tendría que ver el castellano escrito según la pronunciación de Andalucía, de Cataluña, de Galicia, etcétera! ... La ortografía, en las actuales condiciones de los idiomas cultos, debe, pues, marcar no una pronunciación fugaz y que se encuentra profundamente modificada a cada tres o cuatro leguas de camino que andemos, y que en un mismo pueblo se modifica también con el transcurso de los tiempos, sino el origen y la filiación de la palabra, sin cuyos datos es imposible explicarnos su verdadero valor y significado. *La pronunciación no influye para nada en el valor íntimo de la palabra del hombre.* La palabra no puede quedar definida sino por la etimología. Éste es, por consiguiente, el principio, la norma y la *razón de escribir* en todos los idiomas derivados."

Los gramáticos dan como regla general que los nombres propios de persona y los geográficos no tienen ortografía, es decir, que debe conservárseles la ortografía que primero se les dio, en razón, digámoslo así, de que son de la *propiedad* exclusiva de quien los lleva. Y así como no podemos atentar a la propiedad de los particulares alterándoles sus nombres, menos podemos llevar esas alteraciones al nombre de una nación, sobre todo cuando son contrarias a las reglas que sirven de base a la *ortografía racional*.

Sin querer nos hemos extendido demasiado sobre este asunto; sírvanos de disculpa que defendemos el nombre de nuestro país.

Miscelánea científico-literaria. Edición del "Iris Veracruzano", Orizaba, Imp. del Hospicio, 1888, pp. 1-12.

POR QUÉ NO ESCRIBO MÉXICO CON J

(Cuestión histórico-filológica)

POR MANUEL G. REVILLA

En carta particular y en forma tan cortés que por ello me obliga, incúlpame don Fernando Iglesias Calderón, polemista de acerado razonamiento, por qué no escribo México con *j*, pues que él —dice— me tiene por un purista del lenguaje (no sé si lo seré de verdad, lo que sí sé es que procuro no transgredir las leyes del idioma hasta donde ello se me alcanza) y, que como tal, debiera escribir *Méjico* en lugar de *México*, que es como yo acostumbro. Como no me parece baladí del todo el reparo, lo recojo y voy a ver si por medio de las presentes líneas, logro justificar mi práctica.

Desde que nuestro erudito gramático, don Rafael Ángel de la Peña, en su *Gramática práctica de la Lengua Castellana* dilucidó la cuestión con acopio de datos, defendiendo el uso de la *j*, no debiera ya haber ninguna duda sobre el particular. Yo, empero, por mi parte, hago los siguientes razonamientos:

Si la *x* no suena como *x* en la palabra *México*; si no se pronuncia *Mécsico* sino *Méjico*, claro es que la *j* es la letra que corresponde al exacto fonetismo del término. La *x* con su antiguo sonido de *sch* existió en la palabra, primitivamente, y así se escribió *México*, porque se decía o se pronunciaba *Méschico*; lo mismo que se pronunciaban y se escribían otras muchas palabras castellanas análogas, por ejemplo: *Xuárez*, que se pronunciaba hasta muy avanzado el siglo XVI, *Schuárez*; *Ximénez*, que valía *Schiménez*; *dexar*, *deschar*; *exemplo*, *eschemplo*; *lexos*, *leschos*; *páxaro*, *páscharo*, etcétera. Pero al promediar el siglo XVI, por natural evolución del castellano, perdióse este sonido de la *sch* o *x* que se conserva aún en el castellano viejo o bable, hablado hasta el día entre los campesinos de Asturias, y que existe, asimismo, en los demás dialectos peninsulares, como el gallego, el catalán y el valenciano; transformándose en el sonido gutural fuerte que ahora se representa con la *j*. Sonido éste de la *j*, muy típico de nuestra lengua, y que no aparece en ninguno de los otros grandes idiomas romances derivados del latín; esto es, ni en el francés, ni en el italiano, ni en el portugués y ni en el rumano.

Aunque es verdad que la palabra *México* proviene de la azteca o náhuatl, los españoles, hecha la conquista, la eufonizaron, la cas-

tellanizaron, pusieronle el sello de su propia lengua, ni más ni menos que a otras muchas palabras derivadas del azteca, tales como: *Xilotépetl*, de la que hicieron después *Jilotepec*; *Cuaubximalpa*, *Cuajimalpa*; *Axoxco*, *Ajusco*; *Xonacantépetl*, *Jonacantepec*; y *texócotl*, *tejocote*; *axólotl*, *ajolote*; *xitómatl*, *jitomate*; *xicotli*, *ji-cote*, etcétera.

Sabido es que los aztecas, nahoas o primitivos mexicanos, no conocían las letras, pues su escritura era ideográfica y no fonética, como la de las lenguas europeas, y mal pudo, de consiguiente, encontrarse la *x* en la prístina o más remota escritura del vocablo *México*; aunque sí tuvo aquel mismo pueblo, en su lengua hablada, el sonido *sch* que interviene en el nombre con que designaban al Dios de la guerra, Mexitli, o más bien, al lugar donde se tributaba culto a aquella deidad sangrienta, de donde parece provenir el nombre del país en que vimos la luz primera.*

El signo, pues, diéronselo al sonido los españoles. La *x* del nombre *México* es del alfabeto castellano, como del alfabeto castellano han sido las letras constitutivas de las palabras *Xuárez*, *Xerez*, *Ximénez*, *relox* y *páxaro*. Todas estas voces y otras muchas semejantes han cambiado su ortografía en virtud de la transformación del sonido de la *x*. La voz *México* que está en idéntico caso, esto es, que ha sufrido igual alteración fonética, ha debido también sufrir la propia alteración gráfica. Si no se escribe ya *Xuárez* sino *Juárez*, ni suenan como antes, *Xerez* sino *Jerez*, *Ximénez* sino *Jiménez*, *relox* sino *reloj*, y *páxaro* sino *pájaro*; la lógica pide, asimismo, que no escribamos ya *México* sino *Méjico*, puesto que tampoco suena ya como sonó en lo antiguo. Seguir escribiendo el término en cuestión con *x* es un verdadero arcaísmo, una completa antigualla, como si escribimos *fierro* en vez de *hierro*, o *fermosura* en lugar de *hermosura*, o bien, *baxa* por *baja*, *huuo* por *hubo*, *mannana* por *mañana*, *facello* por *hacerlo*, *regna* por *reina*, etcétera. Pero aquí aparece el gran argumento de los sostenedores de la *x*: ésta debe subsistir, alegan, por razón de la etimología de la palabra. . . lo cual puede replicarse: la etimología en nada se pierde en esa palabra, porque la *x* se substituya por la *j*, como no se ha perdido en ninguna de las otras voces que dejo citadas.

Lo que en cambio sí se pierde al escribir *México* con *x*, en mu-

El nombre de *México* para designar a este país y a su capital fue adoptado por los españoles y sus descendientes de la Nueva España; pues los aztecas, como bien sabido es, llamaban Anáhuac al primero y Tenoxitlán a la segunda.

chos lugares, es la debida pronunciación del término. Y así, tanto en algunas repúblicas de la América del Sur como en España, no es raro oír pronunciar a la gente *Mécsico* y *mecsicano*, en conformidad esta pronunciación con la escritura de ambas voces, siempre que las ven escritas a la usanza de nuestro país, pues danle entonces a la *x* su sonido propio y único que actualmente tiene, como en *examen*, *éxodo* y *éxito*. Ni habrán sido otras que las expuestas, las razones que tuviera presentes la Real Academia Española, para venir estampando de tiempo inmemorial en el Diccionario de la Lengua autorizado por ella, el gentilicio *mejicano* con *j* lo mismo que su primitivo *Méjico*.

La razón, pues, y la autoridad abonan de consuno la grafía por la que opta don Fernando Iglesias Calderón. No tengo inconveniente en reconocerlo y confesarlo explícita y paladinamente. Pero he de manifestar ahora que, si hasta aquí todo parece favorecer la opinión y la práctica del señor Iglesias Calderón, y todo parece invalidar la práctica que yo he seguido, hay que tener presente otro factor en gran manera atendible en el asunto: la pasión o, diré, el sentimentalismo; factor que en mi concepto puede justificar la preferencia que doy a la *x*.

Desde que abrimos en esta tierra los ojos de la inteligencia los en ella nacidos, el nombre de la patria vímosle escrito con *x*. La *x* ha sido una letra ya consagrada por larga tradición. Tiene algo de hierático y sagrado. Alterar el nombre, ya como estereotipado, de la tierra natal, de la Nación que reconocemos por nuestra, parece una especie de profanación contra la que protesta el sentimiento. Quitarle a *México* la *x* es como si al águila de nuestro escudo se le suprimiese el índico nopal o la ondulada culebra; o como si a nuestra bandera se le cambiara alguno de sus tres emblemáticos colores. ¿No protestaría contra ello el sentimiento en consorcio con la costumbre? ¿Qué pueden las razones filológicas al lado del sentimentalismo o la pasión?

Y la pasión política no ha sido, en verdad, tampoco extraña en nuestro suelo para esas preferencias por la *x* o por la *j*. Diríase que no contentos los mexicanos de dividirse en el campo de la política, han querido estarlo también hasta en el de la gramática, a despecho de aquella sentencia de la Escritura que dice que *todo reino dividido perecerá*. Así como el espíritu de disensión, según los tiempos, tomó forma en las dos parcialidades de *realistas* e *insurgentes*, *yorkinos* y *escoc ses*, *iturbidistas* e *hidalguitas*, *españolistas* y *antiespañolistas*, *centralistas* y *federalistas*, *conservadores*

y *liberales, imperialistas y republicanos, reeleccionistas y antirreleccionistas*; así también para colmo de discorde divergencia, han aparecido en esta tierra las dos parcialidades de *jotistas y equisistas*.

Los hispanófilos mexicanos se apresuraron a acatar lo prescrito y observado por la Real Academia Española, en tanto que los hispanófobos lo rechazaron; aquéllos aceptaron de buen grado la *j*, éstos quedáronse aferrados a la *x*. Y lo que digo sobre los dos bandos opuestos, no son meras imaginaciones, sino hechos reales y efectivos de que muchos pueden dar testimonio; y a pesar de las conspicuas excepciones que el señor Iglesias Calderón en contrario me presenta, tales como a don Benito Juárez y a su muy ilustre padre, don José M. Iglesias, a don Manuel María de Zamcona y a don Jesús González Ortega, quienes, no obstante ser prominentes representantes de la agrupación liberal, optaron por la *j* en la escritura de *México*, yo también puedo señalarle a mi vez, a otros dos distinguidos liberales y además notables humanistas, don Ignacio Mariscal y don José M. Vigil, que siguieron igual costumbre. Pero éstas, repito, aunque muy señaladas, son excepciones: la mayoría de la gente liberal ha estado aquí siempre por la *x*. La simpatía o la antipatía sobrepusieron a las consideraciones de la lingüística. Sobre que ni siquiera han faltado liberales que, por alarde de independencia respecto de España, hayan pretendido que tengamos una literatura totalmente diversa de la española...

Aparte las consideraciones de carácter filológico, no han dejado de pesar también las emotivas o de mero sentimiento en los partidarios del empleo de la *j*. Consideran éstos, con efecto, que los hijos de la Nueva España estamos ligados con los de la Vieja, por los indestructibles lazos de la sangre y de la lengua, y que observar los decretos de la Academia Española, suprema autoridad en puntos referentes a nuestro común idioma, como constituida la Corporación por los más preclaros escritores peninsulares y tal cual vez también por algunos hispano-americanos insignes, es dar cumplida muestra, no ya de respeto a la autoridad, sino de espíritu de confraternidad a la par que de cariño a nuestros progenitores, o más bien, hermanos del Viejo Mundo; apretando por tal modo, en vez de laxarlos, los vínculos que con ellos nos unen. Conforme a tal criterio, si la Academia ha adoptado la *j* hay que darle la preferencia, igual que si, por el contrario, hubiese aceptado la *x*.

Que la entraña afectiva haya tenido intervención muy directa

en la cuestión filológica de que trato, corroboráranlo y ponen de resalto los siguientes hechos:

No bien acababa de darse a la publicidad el año de 1898, la *Gramática práctica de la Lengua Castellana*, libro en el cual, como ya dejo dicho, prolijamente fundó y defendió don Rafael Ángel de la Peña el uso de la *j*, creóse el Instituto Bibliográfico, patrocinado por el Secretario de Justicia e Instrucción Pública, que a la sazón lo era don Joaquín Baranda. En una de las primeras sesiones del nuevo Instituto, suscitóse la discusión sobre la ortografía de la palabra *México*. Externó su opinión briosamente el señor Baranda, y todos los presentes adhirieron al dictamen del Ministro, con la sola excepción del escritor y académico don José M. Vigil, quien con su inusitada vehemencia sostuvo su tesis en pro de la *j*; con ocasión del cual suceso oí, de los propios labios del mismo señor Vigil, esta significativa sentencia: "Yo no estuve del lado del Ministro, porque aunque viejo, me siento aún con dificultad para doblar la espina"...

Como la opinión de don José M. Vigil y de don Rafael Ángel de la Peña hacía fuerte contrapeso, los tenaces partidarios de la *x* no descansaron en su campaña; y díjose entonces por la prensa que un abogado muy versado en legislación y muy dado a hurgar en los archivos (si mal no recuerdo don Andrés Portillo) había topado con un feliz hallazgo: con un decreto del Congreso de 1823, que prescribía en todo documento oficial el uso de la *x* en el nombre *México*. Este hallazgo auténtico o apócrifo (no lo sé a ciencia cierta), como era de esperarse, produjo grande satisfacción a los unos y un tanto de desconcierto a los otros.* Juzgóse ya entonces por los primeros que, con una ley político-filológica de por medio, como la que acababa de hallarse, no era cuerdo, razonable, prudente, ni consecuente, que en un libro impreso bajo los auspicios del Gobierno y destinado a servir de texto en las escuelas oficiales, se encumbrase por tal manera a la *j*, a despecho de una ley emanada de una autoridad política que la proscribía. Y así no se creyó debido que en la *Gramática práctica de la Lengua Castellana* lo

* La duda que pudiera caber sobre la autenticidad del susodicho decreto proviene de estos tres conceptos: 1º Porque en un principio se atribuyó al Congreso de 1821 y posteriormente al de 1823; 2º Porque no figura en las colecciones de leyes y decretos que corren impresas; 3º Porque el Congreso Constituyente de 1823, al que ahora se atribuye el repetido decreto, como todas las asambleas de su índole, no tenía atribuciones para legislar sobre puntos de lenguaje.

escrito permaneciera escrito; y al oído del autor se acercaron voces autorizadas e insinuantes, sugiriéndole la conveniencia de que modificase su texto. Y en efecto, en la segunda edición de su *Gramática*, año de 1906, viose don Rafael Ángel de la Peña en el trance fuerte, no tan sólo de substituir la *j* por la *x* en la portada del libro, sino juntamente, de tener que alterar no poco el texto de sus eruditas disquisiciones sobre las dos discutidas letras; y una vez más pudo decirse: "*dura lex sed lex*".

Con antecedente semejante ¿habrá quien espere que prevalezca el uso de la *j*? El divorcio entre el sonido y la escritura del nombre con que designamos a nuestro país, seguirá, por consiguiente, aquí, entre nosotros, en pie por tiempo indefinido. Con el rodar de los años, ¿quién lo sabe?, todo puede cambiar, mas lo que es por ahora el cambio júzgolo remoto.

En resolución, y viniendo a mi caso concreto, debo decir que no quiero ser consciente infractor de un decreto emanado, según se cuenta, del primer Congreso constituyente; que tampoco gusto de aparecer como un disidente, sino que prefiero figurar en las filas de la mayoría como uno de tantos; que entre buscarme desazones como las proporcionadas al señor De la Peña y sumarme a la falange que se tiene por progresista —¿quién habrá que vacile?—, estoy por lo segundo. Tales son los motivos que me inducen a escribir *México* tal como aquí va escrito; y si éstos no se estiman bastante fundados, la verdad es que no tengo otros mejores que presentar en mi abono, y sentiría muy de veras que no me librase de sus censuras don Fernando Iglesias Calderón: persona que tengo en alto concepto, así por su raro valor civil como por sus conocimientos históricos y filológicos; y, por el contrario, me halagaría en gran manera merecer la aprobación de crítico tan competente.

México, diciembre de 1910.

En pro del casticismo, Andrés Botas e hijo, 1917, pp. 41-48.

XAVIER Y XALAPA Y EL PAPEL DE LA X

POR VICTORIANO SALADO ÁLVAREZ

Razón tuvo el agudo comentarista de *Excelsior* para ridiculizar a los que todavía a la hora que es escriben *Xavier* y *Xalapa*, como

si estuviéramos en pleno siglo XVII. Para que tal uso se justificara tenían que escribir los arcaizantes Xalixco, Ximénez, baxo, Xerez, truxo, dixo, y otros varios miles de palabras; y esto cierto no las usan así.

La X tiene sonido de *ch* como advierte Alderete (*Del origen y principios de la lengua castellana en España*). "Guardé (pág. 244 de la edición romana de 1606) el orden de las letras latinas, i dexé la *H*, y la *Q* porque no las tienen los griegos, y con la *Xi*, que corresponde a nuestra *X*, puse la *chi*, que vale por *ch*, que los franceses dellas suenan *x*, y escriben *Chantre*, *Chevalier*, etcétera y pronuncian *Xamire*, *Xevalier*, lo cual hacen muchos con la letra griega dándole el sonido de *X*."

La confusión venía ya del latín conforme sienta el propio Alderete, y quizás intervenga hasta la notación arábica. "La *S*, dice (pág. 217), tiene el sonido muy cercano a la *X*, porque esta letra vale lo que *C* y *S*, y la *c*, vimos cuán cercana es a la *g*, por lo cual algunos en lugar de *x* escribían *gs*. Martiano dice *X*, *autem nemo literam putat quoniam duplex est, constat enim ex ge et s ut Rex Regio aut ex c et s ut nux nucis aut in u aliquando transfertur ut nex nivis*. Pero los nuestros la *s* latina la mudaron en *g* y en *x* y así decían si otro *gelo embargare bien gelo pueden demandar*, ordinario en las leyes del rey don Alfonso, y ya no se usa sino *se* y de *capsa*, *rosco*, *sagma*, *Salone*, *sapone*, *simis*, *sepia*, *Simone*, *simia*, *sinapi*, *succosus*, *Suero*, decimos *caxa*, *roxo*, *xalma*, *xalón*, *xome*, *ximia*, *Xatiua*, *Ximón*, *ximia*, *xenable*, que ia decimos *mostaza*, *xugoso*, *Xucar*. Parece pegado de los Araues, que de ordinario los de aquella lengua mudan la *s* en *x* y a las pasas dicen *paxas*."

Siguiendo esa pronunciación aljamiada *Saverio* se ha convertido en *Xavier* y siguiendo la indígena, que figuraba la *sh* como *X* algunos escriben *Xalapa* o *Xalixco*.

Bien sé que esto me lleva como por la mano a tratar de la *X* de México, que ha hecho verter más tinta que agua lleva el Río Grande en el mes de julio; pero desde ahora declaro que dejo en esa opinión nacional, liberal y legal a los que la tienen. No gusto de excitar la furia de nadie sin motivo fundado.

Minucias del lenguaje, Secretaría de Educación Pública, México, 1957, pp. 179-181.

Desfile de Dislates

LOS LÍMITES DEL HUMOR

POR MAURICIO MAGDALENO

"Debelar" o "develar", un manido disparate

Pocas veces en el curso de la lengua, la lengua común y corriente en la que nos entendemos —cuando nos entendemos— y discurrimos, un disparate había alcanzado el honor de un uso tan universal como el que goza actualmente el infinitivo "debelar" o "develar", que de los dos modos lo escriben o hablan millares de nuestros compatriotas, desde los más empingorotados funcionarios, los articulistas de todas las raleas y hasta escritores de copetuda suposición: Fulano de Tal, secretario de Estado (o lo que sea en el gran elenco político), Mengano de Cual, hombre de acreditadas prendas culturales, Zutano de Cal o de la Calle, refieren orondamente que fue "debelado" o "develado" —las dos *by* andan en el cuento— un monumento, un edificio, un modesto busto o lo que sea.

Debelar, según el Diccionario de la Academia, significa "rendir a fuerza de armas al enemigo", y no tiene otra acepción. "Develar" no quiere decir nada: es llana y cabalmente una barbaridad de tomo y lomo.

La estrafalaria voz, en cualquiera de sus dos grafías, es disparate de muy altas prendas: se trata, nada más, de acudir al sentido común: si la tal palabreja significa quitar un velo, lo obligado es usar la voz, esa sí legítima; *desvelar*. Desvelar es eso, precisamente: quitar el velo, quitar un velo. "Debelar" o "develar" equivalen a decir:

"de-vestir" por desvestir,
"de-cubrir" por descubrir,
"de-quitar" por desquitar,
"de-habitar" por deshabitar, etc., etc.

En todo caso, si al que escribe o habla no le suena el legítimo *desvelar*, diga *descubrir*: Fulano de Tal *descubrió* la placa de un

monumento, de una calle, de lo que sea. Y dejémosnos de dar patadas al lenguaje, que es nuestra expresión patria, con más o menos bizarras barbaridades.

"Dictar", otro dislate

"La conferencia que dictará el conocido intelectual licenciado Pastor del Toro Bravo (en tal lugar y en tal fecha)..." El dislate se ha convertido hoy en día en aluvión verbal y escrito que circula lo mismo en las más altas esferas del poder público y privado, que en el equipo intelectual del más veraz reportero y el telecomentarista o radioanunciante. El señor Pastor del Toro Bravo será muy licenciado —es decir, que tiene licencia— y podrá ser todo lo bravo que se quiera, pero que, suponemos, va a hablar directamente a su auditorio, bien leyendo o improvisando, pero no a *dictar* sus ideas, sesudas o no, a ninguna taquígrafa.

Se quiere decir —y don Pastor, "conocido intelectual", según rezan las invitaciones—: la conferencia (o lo que sea) que *sus-ntará*, o más llanamente, que *dará*, sobre este o aquel tema. Perdónenos, don Pastor: usted no tiene la culpa del disparate en que se anuncia que *dictará* su plática, disertación o como quiera llamársela, y que deseamos se vea muy concurrida.

MÍNIMO

Entre gente bien hablada se ha extendido la opinión de que es insigne disparate la locución "*lo más mínimo*", y que debe abreviarse "*lo mínimo*". De seguro que se fían de las palabras del señor De la Peña, quien asegura que "por regla general no pueden reunirse dos formas superlativas en un mismo adjetivo", ni consiente el uso que los superlativos vayan acompañados de expresiones de encarecimiento, porque de ello resultan locuciones viciosamente pleonásticas como "cuán gravísimo está el enfermo".

Buena es la razón, pues *mínimo* sólo es superlativo de *pequeño*, cuyo comparativo es *menor*; pero no se recuerda que hay excepciones muy atendibles y justificadas con altos ejemplos, que invalidan la regla general.

El mismo señor Peña advierte que "los superlativos" *mínimo*, *ínfimo* e *íntimo* se apartan de la regla general y Bello cita estos ejemplos de Cervantes: "A la más mínima voz de su amo." "El más mínimo pelo de la cola." No sabría hallar los pasajes del *Quijote* en que esas expresiones se hallen; pero me encuentro ésta que me parece como mandada hacer para el caso:

"¡Crueldad notoria! —dijo Sancho—. ¡Desagradecimiento inaudito! Yo de mí sé decir que me rindiera y avasallara la más mínima razón amorosa suya" (Cervantes, *Quijote*, parte II, capítulo LVIII. Ya se mira cómo la frase, al parecer viciosa, se halla confirmada en tres lugares distintos (muchos más habrá) del más famoso de los escritores en lengua castellana. Y si éste faltara, tendríamos las autoridades de los modernos como Pérez Galdós, don Juan Valera y don Armando Palacio Valdés, que usan de la locución sin reparo.

Victoriano Salado Álvarez, *Minucias del lenguaje*,
Secretaría de Educación Pública, México, 1957.

Documentos

DISCURSO DE CARLOS F. McHALE AL
INSTALARSE LA ACADEMIA
NORTEAMERICANA DE LA LENGUA
ESPAÑOLA

Excelentísimos señores embajadores, honorables señores cónsules,
señoras y señores:

Sean mis primeras palabras de gratitud para quien todo lo puede y ha permitido que el sueño acariciado de hace doce meses hoy se convierta en una hermosa realidad con la instalación de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Agradezco especialmente la gentil y fraternal hospitalidad de la American Academy of Arts and Letters en su hermosa mansión generosamente cedida para nuestra inauguración. Aprecio sinceramente las cariñosas palabras de bienvenida del doctor Theodore S. Beardsley, Director de la Hispanic Society of America y Bibliotecario de nuestra Academia.

Para mis cuatro colegas del Comité Organizador de la ANLE no encuentro palabras que expresen debidamente mis sentimientos. Lo que sí puedo decir es que si todas las comisiones contaran con cinco miembros y cuatro de ellos fuesen tan activos, empeñosos, constantes, decididos, cordiales, pacientes, leales, inteligentes, precavidos y rectos, no habría dificultad en ninguna comisión. Yo pedí a Dios un corazón agradecido cuando me confiaron la presidencia y ahora les doy toda la gratitud de mi corazón a Gumersindo Yépez, Secretario; Odón Betanzos Palacios, Tesorero; Juan Avilés y Jaime Santamaría, Vocales. Las constantes reuniones que hemos tenido (por lo menos una vez por semana durante un año, pero muchas veces dos o más) han proporcionado a mi vejez los momentos más gratos y sobre todo más fructíferos de toda mi larga y trabajosa vida. Que Dios los bendiga a los cuatro.

Es para mí un verdadero privilegio saludar cordialmente a todos los académicos presentes y ausentes, empezando por el benemérito maestro de todos los maestros de castellano, el ínclito hombre de ciencia y de letras don Tomás Navarro Tomás, que ha sido mi guía y consejero en la ardua tarea que me trajo el Destino, porque

sin su generosa ayuda nuestro proposito no se habría realizado. Mis palabras son inexpressivas ante la intensidad de mi gratitud.

No dispongo de tiempo para citar los méritos de los veintitrés miembros de número (de los 36 de que constará la Academia Norteamericana de la Lengua Española) entre los cuales habrán visto mis oyentes, en la tarjeta de invitación, nombres muy ilustres en las letras y la ciencia, eminentes profesores de las más famosas universidades del país. Todos ellos poseen ejecutorias y obras que han contribuido al engrandecimiento del castellano dentro y fuera de los Estados Unidos.

No dejaré de mencionar un hecho que distingue en cierta forma a esta Academia de las demás academias: ocho países extranjeros, por ahora, están representados en la nuestra. A cada académico saludo individualmente con respeto y admiración y es honra para mí ser su colega.

Me es grato proclamar que la Academia Norteamericana de la Lengua Española nace llena de admiración, respeto y compañerismo para la Real Academia Española, las Academias Correspondientes de los países hispanohablantes y para la Asociación de Academias de la Lengua Española y su Comisión Permanente. A todas estas instituciones y a todos y cada uno de sus integrantes me es grato ofrecerles solemnemente nuestra cooperación más entusiasta y decidida para lograr entre todos un castellano más rico, más brillante y menos nacionalista.

Es justo recordar que el castellano fue el idioma del descubrimiento de América en 1492, acontecimiento que cambió la faz y el destino del mundo. También debemos señalar que el castellano fue el idioma del descubrimiento, de la conquista y de la colonización inicial de los Estados Unidos, como queda demostrado por la historia, de la que entresacamos algunos de los hechos más culminantes y dignos de mención: Ponce de León descubrió y bautizó la Florida en 1513; Alvar Núñez Cabeza de Vaca, caminando durante nueve años, cruzó desde el Golfo de Texas hasta el Golfo de California, de 1527 a 1536; Hernando de Soto llegó a la Florida en 1537 y exploró su territorio, Georgia, Carolina del Sur, Tennessee, Alabama, Mississippi y Arkansas, y aun cuando murió en 1542, los sobrevivientes atravesaron la Luisiana y Texas, y llegaron, por fin, a México; Francisco Vázquez de Coronado, comenzando en las costas de México, atravesó Nuevo México y Kansas, y descubrió el Gran Cañón del Río Colorado en 1540; Pedro Menéndez, en 1565 fundó, por orden del Rey Feli-

pe II, la ciudad de San Agustín en la Florida, que es la más antigua de los Estados Unidos; a principios del siglo XVII los españoles fundaron la ciudad de Santa Fe en Nuevo México y las de San Diego, San José, Santa Ana, San Francisco y muchas otras en California; en el siglo XVIII Fray Junípero Serra fundó en California y a lo largo del Camino Real toda una serie de misiones que todavía existen.

California entró a formar parte de la Unión en 1850, como estado bilingüe. Su Constitución exigía que todas las leyes se publicasen en inglés y español. Los estados de Colorado y Nuevo México adoptaron también esta medida. Más de mil quinientas ciudades importantes de los Estados Unidos llevan el nombre español con que fueron fundadas. Los nombres de los estados de California, Colorado, la Florida, Montana, Nuevo México y Texas fueron dados por los españoles.

La simple enumeración de estos hechos históricos deja clara constancia de la presencia hispánica en los Estados Unidos desde los días que siguieron al descubrimiento del Continente. Desde entonces el número de hispanohablantes en los Estados Unidos ha ido creciendo constantemente, hasta alcanzar en estos días una cifra cercana a los veinte millones, aproximadamente la décima parte de la población total del país. Se calcula que más del setenta y cinco por ciento de los mismos son ciudadanos norteamericanos. Su capacidad económica ha crecido en tal forma que el promedio de los ingresos es considerable.

Más de cincuenta mil profesores y maestros de español ejercen su noble misión en escuelas de primera y segunda enseñanza, en colegios y universidades distribuidos en toda la nación. Hay más de veinte mil médicos de habla española ejerciendo su profesión en los Estados Unidos. Existen innumerables publicaciones, revistas, emisoras de radio y televisión, agencias de publicidad y casas editoriales dedicadas al servicio de la población hispanohablante, lo cual está contribuyendo a la rápida difusión de la cultura, historia y literatura.

Los españoles e hispanoamericanos residentes en este país forman un verdadero pueblo dentro de la gran familia norteamericana: constituyen un complicado mosaico de procedencias y culturas diversas que incluyen todas las profesiones y oficios. Todos ellos han demostrado entrañable amor por su idioma y lo siguen hablando y enseñando a sus hijos. Algo maravilloso en medio de la atareada vida.

Este conglomerado étnico naturalmente e identifica con todas las modalidades idiomáticas del español que se habla en sus países de origen y necesita más que ningún otro un idioma castellano claro, libre de localismos y provincialismos, que le sirva como instrumento de fácil comunicación con sus hermanos de idioma y destino. Esta colectividad necesita conocer la lengua inglesa para mejorar su situación económica y para su convivencia armónica en el país donde reside. Para ello la nueva Academia no omitirá esfuerzo ni iniciativa y será la mayor satisfacción ver que prospera y se siente más feliz en el país en que reside.

El número de hispanohablantes de los Estados Unidos es sólo excedido por México, España, Argentina y Colombia y es la mayor colectividad bilingüe, en inglés y español, del mundo entero.

El idioma español está propagándose en forma extraordinaria en los Estados Unidos. El número de personas que aspira a aprenderlo es mucho mayor que lo que generalmente se cree.

Por otra parte, están surgiendo novelistas, poetas, periodistas, músicos, artistas y profesionales de valía extraordinaria en una época en que el hombre vale tanto más cuantas son las lenguas que habla, y el inglés y el español son en realidad las más importantes.

Presumiendo, podemos decir que en ningún lugar de la tierra está más justificada la creación de una Academia de la Lengua Española que aquí en los Estados Unidos. Por el número de hispanohablantes, por la diversidad de profesiones y de culturas de origen, por su capacidad económica, por su resón extraordinario, y principalmente por algo que es entrañablemente digno de admiración: su inefable amor a su idioma. Por estas y muchas otras razones que saltan claramente a la vista, era necesaria la fundación de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, llamada a cumplir una función que ninguna otra institución puede llenar.

La sede de la Academia Norteamericana de la Lengua Española estará en Nueva York por razones obvias, como son: su enorme población, su vastísimo número de hispanohablantes y por estar aquí las Naciones Unidas, lo que hace posible un constante y universal intercambio de ideas.

La población de habla española en los Estados Unidos está en diario contacto con la lengua inglesa que habla y practica y que es, sin duda, la de más rápido crecimiento en el mundo, como corresponde al país más avanzado en la ciencia y la técnica.

La Academia Norteamericana de la Lengua Española podrá estudiar e indicar la forma que en español ha de tener la voz correspondiente a los nuevos vocablos ingleses frecuentemente impuestos por el progreso científico y tecnológico.

De consuno, el español y el inglés —dos de los idiomas más hablados del mundo— se complementarán mutuamente contribuyendo así al mejor entendimiento entre los Estados Unidos y las naciones de habla castellana.

La Academia Norteamericana de la Lengua Española surge para servir las necesidades lingüísticas de los veinte millones de hispanohablantes que residen en los Estados Unidos, venidos desde todos los países donde se habla el castellano, mejorando el conocimiento de su propia lengua y a la vez preparándolos para el indispensable aprendizaje del inglés. Nadie aprende bien una lengua extranjera si no domina la propia.

La Academia Norteamericana de la Lengua Española, por la diversidad de procedencia de sus integrantes y por su radicación en Nueva York, está en condiciones de servir y colaborar con todas las demás Academias de la Lengua Española a las que puede prestar especiales servicios por su conocimiento del idioma inglés y su diario contacto con los progresos del mismo.

La Academia Norteamericana de la Lengua Española atenderá con la mayor dedicación todas las peticiones e indicaciones de las instituciones culturales, educativas, comerciales que puedan necesitar su ayuda.

La Academia Norteamericana de la Lengua Española, sueño largamente acariciado por muy distinguidos intelectuales, pudo, por fin, gracias a su Comisión Organizadora, conseguir su incorporación legal en 1973, y tras un año de intenso trabajo, completa dedicación y abnegado espíritu, llegar a la realización del alto propósito.

La Academia Norteamericana de la Lengua Española es una institución dinámica, como lo es la lengua española a la que trata de servir, y surge con el afán de laborar, coordinar y armonizar esfuerzos para que el idioma español sea dentro y fuera de los Estados Unidos una lengua más fuerte, más dinámica, más actualizada y útil.

La Academia Norteamericana de la Lengua Española cuenta con el prestigio, el talento y la capacidad de trabajo y dinamismo de sus integrantes. Ha recibido ofrecimientos valiosos muy diversos y se propone llevar a cabo estudios lingüísticos, lexicográficos y

del uso correcto del idioma, así como impulsar y estimular el espíritu creador dondequiera que surja. Continuos comunicados a los periódicos, revistas especializadas, radio y televisión, a cuyos integrantes queremos expresar nuestra sincera gratitud, permitirán a los hispanohablantes mantenerse al día de nuestras actividades. Un boletín oficial de la Academia recogerá los discursos de ingreso de los académicos, los trabajos y estudios de sus miembros y también noticias referentes al idioma español en los Estados Unidos.

En breves palabras, esperamos hacer obra seria en favor de la pureza, esplendor y continuidad de la lengua española.

Y antes de terminar, se me ocurre decir algo que me llueve del cielo, y es que todos los que hablamos español debemos aprender la lección que la gente de este país nos da sin darse cuenta. Aquí se estudia y admira nuestra lengua por la enorme importancia que tiene. Saben muy bien que es una de las lenguas más importantes de este mundo bastante revuelto. Muchos de nosotros, en cambio, generalmente creemos que la hablamos muy bien y que nada tenemos que aprender. Nos contentamos con decir que es la lengua más hermosa del mundo. Eso, como la nacionalidad de la mujer más hermosa, son cosas que no se pueden probar. Mucho mejor es darle toda la gran importancia que tiene y considerar que no hay ninguna otra que sea hablada por veinte naciones libres y soberanas. Además, mucho mejor que alabarla en exceso, es no cometer ningún error al servirse de ella. Por otra parte, sólo el inglés y el español, de consuno, pueden hacer algo práctico para mejorar las relaciones internacionales de un mundo mal avenido.

Señoras y señores: muchas gracias por la atención prestada a las palabras del viejo maestro que ha tenido el honor de iniciar en la vida a la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Esperamos que este acontecimiento histórico sea la suma y realización de los altos y útiles propósitos que perseguimos.

ALGUNAS NOTICIAS

Primera sesión plenaria

celebró el sábado 1º de junio de 1974, al día siguiente de la inauguración de la Academia. Asistieron a dicha sesión los académicos que estuvieron presentes en la inauguración. Se aprobaron diversas mociones

y se nombró la Junta Directiva, la cual quedó integrada en la forma siguiente:

Director:	D. Carlos F. McHale
Secretario:	D. Gumersindo Yépez
Censor:	D. José Agustín Balseiro
Bibliotecario:	D. Theodore S. Beardsley
Tesorero:	D. Odón Betanzos Palacios
Coordinador de Información:	D. Jaime Santamaría
Director del Boletín:	D. Eugenio Chang-Rodríguez

Nuestros propósitos independientes

La Academia Norteamericana de la Lengua Española surge con la autoridad lingüística, cultural y moral de sus integrantes, todos ellos conocidos por su labor a favor de la preservación de la unidad, universalidad, pureza, belleza y mayor difusión del idioma español en los Estados Unidos.

La Academia Norteamericana de la Lengua Española es totalmente apolítica, sin subvenciones gubernamentales de ninguna clase, lo cual garantiza su total independencia de criterio. Tiene compromiso, exclusivo, con el idioma español y con los veinte millones que lo utilizan a diario en este país.

Composición de nuestra Academia

Entre nuestros Académicos de Número se encuentran un Académico de la Real Academia Española: D. Tomás Navarro Tomás; un Académico de Número de la Academia Puertorriqueña: D. José Agustín Balseiro; los tres Académicos Correspondientes de la Real Academia Española residentes en los Estados Unidos: D. José Agustín Balseiro, D. Theodore S. Beardsley y D. Aurelio M. Espinosa, Jr.; tres Académicos Correspondientes de la Colombiana: D. Carlos F. McHale, D. José Agustín Balseiro y D. Carlos García-Prada; un Académico Correspondiente de la Cubana: D. José Juan Arrom; un Académico Honorario de la Chilena: D. Carlos F. McHale. En total la integran dos Académicos de Número, siete Académicos Correspondientes y un Académico Honorario que pertenecen a otras Academias de la Lengua.

Vida de la Academia

HOMENAJE A AGUSTÍN YÁÑEZ*

POR JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

Una personalidad es la suma de sus obras, la suma de cuanto ha construido, creado y organizado. Y el legado que en largos años de esfuerzo, de tesón y de intuiciones fue forjando Agustín Yáñez, adquiere ahora, al quedar cegada su vida, todos sus relieves y la profundidad de su significación.

Maestro por vocación desde los años juveniles, múltiples generaciones recordarán sus enseñanzas de historia, español y literatura, en centros docentes de Guadalajara y de la ciudad de México.

En la Universidad Nacional Autónoma de México promovió grandes empresas culturales, como la edición de *Obras completas* del fundador y maestro Justo Sierra y la edición de la biblioteca bilingüe de autores clásicos, que se prosigue y es uno de los orgullos editoriales de esa institución.

En sus años de fecunda madurez, ganó el privilegio de gobernar Jalisco, su estado natal. Quien había concebido su trabajo intelectual "como servicio público y como deber civilizador", al tener oportunidad de transformar en realidades sus convicciones, de contribuir a forjar el mundo mejor que había entrevisto y de remediar los males y las carencias que había denunciado, luchó con lucidez, sin descanso y con fortuna para responder con honor a la responsabilidad que se le confiaba. Agustín Yáñez como gobernante afirmó la capacidad del intelectual para la acción, y la posibilidad de un estilo humanista de gobierno.

Responsable de la educación y la cultura nacionales, en años en que afloraron tensiones políticas, logró dar congruencia a la educación primaria y secundaria, mediante nuevas técnicas prácticas; ampliar considerablemente el sistema educativo, especialmente el de enseñanzas técnicas; unificar el calendario escolar, introducir la enseñanza por televisión y dar impulso a las artes.

Así sean importantes las acciones de Agustín Yáñez como maes-

* Palabras pronunciadas en nombre de los Tres Poderes de la Unión en la inhumación de los restos de Agustín Yáñez —Director de la Academia Mexicana (1973-1980)— en la Rotonda de los Hombres Ilustres el 18 de enero de 1980.

tro, promotor cultural, gobernante y educador, esto es, como servidor público, las obras que lo conservarán vivo y presente para un número impredecible de generaciones y de lenguas serán sus libros.

No es tiempo aún de fijar cuál será la trascendencia de las obras escritas de Agustín Yáñez, pero es posible ya señalar cuál ha sido su huella y su significación presentes. Sus obras, en conjunto, constituyen, según su propio designio, una indagación del alma nacional, de la realidad y los problemas de México, y se apoyan en su convicción de la capacidad de la literatura para la comprensión total de la realidad y como instrumento de construcción nacional.

A un público constantemente extendido, en nuestra lengua y en muchas otras, las novelas de Agustín Yáñez le han dado un conocimiento denso y penetrante de realidades sociales, de ambientes y de conflictos humanos; y por la sola virtud de la eficacia expresiva de la invención novelesca, lo han impulsado a juzgar por sí mismo las vidas, situaciones y ambientes que el novelista le entrega. Por ello, en su obra se inicia un nuevo ciclo de la novela mexicana.

A pesar de los rasgos sombríos, dolientes o trágicos de las vidas que acaba de conocer, el lector de las novelas de Agustín Yáñez siente que hay muchas otras cosas que ha sido impulsado a amar: provincia, valores humanos, creaciones del arte y del espíritu, el esplendor o el desamparo de la naturaleza. Este contrapunto entre las visiones oscuras y las afirmativas que hay en la obra de Yáñez es una de sus características más personales, y lo separa de la línea persistente de nuestra literatura moderna que prefiere la denuncia airada, el escepticismo y la ironía.

Esta vocación afirmativa, este honrado afán por desentrañar la realidad y los problemas de México, esta fe apasionada en la nobleza humana, este temblor que sabe comunicarnos ante la belleza, este ancho amor por la vida, por todos los rostros de la vida, le dio fuerzas para comprenderla y recrearla y constituyen la grandeza y la permanencia de la obra de Agustín Yáñez.

Otro de los rasgos peculiares de su obra es la existencia simultánea de concepciones amplias y trazo enérgico y enfático, con la gracia en el dibujo, la finura de la observación y el temblor de la emoción. Y esta misma apariencia contradictoria sorprendía también en su persona. "Yáñez el silencioso", como se dijo de él, el hombrón de aspecto huraño, escondía una gran capacidad de ternura y afectos, un amor entrañable por su pueblo y su tierra y una excepcional firmeza en la amistad.

Al maestro, al promotor cultural, al gobernante, al educador, al

creador literario, al servidor público que fue Agustín Yáñez, el gobierno de la República, por decisión del presidente de la Nación Mexicana, reconoce y honra sus servicios y la grandeza de su obra, al determinar que sus restos mortales permanezcan, para la posteridad entre sus pares, en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

LUTO POR AGUSTÍN YÁÑEZ

NON OMNIS MORIAR. . .

POR OCTAVIANO VALDÉS

*Guirnaldas de la gloria ¡ah, vanas, siempre vanas!
Y, no obstante, qué triste es el haber soñado
no perecer del todo, un poco haber salvado,
y dejar algo nuestro en las barcas humanas.*

*Lo que hay en mí de rosa siento que desflorece,
siento que se marchita y lo arrancan de mí...
Mi sangre no circula, deshojarse parece...
¡Es noche y tengo sueño, el sueño del morir!...*

RODENBACH

Don Agustín Yáñez vivió sus años con plenitud de vida, ejerciendo muy importantes funciones desde primeros puestos de la cosa pública. Pero el anhelo horaciano de sobrevivencia, más que en sus realizaciones de personaje público, lo fincó en las páginas de sus libros.

Mucho se ha escrito sobre su obra literaria. Por ello, sin pretensión de ofrecer puntos de vista novedosos, y sólo para contribuir con mi grano de arena a su memoria, repasaré sucintamente unos cuantos de sus numerosos libros, que bien caracterizan a su persona y a su obra.

Narra Fedro en uno de sus apólogos, que, cierta vez, una zorra se introdujo en la casa de un comediante y al inspeccionarla se encontró frente a una máscara que usaba el actor en los escenarios. Después de contemplarla exclamó: "*O, quanta species, sed coerebrum non habet*": "¡Oh, cuánta belleza, pero no tiene cerebro!"

Como en la fábula de Fedro hay personas así, deslumbrantes a primera vista, pero que no tardan en delatar su carencia de solidez y sustancia.

Otros, al contrario, se asemejan a los bosques: por fuera ofrecen a la mirada sólo gris superficie; pero quien penetre en ellos descubrirá que están poblados de voces profundas. A esta cate-

goría pertenecio don Agustín Yáñez, "El Silencioso", como lo llamó con feliz apodo Gabriel Méndez Plancarte.

Apariencia adusta, hermética, facciones impasibles, frío el tono de la voz. No facilitaba el diálogo, a las primeras de cambio, ni mucho menos invitaba al diálogo. Mas quienes llegaron a él, al margen de convencionalismos sociales y políticos o de celos literarios, disfrutaron de su viril y sólida amistad. Y en el seno de la confianza sabía reír y aun se permitía alternar con algún gracejo.

Su aparente fisonomía guardaba un mundo interior, en donde se apiñaban los sueños y bullía un rico manantial de sentimientos, que habrían de revelarse en las numerosas páginas de sus libros. Y, caso no común entre los cultores de la belleza, junto con los sueños germinaron también impulsos creadores, que le alcanzaron el rango de responsable y sobresaliente actor de la "polis", con realizaciones de obras materiales y administrativas para beneficio de sus conciudadanos.

El mismo Yáñez, con sus propias palabras, denuncia su íntimo yo, en diálogo imaginario con María de la Luz, personaje de su libro *Flor de juegos antiguos*: "Soy medio mudo, por tímido, bien lo sabes; casi no sé platicar, pero ahora se me ocurre decirte tantas cosas: de lo que sueño, de lo que divago, cuando me quedo largo rato como distraído (...), platicarte lo que pienso ser cuando sea grande, y las aventuras que voy a tener, y las cosas y monumentos que voy a construir." Y en sus soledades y en sus desamparos, cuando no hay consolaciones que lleguen ni siquiera a la epidermis del alma: "Ahora sí es llanto mi voz... no: mi pensamiento, mi sentimiento." Y en su exaltación de amor en agraz prorrumpo: "Creo que sale luz de mis ojos, que hormigas poderosas mueven mis brazos, mis piernas, que acabo de estrenar nervios nuevos, tirantes, que mi mano podría mover el mundo entero y alcanzar las estrellas... el mundo, como una naranja dulce... la naranja, como unas mejillas..."

De este rico caudal de sentimientos nació su delicioso libro *Flor de juegos antiguos*, recreador de ese clima de inocencia que añoró López Velarde:

Fuérame dado remontar el río
de los años, y en una reconquista
feliz de mi ignorancia, ser de nuevo
la frente limpia y bárbara de un niño.

Volver a ser el arrebol, y el húmedo
pétalo, y la llorosa y pulcra infancia
que deja el baño por secarse al sol...

Flor de juegos antiguos es el Paraíso Perdido de Agustín Yáñez, en donde el naciente río de los años se desliza entre algazara de los coros infantiles, iluminados por los ojos de María de la Luz, María de la Consolación, María Rosa... Ojos esplendorosos, luceros misteriosos, que alteran los latidos del corazón, suscitan primicias de amor, y candorosas malicias. No faltan en este Paraíso, al fin terrenal, pasajeros contrastes de zozobras, tristezas y lágrimas, que, como el rocío sobre la flor, se orean al primer soplo de brisa. Y también hay pausas y silencios en que el protagonista presiente la alborada de la belleza.

Flor de juegos antiguos, claridad de amanecer, y el edénico río de los años que fluye bajo un sol que no se marchita, entre los festivos coros infantiles, entre amores que aún no saben qué es amor, y al cobijo de ternuras y fragancias solariegas.

Don Agustín Yáñez fue escritor de estilo muy disciplinado: palabra sobria y concisa, calculada, en búsqueda de sus perfiles inéditos y más expresivos. Andando el tiempo, quizá por el afán de fidelidad a la psicología de sus personajes vino despojando su estilo de la expresión preciosista, de la belleza poética que irisaba su frase en sus primeras novelas. Mas si su frase se hizo más austera, tornóse en cambio más jugosa y connotativa.

Su *Espejismo de Juchitán* es clímax de la belleza formal de su estilo y, seguramente, uno de los más valiosos regalos que recibieron Andrés y Alfa Henestrosa cuando sus festejos nupciales.

Espejismo de Juchitán de las Flores. Engaño de tintas profundas, ricamente matizadas, al través de las cuales contemplamos las líneas veraces de aquel islote en tierra firme, a donde llega de vez en cuando algún eco perdido de nuestro estridente vocerío.

Este *Espejismo* nos acerca lo mejor de Juchitán de las Flores: no graves problemas vistos con ojos doctorales, sino el espíritu de su belleza que se pintó en la mirada de Yáñez. Año de su vida de un solo capítulo —año, mes y día—, repetida por siglos, limitada a su rincón intacto, de colores, aromas y voces recién hechos, nuevos en su antigüedad de centurias, con la novedad de su tradición vigorosa, inmutable, a la ribera de nuestra vida, que disimula su vejez con los disfraces que se cambia cada rato.

Breve engaño delicioso que nos delecta sutiles detalles, en vo-

cable justo, lleno de intención que aprieta lo más bello de Juchitán.

Esta hermosa estampa —Debussy en palabras— impresiona cada uno de nuestros sentidos con desfiles de luces en fuga cabrilleante, que vienen, cálidas, de aquel aire, denso de fuertes perfumes, quebrado por los gritos de la calle, enardecido al ritmo de la danza, a la cual el tiempo ha conferido majestad de rito; aire perforado, de noche por los luceros clarividentes, de día por los dardos del negro bruñido de los ojos.

Las figuras femeninas, debido a la preciosidad y decoro de su trazo, adquieren categoría de diosas vernáculos: pies desnudos, fiesta de color y suntuosidad de labores en olanes y huipiles, señorial orgullo que las defiende contra lo advenedizo, corazón fiel y dulce para quien alcance gracia... Ellas se llaman: Nancy, Flérida, Leda, Alda, Ofelia... "En Juchitán —me ha dicho la pequeña Nancy— se acude a las novelas y a los versos por buscar bellos nombres para las niñas que nacen." Cuánto más entonaría con aquel Huerto Cerrado la escogida sonoridad de nombres en su propio idioma, que suena a sílabas soltadas por la lengua de pájaros antiguos.

Gloria de Juchitán de las Flores, que nos ha hecho contemplar en este *Espejismo* el arte maestro de Agustín Yáñez. Por desdicha, rincones intactos, como éste, ya iniciaron su fuga por las carreteras flamantes vestidos a la moda.

Agustín Yáñez pertenece al muy corto número de nuestros novelistas que han acertado con el camino de la novela auténticamente mexicana, superando el colorismo superficial o el simple reporte periodístico escenificado con poca o ninguna profundidad. Él entendió, con *intellecto d'amore*, su región jalisciense. Creó tipos hondamente humanos, y por esto universales, y, al mismo tiempo, vernáculos, singularizados por la inconfundible oriundez de su provincia. Sus mejores novelas y de mayor éxito nacieron de raíces esenciales de su tierra natia.

La primera de entre éstas, *Al filo del agua*, tiene especial importancia porque con ella dio un vuelco la novela de los tiempos de la Revolución constitucionalista, fincada todavía en la técnica de la novela costumbrista, aunque, como es natural, ésta lleva el sello muy especial del drama sangriento que entonces vivió nuestro país.

En la novela de Yáñez sus personajes se mueven dentro de un nuevo clima y es otra la tonalidad de su habla. Ya no es el autor

quien los mueve, ni quien les inspira sus pensamientos y acciones; son ellos mismos los que a manera de espontánea confesión van desenterrando, de su íntimo yo, instintos, ideas y sentimientos. Su creador no los exhibe en retratos frontales. Una vez puestos en movimiento son ellos los responsables de su propio desarrollo, delineándose con sus actitudes y pormenores de la vida cotidiana, en sí intrascendentes, pero que dinamizados por el arte de Yáñez, se convierten en estados de ánimo, reveladores de su íntima fisonomía.

La técnica de la novela costumbrista consistía en la descripción, a veces prolija, de caracteres y hechos, siguiendo éstos su natural cronología. *Al filo del agua* está construida por la agrupación de sucesos que se interpolan entre sí, seleccionados en su momento más expresivo, e hilados por su secuencia psicológica, más que por sucesión temporal. En la novela costumbrista, por el camino de la descripción objetiva se alcanzaba el subjetivismo de los personajes. En la novela de Yáñez, generalmente, por la vía subjetiva se adviene a la forma objetiva. Aun los escenarios en que se desarrollan los acontecimientos parecen contruidos por los mismos protagonistas, pues sus elementos hallan su razón de ser en cuanto responden a las exigencias del movimiento dramático. Y, finalmente, el peculiar psiquismo, en algunos pasajes, crea una atmósfera en que los personajes flotan entre la realidad y el sueño: como Gabriel el campanero, o don Dionisio enfermo, golpeado por la sorpresa de encontrar a su sobrina acompañada de Damián. . .

Por supuesto que sería insensatez afirmar que este nuevo estilo novelístico es mejor o superior al otro, usado por grandes maestros: Zola, Proust y tantos más, y de los cuales el mismo Yáñez recibió muy provechosas lecciones. Solamente pretendo asentar que, a su hora, fue distinto y novedoso, y que mediante él acertó a exhibir con profundidad el trauma social de ese momento histórico.

Hoy, familiarizados con la novela actual, supersofisticada, no faltará quien niegue a *Al filo del agua* los atributos que hemos señalado.

Otra de las obras más representativas de la producción literaria de Agustín Yáñez es su novela *Las vierras flacas*. En ella se adentra por regiones oscuras de nuestro espíritu nacional, sote rrado en la ignorancia, en la pobreza material y espiritual. Duele el espectáculo que presenta y quisiéramos que no fuera así; pero

es una realidad que aún vive arrinconada en numerosos sitios de nuestro país.

En *Las tierras flacas*, Yáñez pinta un pequeño gran mundo; pues aunque su topografía sea reducida y en ella suenen los particulares nombres de Epifanio, Teófilo, Matiana, los Gallo, etc., no son ellos singularmente los protagonistas, sino las pasiones, instintos, ambiciones, sufrimientos y vicisitudes de toda la comarca, impresionante espécimen de otras; mundo conmocionado en que los acontecimientos externos provocan un tumulto en los espíritus; mundo fluctuante entre la heroicidad y el envilecimiento, entre el cinismo de los sentidos y la pureza de la vida, entre la religiosidad y la superstición. Algunos rayos de luz entre muchas tinieblas.

Una de las claves del drama de *Las tierras flacas* es la escasez de agua. Las gentes se viven atisbando los cielos volubles, que escatiman las lluvias en el momento de las mejores esperanzas y, como consecuencia, la casa grande, de donde viene la limosna del préstamo que al correr del tiempo devorará tierras y personas; pero que, mientras tanto, ayudará a conseguir la magra cosecha.

Esta novela está construida con iguales o muy semejantes procedimientos que Yáñez emplea en *Al filo del agua*. Los personajes casi totalmente se pintan a sí mismos. De pronto una frase, o alguna circunstancia traída por el novelista provoca el monólogo, en el cual el personaje se aísla, para pensar en voz alta lo que le dicta el subconsciente. De este modo, hablando el idioma que le brota de muy adentro, se va revelando la riqueza de su psicología primitiva, detallista y colorista; sin falsas interferencias del autor, son ellos solos quienes se van realizando.

Peculiaridad de esta novela es la abundancia de refranes, la cual podría parecer excesiva. Pero quienes hayan convivido con la gente del campo pronto comprobarán que es su natural medio de expresión. Recuérdese a Sancho Panza o a Martín Fierro. El campesino, carente de capacidad —por falta de letras— para el discurso ligado, expresa su pensamiento con el refrán, que viene a ser una fórmula de experiencia y sabiduría condensada y transmitida por tradición, y moldeada su mentalidad por ese medio de expresión, si en un momento dado no le viene a las mientes el refrán aprendido, lo inventa; y así, "no se le caen de la boca los refranes, que maneja con malicia". Malicia que enriquece a la expresión con sobreentendidos.

Son muchas las caras que se asoman en la novela introduciendo

cada una sus propios incidentes, pero subordinadas siempre a las líneas maestras que el novelista, sin dejarse arrastrar por lo secundario, conduce nítidas a su objetivo.

El argumento de esta novela gira en torno de dos ejes principales: un cacique que se adueña de bienes materiales y de almas y cuerpos; el otro eje: una máquina de coser transformada por la superstición en objeto milagroso. El arte y maestría del novelista convierten un elemento, insignificante en sí, en protagonista, sin permitir que en el decurso de la novela degenera en futilidad.

La máquina adquiere virtud milagrosa a los ojos de los campesinos, porque perteneció a Teófila, una muchacha llena de salud y alegría, rayo de luz en la oscuridad del drama, y una figura de gran señorío. Es la única, entre sus coterráneas codiciadas por el cacique, que logra eludir sus garras.

Mirando el importante papel que juega en la trama de la novela la superstición y la credulidad de la gente, fácil por su misma rudeza a tomar como milagros u obras del diablo ciertos acontecimientos, de apariencia sorprendentes, no es remoto que lectores poco avisados o movidos por prejuicios concluyan que toda la religiosidad de nuestra gente de campo es sólo eso: superstición y equivocada credulidad. Lo cual es falso; pues aun cuando esas distorsiones mentales invadan en mayor o menor grado su religiosidad, poseen sin embargo los sustanciales conceptos del cristianismo con suficiente claridad; mucho más en regiones tan religiosas como Jalisco.

Al novelista, naturalmente, no podemos exigirle matices explicativos que entorpecerían el movimiento de su obra; aunque entendemos también que esa esquematización de un hecho para intensificar su significado corre peligro de sobrecargar las tintas, y consiguientemente, de inducir a engaño al lector. Esta misma observación es aplicable a *Al filo del agua*, respecto al tema de la inhibición sexual que padecía el innominado pueblo, escenario de la novela.

Es de señalarse que Yáñez hace vivir y hablar a sus personajes, mostrándolos en su miseria moral y material con un realismo que excluye todo remilgo, pero sin recurrir al fácil expediente de la exhibición pornográfica o al vocablo procaz: cebo barato para granjearse lectores. Yáñez adopta el procedimiento más difícil, que únicamente da el arte, de descubrir los sonidos y las situaciones que comunican plenitud de vida a sus personajes.

Genio y figuras de Guadalajara. Contiene este libro la verda-

dera historia de Guadalajara, no porque consigne la sucesión cronológica de los hechos sobresalientes, sociales y políticos, sino porque nos hace sentir el ritmo y el pulso de la vida que los ha producido. Juega parejas este libro con *Flor de juegos antiguos*, porque en él nos muestra su ciudad —aún inviolada—, hace medio siglo, sin rugir de motores, sin frivolidad turística.

El lector camina por todos los rincones de Guadalajara conociendo su *Genio y figuras* bajo la guía de un ojo perspicaz, que le muestra lo que él solo no percibiría; ojo protagonista que ha sentido por sí y por los demás, y tan ahincado que distinguiría cada hora por el tono de sus luces y el peso de sus sombras. Guadalajara en su íntimo ser, que Yáñez vivió, espiando desde ángulos insólitos todas sus actitudes: heroicas y familiares, las entrañables, y las que se exhiben al sol de la calle con el inocente impudor de la vida espontánea que busca la salud del aire. Golpes de vista rápidos, nutridos de aquello que al través de los días desmoronados se ha ido filtrando y condensando, para la construcción de su *Genio y figuras*.

Toda esta historia dicha con el estilo de Agustín Yáñez, que despliega nueva voz en cada frase; voz imaginativa, impresionable, pero que fluye con una especie de lenta serenidad disciplinada, que corta virtuosismos preciosistas o la *fioritura* sentimental. Estilo de fuertes contrastes que, con la sabiduría de una calculada negligencia, confiere alcaurnia al vocablo vulgar y callejero: fulgores nativos sin desbastar engastan gallardía entre los refinamientos de la dicción selecta.

Merece especial mención la parte dedicada a los toques, pregonos y ruidos, en los que totalmente "late la sangre de mi ciudad en la sien de mi barrio, en las venas de mis caminos. Parejo pulso que confía salud". La ciudad encuentra una de sus más sugestivas expresiones en este sensible cordaje de sus veinticuatro horas cotidianas, que derrama su sinfonía en la fina percepción de Agustín Yáñez.

En la parte iconográfica, por la maestría del dibujo y vigoroso relieve, destacan tres figuras: "Doña Beatriz Hernández, matriarca, heroína y verdadera fundadora, genio y figura de Guadalajara", prototipo de las mujeres jaliscienses, corazón poblado de virtudes hogareñas, y de heroísmo para desafiar victoriosamente las injusticias más feroces. El conquistador Nuño de Guzmán, "tan señor absoluto, tan soberbio, e hinchado y justiciero, y con tanta potestad que espantaba a toda la Nueva España". Anacleto

González Flores "tuvo entre sus manos de orador —e iluminado— el alma de la ciudad, como una masa dócil: sopló en ella conjuros de montaña y de mar, la puso en pie, la llevó de aquí para allá, la hizo llorar de rabias y devociones, la vistió de luto, la hizo conspirar y tomar el rifle, y a esto fue traído por voces misteriosas, pues de condición era mansa y humilde". Gran hombre asesinado por el callismo. Figuras éstas, que vivificadas por la pluma de Agustín Yáñez hablan y gesticulan con poderosa plasticidad y hondura interior, con la plenitud de la vida.

Finalmente, antes y después de sus indiscutibles valores literarios, su mayor excelencia reside en su honradez, como gobernante sin codicias crematísticas, y el haber sido, durante más de cuarenta años, árbol de ancha sombra amorosa, para su esposa y para sus hijos.

LUTO POR JOSÉ MARTÍNEZ SOTOMAYOR

POR MAURICIO MAGDALENO

Unos cuantos meses después de la desaparición terrena de nuestro Director, don Agustín Yáñez (17 de enero de 1980), falleció en esta misma capital el académico don José Martínez Sotomayor, el 18 de marzo de ese año.

Tan ameritado escritor nació en Guadalajara, Jal., el 25 de enero de 1895. Novelista y cuentista, destacó relevantemente en este último género: basta y sobra recordar páginas de tanta y tan sustanciosa monta como, entre otras, *La rueca de aire* (1930), *Lentitud* (1933), *Locura* (1939), *El puente* (1957), *El semáforo* (1963), *Doña Perfecta Longines y otros cuentos* (1973), en las cuales figuran piezas inolvidables, tales el ya clásico "El timbalero", "Doña Chole", "Doña Perfecta Longines", que cuentan antológicamente en las letras hispanoamericanas. Eduardo Luquín (*Revista del Instituto de Relaciones con el Extranjero*, de Stuttgart, Alemania) escribió que Martínez Sotomayor "es el mejor cuentista mexicano de la hora actual". Una de sus últimas creaciones, *La mina*, marca garbosamente su paso por la novela; en *La mina* los protagonistas de sus cuentos se mueven en una atmósfera dramática de viva intensidad. Fue artífice de vastos y tensos recursos; su habla recoge esencias de lo popular que le dan tono y temperatura felicísimos. Su retrato de nuestro pueblo no admite enmiendas por exceso o pintoresquismo: temas y seres están arrancados de la vida mexicana —de preferencia la rural— en escaños e instantes de honrada legitimidad.

Completa su activo su vida misma, recatada y ejemplar. No persiguió el éxito ni la enturbiaron modas o convencionales corrientes del tiempo. Ocupó puestos de tanta significación como Procurador de Justicia del Distrito Federal, Gobernador Interino del Estado de Nayarit y Jefe del Departamento Legal del Banco Nacional Agrícola y Ganadero. Murió en la mediocridad económica loada por el latino, que constituye testimonio inapreciable.

Las letras nacionales deploran pérdida tan irremplazable; la Academia Mexicana de la Lengua resiente tan doloroso baja en sus filas.

FELIPE TEIXIDOR EN SU TRÁNSITO

POR ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

Se han apagado los días de Felipe Teixidor, ese silencioso catalán entregado por más de medio siglo al servicio de la cultura mexicana, y de ánimo negado a cualquier desplante publicitario de sus méritos. Buen trabajo costó a la Muerte capturarlo: sobrevivió Felipe a tantos infartos, que sonriente decía de sí mismo ser "el Duque del Infartado". Llegó a México allá por los años veintes, y después de algunas experiencias de venta de libros en el antiguo Volador, bajo el emblema de "El Murciélago", ya en 1930 lo tenemos "picado" en el ramo de la bibliografía. Publica entonces para Alberto Mirachi un valioso volumen: *Mexlibris Bibliotheca Mexicana*, donde al registrar 450 libros pertenecientes a don Nicolás León, señala con paciente minucia las características de cada uno de ellos, hazaña luego repetida con la producción relativa a asuntos de Yucatán y en el monumental *Catálogo de libros mexicanos o que tratan de América y de algunos otros impresos en España* (Porrúa, 1949). ¡Qué volumen este último! Próximo a las 900 páginas, enriquecido con deleitables ilustraciones, se dan eruditos pormenores de otro medio millar de joyas bibliográficas.

Ya tenemos a Felipe Teixidor removiendo cielo y tierra para aportar mil y un testimonios, útiles a la historia de nuestra cultura. Desde la Secretaría de Relaciones Exteriores, su amigo Genaro Estrada lo incita a elaborar su *Exlibris y bibliotecas de México*, con excepcional conocimiento de causa. No tardarán en aparecer las *Cartas de Joaquín García Icazbalceta*, repertorio de incontables curiosidades, compiladas y anotadas por Felipe con datos denunciadores de su profunda inmersión en nuestras cosas. Todavía nos reservaba una sorpresa, la sabrosa selección de *Viajeros mexicanos*, o sea un baedeker íntimo de no pocos intrépidos compatriotas en plan de turismo por lejanos países, quienes no se recataron para incluir en sus impresiones, junto con agudos atisbos, las más insignes ingenuidades y tonterías.

Recordamos un lejano domingo, cuando fuimos a visitar en Cuer-

navaca a Felipe Teixidor. Lo encontramos desvelado pero eufórico, porque justamente esa madrugada había terminado de traducir —escrúpulos de pulcritud, pues ya lo estaban— las cartas de *La vida en México* de la señora Calderón de la Barca. Ya publicadas en dos tomos robustos por la Editorial Porrúa —propriamente, como quien dice, su casa de trabajo—, Teixidor las esmaltó con las más insólitas ilustraciones de época y con un arsenal de noticias que difícilmente cualquiera podría almacenar. ¡Qué más!: a nosotros mismos (el autor de estos renglones), cuando preparamos y editamos en 1963 el libro *Letras sobre Aguascalientes*, nuestro amigo nos asombró obsequiándonos escenas fotográficas y litográficas reveladoras del ambiente de tal provincia en el siglo XIX. No podríamos dejar de citar el *Calendario Porrúa 1957* que, bajo el título muy a lo Bergamín de "El fin de todo y el principio de nada", reunió pequeñas muestras de la etapa colonial mexicana y la actual, hasta formar inapreciable antología. Dada la ondulante variedad de los textos, el recopilador acudió al océano de sus libros para elegir y adornar la lectura con más de cien ilustraciones de gran sabor: capitulares, viñetas, bigotes, orlas, remates, cornucopias, sin faltar algún león displicente con cara de señor, muy formalito. En otra ocasión, Teixidor hizo un recuento de los libros de Memorias publicados en México y se lamentaba de su aparente escasez, por cuanto contribuyen mediante la vía autobiográfica al ensanchamiento de la historia.

Es imponderable la contribución de Felipe Teixidor en el desarrollo de la colección "Sepan Cuantos..." de Porrúa, y se nos va el fecundísimo trabajador de las letras cuando, hacía apenas un mes, los miembros de la Academia Mexicana lo elegimos para incorporarlo a la misma, en tardío pero justificado homenaje a su entrega de amor al país.

ANTONIO CASTRO LEAL IN MEMORIAM

POR PORFIRIO MARTÍNEZ PEÑALOZA

Con gran pesar, con pesar profundo y sincero, la Academia Mexicana participa en este homenaje póstumo que se rinde a don Antonio Castro Leal, su Individuo Correspondiente de 1942 a 1952, y de Número a partir de este último año cuando inauguró, para ilustrarlo, el sillón número 20. La propia Academia me encarga cumplir el triste pero ineludible deber de honrarle una vez más y despedirle de la vida transitoria.

Vano sería —en particular para mí— el intento de resumir con justicia pero en corto espacio, la obra intelectual y humana de nuestro distinguido colega, pues gozó de larga vida que supo enriquecer con nobles realizaciones, con las que contribuyó a consolidar y engrandecer la cultura de México; la cultura, que es la porción más elevada y no percedera del patrimonio de un país. Sus muchos logros son la herencia que nos deja para incrementarla.

Nacido en San Luis Potosí en 1896, Castro Leal inició tempranamente su labor como jurista, diplomático, maestro universitario y, principalmente, como investigador y crítico de las letras mexicanas. Fue uno de "Los Siete Sabios", grupo al que otro de sus miembros, don Manuel Gómez Morín, bautizó como "La generación de 1915", cuyo verdadero significado precisó Enrique Krauze al llamarles "Caudillos culturales" en su libro *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*.

La precocidad de la obra de Castro Leal, nota que fue común a su grupo, se advierte de inmediato cuando se da cuenta de que en 1914, en colaboración con Alberto Vázquez del Mercado y Manuel Toussaint, publica *Las cien mejores poesías (líricas) mexicanas*, antología que más tarde él mismo refunde y reedita en varias ocasiones. Y ya en 1916 Genaro Estrada, en sus *Poetas nuevos de México*, reconoce el valor de Castro Leal, de quien da como libro en prensa *La literatura mexicana contemporánea*. Tengo para mí que si no se llegó a publicar este libro como tal, la idea de don Antonio cristalizó posteriormente no sólo en su discurso de ingreso

en la Academia —lleva el mismo título— y en los numerosos trabajos sobre letras mexicanas que realizó y a las que dedicó sus mejores y constantes afanes.

Pero muy pronto Castro Leal ingresó en la carrera diplomática que le llevó a diversos países y organismos internacionales como la UNESCO entre estos últimos, en la que ya con el rango de embajador, fue Delegado Permanente de México. Si tales empeños y labores le impidieron, acaso, organizar y escribir un texto sobre la literatura mexicana, en cambio pudo ampliar su conocimiento de la lengua y la literatura inglesas y usarlo en sus trabajos de crítica a la que renovó, pues en aquella época los intelectuales mexicanos todavía estaban muy seducidos por la cultura francesa.

Otras actividades de don Antonio, tal su gestión como Rector de la Universidad Nacional en vísperas de su autonomía —de la que fue procurador eficaz—, no anularon la obra de investigación y valoración de nuestras letras, tareas diletas de nuestro ilustre colega. Deja una obra muy importante; por ejemplo, sus libros sobre Terrazas, Ruiz de Alarcón y Díaz Mirón; sus estudios casi monográficos sobre Manuel José Othón y Luis G. Urbina y sus numerosos prólogos al frente de gran parte de los tomos que forman la "Colección de Escritores Mexicanos" que dirigió y cuidó por muchos años, hasta su fallecimiento que hoy lamentamos. Tampoco olvidó su vocación de antólogo, pues además de las varias ediciones de *Las cien mejores poesías (líricas) mexicanas*, en 1939 editó otras *Cien mejores poesías*, ahora modernas, y en 1953 dio a la luz otra antología: *La poesía mexicana moderna*.

No menos importantes son sus estudios y recopilaciones de vela, como *La novela del México colonial*, rescate éste que era indispensable; y sus estudios sobre otras obras novelísticas como *Los bandidos de Río Frio* o las de José Rubén Romero.

Otros campos no le fueron ajenos. En su extensa e intensa obra de escritor, hay páginas sobre el Arte Mexicano —fue jefe del Departamento de Bellas Artes— y escribió, acaso el primero en México, sobre la historia de la estética en nuestro país, ensayo que puede ser el punto de partida para una obra paralela a la *Historia de las ideas estéticas en España*, libro indispensable pero del que todavía carecemos.

Y todavía hay que agregar su obra original, como su libro de cuentos *El laurel de San Lorenzo*, publicado en 1959, así como su obra poética, no recogida en volumen, que don Antonio solía firmar con el seudónimo de *Miguel Potosí*.

Por otra parte, en el seno de la Academia Mexicana promovió la ampliación y regularización de la labor editorial, a la que contribuyó preparando la edición facsimilar de *Los sucesos de fray García Guerra*, segunda obra de Mateo Alemán en México, que se publicará en breve. De su devoción por la Institución que hoy le despide es muestra excelente su ensayo "El español, instrumento de una cultura", que da título al volumen 204 de la "Colección Setententas" (1975). Todos estos y otros merecimientos llevaron a Castro Leal a El Colegio Nacional y el Instituto Mexicano de Cultura y le hicieron merecedor de numerosas distinciones universitarias y académicas.

Todavía no conocemos su obra inédita, que debe ser extensa. En pláticas recientes, a sus amigos nos habló, con cierto desconsuelo justificado, de las dificultades con que había tropezado para publicar su libro sobre la autonomía de nuestra Universidad Nacional.

La noble vida de Antonio Castro Leal, de la que apenas di algunos rasgos, incita a emularla: es paradigma para las generaciones jóvenes de México. No nomás lloremos su muerte; honremos su memoria conociendo y difundiendo su obra.

Dentro de unos momentos depositaremos en nuestra tierra los restos mortales —no el espíritu— de nuestro ilustre colega cuya memoria conservaremos permanentemente. Ahí, en tierra mexicana, quedará su cuerpo "hasta la hora", lo diré con el poema de González Martínez:

en que rompan los muertos su clausura
al toque de clarín de nueva aurora.

Palabras leídas en el Palacio de Bellas Artes el 9 de enero de 1981.

JOSÉ IGNACIO DÁVILA GARIBI

IN MEMORIAM

POR ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

La muerte enluta otra vez más la casa de Clío. El pasado año lloramos la partida de José María Luján, Ángel Palerm, Jorge Gurría Lacroix, Martín Quirarte, Arturo Arnáiz y Freg, Salvador Reynoso y Alberto Francisco Pradeau, y este año dos maestros y amigos, Antonio Castro Leal, hace unos cuantos días, y hoy José Ignacio Dávila Garibi, han rendido tributo a la tierra.

Despedimos esta mañana triste al licenciado José Ignacio Dávila Garibi, investigador y escritor benemérito, sapiente maestro y bondadoso amigo. Las instituciones a las que muy dignamente perteneció, que fueron muchas, lamentan su deceso; sus amigos quedamos huérfanos de su cariño, de su amistad clara y bondadosa. Vida acabada fue la suya, íntegra, fecunda, luminosa. Setenta y cinco años de infatigable labor colmaron su existencia, y en ella nunca hubo día con ocio ni vigilia sin estudio. En tanto el Creador le concedió como él lo deseaba "salud y lucidez mental", trabajó incansablemente y llegó a formar su bibliografía que tiene más de mil doscientos títulos. Su fecunda longevidad, sólo comparable con la de sus coterráneos Agustín Rivera y Juan B. Iguíniz, revela los múltiples intereses que le motivaron: la historia, la lingüística, la genealogía y heráldica, los estudios regionales y hagiográficos, la biografía, etcétera. Hombre de saber polifacético, incursionó en muchos campos y en ellos produjo frutos sazonados; indagaciones penetrantes de las que han partido otros estudios.

La lingüística indígena le debe luminosos trabajos, y sus aportes en el campo de la biografía son singulares. Las que consagró a dos grandes prelados de Guadalajara: Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Francisco Orozco y Jiménez, son ejemplo de probidad, de penetración psicológica y de reconstrucción física y espiritual de los personajes. A más de abundantes estudios de historia regional y de historia eclesiástica, entre los que sobresalen sus *Colecciones de documentos históricos o muy raros, referentes al arzobispado de Guadalajara*, obra que prohió de 1922 a 1927 Monseñor Orozco y Jiménez, y

los *Apuntes para la Historia de la Iglesia en Guadalajara*, que en siete voluminosos tomos patrocinó el Cardenal Garibi Rivera, el licenciado Dávila Garibi distrajo sus cortas veladas escribiendo obras poéticas y de teatro infantil, de no escaso mérito.

Habiendo iniciado su producción literaria en 1904, esto es, cuando contaba dieciséis años, ésta no cesó sino hace tiempo, cuando los males que entristecen la vejez se presentan.

Hombre de probidad extraordinaria, formó su familia a base de enorme laboriosidad y vida ejemplar. Trabajó sin fatiga para vivir con un modesto decoro que era su orgullo. Amó el saber y el estudio por su valor espiritual, por la dignificación que del hombre hacen y no lucró jamás con su inteligencia, cosa muy común en nuestros días. Ejerció el magisterio largos años y en su ejercicio nos tocó conocerlo y apreciar sus dotes singulares. Somos testigos de sus estrecheces, de sus fatigas para llegar de una escuela a otra, de su disertar incansablemente de la mañana hasta la noche, en medio de alumnos perezosos e indiferentes a la honda sapiencia del maestro.

Pese a haber estudiado jurisprudencia, pues era abogado, el quehacer intelectual le interesó más que el ejercicio del derecho. Su producción continua, valiosa y rica, le valió ser incorporado como miembro de número en la Academia de la Historia en 1937, y en 1954 en la Academia Mexicana, en donde ocupó la silla número XXXIII y en donde fue el décimo Secretario hasta hace muy poco tiempo, y Secretario Perpetuo.

Su vasta producción que él mismo recogió hace cerca de doce años, él mismo la consideró muy modesta y de ella dijo: "Mis obras en general son poco conocidas; muchas de ellas han sido de carácter íntimo y, por consiguiente, han estado fuera de comercio; otras, aunque han circulado, las ediciones en su mayoría han sido muy cortas y pronto se han agotado, particularmente las filológicas y las genealógicas." Este juicio, brotado de su natural modestia, no es aceptable si se evalúan concienzudamente los aportes que hizo a la literatura histórica mexicana. La profusión de sus intereses, que le llevó por muchas vías, le impidió consagrarse a unas cuantas obras de mayor enjundia. Él mismo comprendió ese hecho al escribir: "Lamento haber perdido mi tiempo en varias publicaciones de escasa importancia, cuando pude haberlo dedicado por entero a unas cuantas obras de gran extensión y profundidad. Desgraciadamente pienso en esto cuando ya he recorrido casi en su totalidad el largo camino de mi vida y poco o nada podré hacer."

Con esa gran humildad que la serenidad que ilumina alma y corazón da a quien medita en el sentido último de la vida, el maestro Dávila Garibi laboró hasta sus últimos años. Recordamos su figura pequeña, redondita, nerviosa, sus tics fonéticos, el fluido e incesante movimiento de sus manos al explicar sus lecciones; pero dentro de él al pundonoroso caballero de rectitud indoblegable, al sabio consejero, al amigo entrañable.

Nacido en Guadalajara el 22 de junio de 1888, avecindóse en la ciudad de México, cabe el Santuario de Guadalupe, en donde falleció el 11 de enero de 1981.

A él le hubiera complacido como convencido creyente, y por eso las repito, oír las siguientes palabras de Kempis que él mismo meditaba y gustaba aplicarse:

"Ni porque te alaben eres mejor, ni porque te vituperen eres peor; lo que eres delante de Dios, eso eres y nada más."

El Olivar, 11 de enero de 1981.

BOYD G. CARTER [1908-1980]

POR PORFIRIO MARTÍNEZ PEÑALOZA

El 18 de diciembre del año próximo pasado falleció en Lubbock, Texas, el doctor Boyd G. Carter, quien apenas unos meses antes había sido electo Miembro Correspondiente de la Academia Mexicana.

Carter ya se había retirado de la enseñanza sistemática, pero seguía activo como profesor visitante de letras hispanoamericanas en la Universidad de Iowa, algunas más y últimamente en el Departamento de Lenguas Clásicas y Romances de la Texas Tech University de aquella ciudad de Texas.

Carter se doctoró en la Universidad de Illinois y ahí mismo inició su carrera de maestro de Literatura Hispanoamericana en diversas universidades, como las de Nebraska y Missouri.

Investigador y escritor infatigable publicó, además de numerosos artículos en revistas especializadas de México y los Estados Unidos, veinte obras de investigación y crítica literaria, textos para la enseñanza, novela y poesía.

Buena parte de sus empeños la dedicó al estudio del modernismo hispanoamericano y, dentro de él, su tema dilecto fue la vida y obra de Manuel Gutiérrez Nájera, con lo que continuó y enriqueció la obra najeriana del doctor Erwin K. Mapes, uno de los más distinguidos investigadores norteamericanos de *El Duque Job*.

Ligado por amistad personal con Cecilia y Margarita Gutiérrez Nájera Maillefert, de quienes era albacea testamentario, Carter visitó la Academia en 1972 para entregar algunos objetos y manuscritos de su padre que las hijas de Gutiérrez Nájera obsequiaron para enriquecer el Museo de nuestra Corporación.

Para citar sólo una parte de la obra najeriana de Carter, recordaré su *Manuel Gutiérrez Nájera. Estudio y escritos inéditos*, México, Ediciones De Andrea, 1956; *En torno a Gutiérrez Nájera*, México, Ediciones Botas, 1960; en colaboración con su primera esposa Joan (†1963), *Manuel Gutiérrez Nájera. Florilegio crítico-conmemorativo*, México, Ediciones De Andrea, 1966 y su *Plato del día*,

Columbia, Mo., University of Missouri Press, 1972, Edición, estudio y notas de Boyd G. Carter y Mary Eileen Carter.

Otro tema que cultivó nuestro correspondiente fue el de las revistas literarias, sobre lo cual publicó: *Las revistas literarias de Hispanoamérica. Breve historia y contenido*, México, Ediciones De Andrea, 1959, e *Historia de la literatura hispanoamericana a través de sus revistas*, México, Ediciones De Andrea, 1968.

Carter preparaba al fallecer su discurso de ingreso en la Academia Mexicana, con el tema de "Manuel Gutiérrez Nájera ante la crítica", que ya no pudo concluir. Con su fallecimiento se pierde un maestro sabio y dedicado. La crítica e investigación literaria de las letras mexicanas pierden un devoto y profundo najerista, *elduquista*, como él gustaba llamarse.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ, NUEVO DIRECTOR DE LA ACADEMIA MEXICANA

En las elecciones efectuadas el 13 de noviembre de 1980, fue electo Director de nuestra Institución José Luis Martínez. Tan distinguido académico sucede en el encargo de referencia a Agustín Yáñez, fallecido el 17 de enero de 1980. Las actividades de la Academia, durante los diez meses que mediaron entre la desaparición de uno y la elección de otro, estuvieron a cargo del decano de la misma, Francisco Monterde. Ocupa José Luis Martínez el decimocuarto lugar de la Dirección de la Academia. Sus antecesores fueron José María de Bassoco, Alejandro Arango y Escandón, Joaquín García Icazbalceta, José María Vigil, Ignacio Mariscal, Justo Sierra, Joaquín D. Casasús, José López Portillo y Rojas, Federico Gamboa, Alejandro Quijano, Alfonso Reyes, Francisco Monterde y Agustín Yáñez.

Nacido en Atoyac, Jalisco, el 19 de enero de 1918, es dueño José Luis Martínez de una eminente producción literaria de crítico e historiador de nuestras letras, que comprende títulos tan sustanciosos como *Literatura mexicana. Siglo XX, 1949-1950*, 2 vols.; *La emancipación literaria de México, 1955*; *Problemas literarios, 1955*; *La expresión nacional. Letras mexicanas en el siglo XIX, 1955*; *El ensayo mexicano moderno, 1958 y 1971*, 2 vols.; *De la naturaleza y carácter de la literatura mexicana, 1960*; *La literatura (moderna de México), 1960*; *La luna, 1969*; *Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana, 1972 y 1980*; *Nezahualcóyotl. Vida y obra, 1975 y 1981*; *El mundo antiguo, 1976*, 6 vols.

Ha preparado innumerables ediciones de algunos de los más representativos maestros mexicanos de las letras (Justo Sierra, Ignacio M. Altamirano, Manuel Acuña, Ramón López Velarde) y de importantes temas de nuestra nacionalidad, y escrito variados estudios sobre los temas en que es autoridad. "Su lectura —dice María del Carmen Millán, refiriéndose a uno de sus libros— proporciona un caudal de conocimientos acerca de los problemas históricos, sociológicos, filosóficos, artísticos y literarios, que hoy

constituyen las preocupaciones fundamentales de los estudiosos de la cultura nacional.”

El *Boletín de la Academia Mexicana* saluda con viva satisfacción la inauguración del compromiso de José Luis Martínez como Director de nuestra Institución.

JUAN RULFO EN LA ACADEMIA

El 16 de octubre de 1980 ingresó en la Academia Mexicana el escritor don Juan Rulfo, cuyo discurso contestó el académico don Andrés Henestrosa. Juan Rulfo disertó sobre la obra del poeta —gran poeta— José Gorostiza, cuyo lugar ocupa desde la ya señalada fecha. La Academia se enorgullece de contar en sus filas a tan relevante valor literario, cuya aportación será seguramente inestimable.

Juan Rulfo no es autor de un copioso repertorio literario: dos obras tiene publicadas, *El llano en llamas* (cuentos, 1953), y la novela *Pedro Páramo* (1955), una de las más celebradas de la creación nacional; por su excelencia, son sobradamente suficientes para significarlo en lugar sobresaliente. Rulfo nació en 1918, en Sayula, Jalisco; su carrera literaria se inició, pues, a sus 35 años. De él dice su compañera de Academia, María del Carmen Millán, en su *Diccionario de escritores mexicanos*: “Presenta por primera vez al hombre del campo mostrando su insospechada interioridad. *Pedro Páramo* presenta novedosas modalidades dentro de su aparente estructura desquiciada y desordenada composición; mezcla lo real y lo fantástico, y con todo ello logra la unidad imprescindible, con un vigor poco común y con una fuerza extraña.”

En su disertación sobre la personalidad poética de José Gorostiza apuntó apreciaciones de interesante significación, que emparentan al lírico tabasqueño con la sabia vena extrasensorial y, por elevados modos, metafísica.

SALVADOR ELIZONDO EN LA ACADEMIA

El 23 de noviembre del año pasado nuestra Academia celebró sesión pública para recibir formal y cordialmente al escritor don Salvador Elizondo, electo con anterioridad Miembro de Número de la misma. En esa fecha, don Salvador leyó su discurso de in-

greso, que fue contestado por el académico don José Luis Martínez.

El señor Elizondo ocupa el sillón número XXII, vacante por el fallecimiento del titular anterior, don Jaime Torres Bodet. Intituló "Regreso a casa" su disertación inaugural, en la cual recordó al grupo de los Contemporáneos, del que don Jaime fue miembro distinguido, y lo relacionó con su propia formación y vocación literarias, sin olvidar a otros maestros, como don Julio Torri, que le orientaron y estimularon en su obra de escritor.

Declaró: "...Llego a la Academia consciente de que ella es más que un organismo de gobierno de la Lengua y más que un registro espiritual de su evolución en el habla y en el arte. En su manifestación concreta —el *Diccionario*— la Academia es la conservadora de los valores comunes y persistentes —tal vez eternos por la Poesía— de la Lengua."

Don José Luis Martínez, en su contestación de bienvenida al recipiendario, examinó y enjuició la obra de Elizondo y expuso entre otras cosas:

"Hace ya quince años Elizondo hizo su aparición con paso firme en la literatura mexicana. Ahora tiene un nombre y una obra, con carácter y estilo inconfundibles. Como narrador es el creador de ambientes alucinantes en los que se entrecruzan el erotismo y el horror; de sutiles paradojas sobre la condición del tiempo y de escenarios y de personajes cuya ambigüedad les confiere un prestigio turbador. Como ensayista, Elizondo se esfuerza en desentrañar el sentido de las mayores creaciones literarias modernas, reflexiona acerca del tiempo de la naturaleza secreta de la escritura y del mundo cuyos signos descifra —que explora también en sus relatos—; y como hombre de letras vive los problemas de la vida y del espíritu y de la creación artística, con una vocación cuya intensidad los hace excluyentes de cualquier otra preocupación."

Ambos discursos se publicarán en nuestras *Memorias*.

Notas y Reseñas

ALBERTO VÁSQUEZ DEL MERCADO
IN MEMORIAM

POR ANTONIO CASTRO LEAL

Ha desaparecido uno de los hombres más nobles, más sabios, más honrados que ha tenido México en los últimos tiempos. Honró la Administración Pública siendo Subsecretario de Estado; enaltecó la Suprema Corte de Justicia renunciando a su cargo de Magistrado, el único caso que se recuerda, cuando un Presidente de la República, de pocas luces y de escasa doctrina, desterró del país a un noble revolucionario que atacaba su régimen. Y renunció sin aspavientos, sin oratoria, con las palabras sencillas de quien cumple un deber elemental. Conocía las leyes y la jurisprudencia como ninguno y fue maestro de todos, de los estudiantes de la Facultad, de sus compañeros de cátedra y también de los abogados que tenían prósperos despachos patrocinados por la política.

En nuestro grupo, al lado de Alfonso Caso, Vicente Lombardo Toledano, Manuel Gómez Morín y Teófilo Olea y Leyva era el mejor por su ciencia y, en cuanto a su calidad moral, a su rectitud, a su responsabilidad y a su juicio severo, no pertenecía a nuestro tiempo, tan lleno de debilidades, corrupciones, sometimiento y falta de honradez. Parecía que había sobrevivido milagrosamente a aquellas ilustres generaciones mexicanas del siglo pasado que, entre sufrimientos y sacrificios, no olvidaron que la primera obligación de la ciencia es defender la patria y conservar al hombre, sobre todas las cosas, en los límites sagrados de la honradez y grandeza del alma, de la fortaleza y valentía de espíritu y de la esclavitud hacia la verdad.

Duerme, hermano mío, duerme tranquilamente porque cumpliste como nadie, como los grandes patricios, como los sabios verdaderos, sin transacciones, sin debilidades, con valor e integridad. Duerme, hermano mío; tu premio fue tu vida, una de esas vidas limpias y en el fondo heroicas, de esas vidas que son las únicas que han salvado a nuestra patria en las épocas memorables, en la Independencia, en la Reforma, en la Revolución. Duerme en paz, hermano mío, que los que te conocieron nunca dejarán de llorarte.

BERNARDO CANAL FEIJOO AL FRENTE DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

La Academia Argentina de Letras eligió en julio pasado su Presidente al dramaturgo, poeta y ensayista Bernardo Canal Feijoo, escritor de bien merecido crédito en el mundo de nuestra lengua. Canal Feijoo, como Fermín Estrella Gutiérrez, Vicepresidente de la institución de referencia, ha visitado México en más de una ocasión; en México tiene excelentes amigos y es de lamentarse que sus más logradas creaciones sean desconocidas, o punto menos, en nuestra patria. Pertenece a una gran generación argentina, en la cual cabe señalar a ingenios tales como los recientemente fallecidos Carlos Ibarguren, Enrique Larreta, Arturo Capdevila, Roberto F. Giusti, Gustavo Martínez Zuviría y José León Pagano, generación inmediatamente posterior a aquella, memorable, en la que señorearon prohombres de tanta monta como Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas.

Bernardo Canal Feijoo nació en Santiago del Estero (1897), y tan vigorosa es su raigambre, que quien alude a aquella provincia y a su relieve cultural, necesariamente tiene que hacer mención del nuevo Presidente de la Academia Argentina de Letras. Su larga y fecunda vida ha fructificado en dos docenas de libros, entre los cuales sobresalen, así por su importancia como por su difusión, *Mitos perdidos*, *Los casos de Juan*, *Pasión y muerte de Silverio Leguizamón*, etcétera.

La Academia Mexicana saluda al flamante Presidente de la Academia Argentina de Letras, y por su conducto, a todos los miembros de aquella fraterna institución.—M. M.

LIBROS

Concepción Lombardo de Miramón, *Memorias*. Preliminar y algunas notas de Felipe Teixidor, Editorial Porrúa, México, 1980. 1012 pp.

José Fuentes Mares, *Miramón, el hombre*, Editorial Joaquín Mortiz. 1ª edición. México, 1974. 262 pp.

La reciente publicación de la Editorial Porrúa, *Memorias* de Concepción Lombardo de Miramón, es un documento de vivo interés para recrear la época y para iluminar aspectos humanos de los personajes que intervinieron en uno de los capítulos más dramáticos de la historia de México: el fugaz imperio del archiduque Maximiliano de Habsburgo y su desenlace, en el Cerro de las Campanas.

La intención que movió primordialmente la pluma de Concha Lombardo fue la de borrar, de una vez por todas, el sello de traidor a la Patria que mancha la imagen del general Miguel Miramón.

Rehabilitar la memoria de un soldado vencido no era tarea sencilla y Concha Lombardo lo sabía, pero ella era mujer decidida. Así lo demostró al superar obstáculos de orden social para convertirse en la compañera del militar de brillante trayectoria, a sabiendas de que la pasión de éste por la carrera de las armas era superior a cualquier otro amor. Aceptó vivir en permanente zozobra por la suerte del marido en campaña, presa a veces de angustia y a veces de celos. Supo seguirlo en el exilio y darle alientos cuando padecía en la inactividad del aislamiento. Se resignó a sufrir largas separaciones que la obligaban a resolver por su cuenta, para ella y sus hijos, problemas de toda clase, en medios hostiles, tanto en el país como en el extranjero. No se detuvo ante ningún camino, así fuera el más arriesgado o el más humillante, para salvar a Miramón del patíbulo. Perdida la esperanza, lo acompañó con entereza hasta el fin, pero se impuso el deber de rescatar su nombre de la ignominia. Con este propósito escribió los doce cuadernos de sus *Memorias* que guardó hasta su muerte, ocurrida en Toulouse, Francia, en 1921, a los ochenta y cinco años de edad.

Acerca del episodio de la tragedia de Querétaro hay una nu-

trida bibliografía, en la cual figuran varias obras novelísticas o teatrales, y testimonios directos de quienes participaron de alguna manera en los hechos que entonces tuvieron lugar. Los hay, por ejemplo, sobre los antecedentes de la llegada de los emperadores a México; acerca de la actuación de los responsables en el campo liberal o en el conservador de alguna acción importante; de los testigos presenciales del sitio de Querétaro, etcétera. En la mayoría de los casos la atención se centra en los protagonistas mayores del drama: Juárez y Maximiliano. Por otra parte, si es verdad que la historia oficial está escrita por los triunfadores, es natural que de éstos siempre se justifiquen o se desvanezcan los errores y se exalten los aciertos, mientras que las debilidades de los vencidos se califiquen con dureza y sus ideales se consideren apenas como devaneos de mentes soñadoras. Éste es el caso de Miramón, pero con la perspectiva que da la distancia es posible entender, sin exaltaciones, los aspectos luminosos y los sombríos de los héroes caídos y de los héroes entronizados.

Tanto el manuscrito de las *Memorias* como la colección de cartas de Miramón permanecieron inéditos muchos años, hasta que llegaron a manos del señor don Francisco Cortina Portilla, quien a su vez obtuvo esos documentos de una nieta del general Miramón que vivía en Palermo. La Editorial Porrúa se encargó de la publicación, que apareció en enero del año pasado. Felipe Teixidor —recientemente fallecido— estuvo al cuidado de la edición, escribió el "Preliminar", un resumen de la vida militar de Miramón y las sesenta páginas de interesantes notas que se refieren a identificación de personajes, sitios geográficos, monumentos, conventos, iglesias, obras literarias, acontecimientos históricos o de otra índole a los que se hace referencia en las *Memorias*. Más que notas aclaratorias, se trata de un minucioso trabajo de investigación, muy valioso para ubicar en sus amplias repercusiones internacionales y en su auténtico medio ambiente un capítulo de historia mexicana.

De las 1012 apretadas páginas que forman el libro, 678 corresponden propiamente al escrito de la viuda de Miramón. Teixidor enriquece las *Memorias* con otros testimonios importantes para dar una completa información acerca del momento histórico en que Miguel Miramón fue figura central. En primer lugar, aparecen las cartas del general Miramón a su esposa (1858-1867) en orden cronológico, aunque algunas de éstas se duplican porque fueron utilizadas por Concha dentro de las *Memorias*; a continuación,

el extracto de la vida militar del general Miguel Miramón; después las cartas del general Miguel Miramón dirigidas al general Casanova; más adelante la causa instruida al general Miramón. Cuarenta y seis ilustraciones ayudan a la comprensión puntual de los textos y con las notas se cierra este valioso libro.

La obra tiene como base las cartas de Miramón dirigidas a Concha en las que abunda la información pormenorizada de cada acción de guerra en las que participó; sus comentarios acerca de los movimientos del enemigo, y de la personalidad de los contendientes. Como naturalmente no se trata de informes oficiales sino de noticias de carácter muy personal, el general participa sin reserva a su mujer, planes, fracasos, desalientos, simpatías, enemistades, etcétera. Con objeto de dar coherencia al ordenamiento de los hechos, la autora inserta fragmentos de los *Episodios históricos* de Domingo Ibarra, y otros documentos que ella tenía en su poder.

De los lugares, caminos y ciudades donde hizo un alto en sus constantes peregrinaciones para atender el llamado de su esposo o para proteger su vida y la de sus hijos, consigna sus impresiones y los datos sobresalientes de su ubicación geográfica y de su interés histórico.

De los viajes al extranjero de la pareja en busca de alguna seguridad para sus vidas, ella aprovecha la ocasión para detenerse con cuidado en las muestras artísticas y monumentales que le dan carácter a cada ciudad; él no encuentra reposo para su desasosiego, agravado por la falta de noticias acerca de la incierta situación política de México.

Las referencias que aparecen en la obra acerca del mundo cortesano europeo, que los esposos conocieron debido al interés con que se acercaron a ellos los mexicanos residentes allá, no acusan deslumbramiento, antes bien, Concha se mueve en ese medio con natural propiedad y no le pasa inadvertida la verdadera razón que motiva a sus coterráneos. Se trata de conquistar un aliado para consumir sus planes de fundar un imperio en México, como medida para conseguir la paz de un país que se destruye en una larga lucha fratricida.

Pese a que la intención de Concha era exaltar la figura de su esposo, lo cierto es que su personal carácter como mujer fuera de lo común salta a la vista. Ella ofrece a sus lectores tanto el revés de la trama como el entorno de tipo familiar y social tan decisivo en el destino de un hombre clave como Miramón, y que la historia generalmente no registra. Ella pone de manifiesto la fuente de

ternura que puede ablandar el carácter del general; y a fuerza de justificar su falta de sentido político, da a entender hasta dónde llega su alto concepto del honor militar; a fuerza de admirar en su esposo la entereza, el dominio de sus emociones que a Miramón, a un paso de la muerte, le sobran para reconfortar a otros, no cae en la cuenta de que es ella, toda fortaleza y decisión, quien provoca en el general esa actitud desafiante ante el destino. Y si como compañera de Miramón encontró el camino para responderle en todas las situaciones, así fueran las más difíciles o las más desesperadas, con absoluta decisión y entrega, como viuda del general siguió viviendo, aunque lejos del país, para él, en su nombre y en su recuerdo, esforzándose entonces por la educación y por el bienestar de sus hijos.

Todos los ingredientes de la novela romántica del siglo XIX aparecen en las *Memorias*, que describen el ascenso y el ocaso de la estrella de un soldado. Vítoreos y aplausos. Fugas espectaculares. Caminos fatigosos. Muerte y desolación en la guerra. Y un gran amor que se fortalece en el peligro y se confirma a un paso del patíbulo.

En noviembre de 1974, la Editorial Joaquín Mortiz publicó *Miramón, el hombre* del historiador José Fuentes Mares, que en estas fechas alcanza ya su tercera edición. Esta obra es el resultado de las investigaciones que acerca de la época de la Reforma ha realizado Fuentes Mares y han cristalizado en libros como *Juárez y los Estados Unidos*, *Juárez y la Intervención*, *Juárez y el Imperio*, *Juárez y la República*. El hecho de que don Francisco Cortina Portilla hubiera puesto a su disposición las Cartas de Miramón que Concha Lombardo guardó hasta su muerte y las *Memorias* que ella escribió determinó al escritor a satisfacer un propósito largamente acariciado.

Al cúmulo de información de primera mano que el autor ha manejado, se añaden, pues, los documentos que lo decidieron a intentar —con muy buena fortuna por cierto— la reconstrucción de la personalidad profunda y compleja del general Miguel Miramón.

Ameno, perspicaz, intenso, el historiador-novelistas va marcando los pasos del "joven Macabeo" que aparece como el capitán de veinte años que hacía ejercicios gimnásticos en el Colegio Militar, hasta su muerte en Querétaro, en el cerro de las piedras que tañen.

Destaca su carácter de soldado al servicio del país y recuerda

cómo participó con un grupo de jóvenes en la defensa del Castillo de Chapultepec durante la intervención norteamericana en 1847. "Niños héroes" se les llama a los que entonces cayeron. Pone de manifiesto su lealtad al partido conservador y las brillantes campañas que le valieron constantes ascensos dentro del ejército. Hace hincapié en el presagio funesto que anunció el ópalo roto del anillo nupcial el día en que se unieron en matrimonio Miramón y Concha Lombardo, consumado nueve años después. Puntualiza los delicados problemas políticos que lo llevaron a la Presidencia de la República a los veintiséis años de edad y subraya los puntos fundamentales de su programa de gobierno: "No puedo someterme a una rutina, a permanecer en un *statu quo* que en política implica siempre retroceso; preferiría volver a servir a la nación sólo con mi espada."

Fuentes Mares reacomoda las piezas de la gigantesca trampa en que se mezclan por un lado las ambiciones de los países europeos, las Leyes de Reforma y la férrea voluntad de Juárez; y por otro, las consecuencias del famoso tratado McLane-Ocampo. Las luces y las sombras de los enemigos a muerte, Juárez y Miramón, se destacan mejor en los últimos momentos. Si es verdad que a Miramón lo perdió su inquietud por querer resolver todos los problemas en acciones de guerra, y su limitado sentido político lo empujó a cometer graves errores, también es cierto que sólo lo rindió la traición y que su ejemplar dignidad de soldado se reafirmó en los momentos amargos de su cautiverio y de su fusilamiento.

MARÍA DEL CARMEN MILLÁN

Alatorre, Antonio, *Los 1001 años de la lengua española*. Prólogo de Jorge Guillén. Realización y diseño de Beatrice Trueblood. México, Bancomer, 1979, 372 pp., ils., mapas.

Editada gracias al patrocinio de Bancomer, importante institución bancaria, ha aparecido una de las más sólidas, acabadas, perfectas y hermosas historias de la lengua española. Su autor es un ilustre mexicano, el maestro Antonio Alatorre, formado al lado de Alfonso Reyes y de Raimundo Lida y director por muchos años tanto del Centro de Estudios Lingüísticos de El Colegio de México como de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, que dirigió anteriormente Amado Alonso.

La preparación académica de Antonio Alatorre es muy sólida. Con una base firme de humanidades se dedicó con seriedad a la filología y al estudio de la literatura. Maestro tanto en El Colegio de México como en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, también lo ha sido en Princeton y otras universidades extranjeras. Sus artículos en revistas especializadas y sus preciosas y juiciosas versiones al español de obras básicas para la cultura hispanoamericana como son la de Marcel Bataillon, *Erasmus y España*; de Jean Sarrailh, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*; de Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas* y otras más, son modelo de fidelidad, alta comprensión del tema y amplio conocimiento y manejo de la lengua en que están escritos y de la materia a la que traduce.

Largos años ha trabajado callada, minuciosa y entrañablemente en una labor en la cual reflexión y producción van parejas. Hoy nos entrega dentro de espléndido marco el libro que de él esperábamos, sólido, magnífico, lleno de sabiduría y belleza.

En trescientas cincuenta y ocho páginas —ilustraciones de por medio— se nos ofrece la más donosa y fresca historia de la lengua española. Organizada en diez apretados capítulos —aparte de algunas que suprimieron razones editoriales— esa historia, cuya lectura, como descó su autor, no cuesta ningún trabajo, parte del estudio de la lengua latina y “del proceso mediante el cual el latín fue convirtiéndose en otra cosa” hasta llegar a nuestros días. Junto con la lengua se historia la literatura, lo que confiere a esta obra un atractivo más, pues como afirma su autor, estudiar la historia de la lengua es lo mismo que enseñarse a amar el *Cantar del Cid* y los *poemas* de Gonzalo de Berceo.

A más de sorprender el saber de Alatorre —toda una vida de estudio y dedicación—, lo que más atrae del libro es su sencillez, que él mismo le confirió mediante mayor esfuerzo. En forma clara y precisa, el autor nos lleva no sólo por los intrincados vericuetos de la gramática histórica, de las filiaciones lingüísticas, de las influencias de muy diversas lenguas en el español, incluso las modernas, sino que nos deleita a través de los agradables paseos en los que nos describe flores y frutos del español, desde Juan de Valdés y Garcilaso hasta Azorín, Unamuno, Antonio Machado, Darío, Neruda y Borges.

Tal vez la mayor aportación del libro consiste en no dedicar capítulo por separado al español en América, pues éste —afirma rotundamente— no tiene por qué ser tratado aparte, como apén-

dice. El posesivo nuestra, de "nuestra lengua", nos engloba a todos por igual. Así, al estudiar el desarrollo de la lengua y de la literatura, fuertemente enlazados, incorpora al español y a las letras hispanoamericanas, como frutos exactamente iguales a los producidos en la Metrópoli. Afirma por ello que la voz poética de Sor Juana, producto del desarrollo literario y de la sensibilidad hispanoamericana, no fue producto aislado, sino el más acabado de toda la literatura hispánica, como lo fue, también en su tiempo, Rubén Darío y como posteriormente lo han sido Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges.

Llenas de atinados juicios, de maduras reflexiones bellas y precisas están todas las páginas del libro. Muy sugestivas y llenas de vivencias las que consagra al desarrollo de la lengua y de la literatura a partir del siglo XVIII, que tocan directamente aspectos muy importantes de nuestra sensibilidad y desenvolvimiento literario. El autor termina subrayando la importancia del español entre las lenguas modernas y su capacidad de ser portadora de la cultura universal.

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

VARIA

- Suceso cultural predominante de días recientes fue la aparición del *Diccionario Maya Español/Español Maya*, emitido por Cordemex, la empresa patrocinadora. Iniciado en 1974 bajo la dirección del sabio Alfredo Barrera Vásquez, participó en él un equipo de mayistas peninsulares, entre ellos filólogos —por supuesto—, arqueólogos, etnólogos, historiadores y especialistas en diversas disciplinas. Ya veremos en estas páginas una amplia recensión de la obra, acorde con su magnitud.

- Nadie estimará fuera de lugar consignar aquí el anuncio hecho en Lima por don Alonso Zamora Vicente, durante el VIII Congreso de Academias de la Lengua, respecto a la proximidad de la nueva edición del Diccionario oficial del organismo de Madrid, o sea la vigésima.

- Se multiplica el crispar de nuestros nervios ante cada vez mayores ultrajes al idioma advertidos en publicaciones y en la TV, pero ningún periódico o canal transmisor proporciona emoliente

alguno para normalizar el sistema nervioso. Así, se habla de la exhibición de una película que *será canalizada* por el canal número tantos; más allá, de la *finalización* en un asunto determinado; y por si fuera poco, se alude a un proyecto en cuya formulación *se envisionó* (el término aparece dos veces) cierto problema. . .

- Imposible omitir la mención al monumental libro *Los 1001 años de la lengua española*, obra conjunta del escritor Antonio Alatorre (El Colegio de México) y la diseñadora editorial Beatrice Trueblood. Sobran encarecimientos de tal hazaña en estas notas volanderas, y remitimos al lector a páginas distintas donde se le analiza espaciosamente. Un ejemplar del libro fue entregado en Madrid al rey Juan Carlos, por el patrocinador don Manuel Espinosa Yglesias.

- El librero-editor Manuel Porrúa se ha entusiasmado con los diccionarios; de tal suerte, últimamente lanzó reimpresiones populares de los siguientes: *Diccionario de la Lengua Castellana*, por Roque Barcia; *Diccionario de la Rima*, por Juan Landa —morboso deseo de espiar a los ojerosos adquirentes—; *Diccionario de Sinónimos de la Lengua Castellana*, por Pedro M. de Olive; *Diccionario Razonado de Legislación y Jurisprudencia*, por Joaquín Escriche, y *Diccionario de la Legislación de Seguros*, por Roberto Palacios Bermúdez.

Debemos registrar, por desgracia, el fallecimiento del amigo Manuel Porrúa acaecido en fecha cercana.

- Ojalá no llegue a oídos sordos la recomendación limeña de don Dámaso Alonso, en el sentido de que "para vivificar" las Academias todas trabajan como miembros de una comunidad y que, con ese fin, es necesario el apoyo de los Estados. Ya con anterioridad, en ocasión de recibir el Premio Cervantes 1978, combatió la idea imperante en el siglo XIX de que "los españoles éramos los amos de nuestra lengua". En una crónica de entonces, José Antonio Gabriel y Galán escribía esto que no podríamos precisar si es juicio suyo o de don Dámaso: "No es aventurado decir que restos de tal idea [la del siglo XIX] perviven aún en la mente de muchos españoles que desconocen la profunda realidad del continente americano. A nivel de hombre de la calle, puede percibirse a veces una cierta suspicacia ante la manera de hablar el español de argentinos, chilenos o mexicanos. Como si las naciones latino-americanas estuvieran pervirtiendo nuestro idioma. Y es que a muchos españoles les queda dentro el resabio de que son los pro-

pietarios de esta lengua, aunque traten de disimularlo. En ocasiones puede observarse una especie de racismo lingüístico. Este inculto hispano debe pensar algo así como «el idioma soy yo». Resultaba inevitable una regionalización del idioma español. Son muchas y distantes las naciones que lo hablan y ello había de provocar una evolución particular en cada zona, máxime cuando los organismos que hubieran debido velar por la unidad no han funcionado a la perfección." Don Dámaso Alonso fue concreto: "Los españoles ya no tienen la exclusiva de un idioma que es multinacional. Pero ello no es óbice para que haya que intensificar la defensa de esta lengua, hoy acechada por tantos peligros. No es sólo el desarrollo anárquico y desbocado del español en cada país, sino también la constante agresión colonialista del inglés, frente al que habría que preparar nuestras mejores armas."

- La más reciente donación para nuestro Museo del Escritor proviene de la señora Martha Casasús, quien proporcionó a la Institución un retrato de su abuelo don Joaquín D. Casasús.

- Se prepara por nuestra Academia una nueva edición facsimilar de la curiosa *Ortografía castellana* de Mateo Alemán, publicada originalmente aquí en 1609. Llevará prólogo del académico José Rojas Garcidueñas. Igualmente, el académico doctor Antonio Castro Leal, de cuya muerte se da cuenta en este número, tuvo a su cargo el prólogo para la reedición de otra obra de Alemán: *Sucesos de fray García Guerra*.

- Al doctor Boyd G. Carter, incansable y fértil investigador de las letras mexicanas —con especialidad en la figura de Manuel Gutiérrez Nájera—, le debe muchos servicios nuestra cultura. Por ello, la Academia acordó designarlo Miembro Correspondiente de la misma en los Estados Unidos.

A corto plazo de su elección, el tan apreciado doctor Carter falleció el 18 de diciembre pasado.

- En el curso de recientes sesiones, nuestra Academia designó Miembros Correspondientes suyos en los Estados Unidos a dos investigadores sensibles y fecundos de la literatura mexicana: Stanley L. Robe e Irving A. Leonard.

- Apuntamos otra nota de duelo al participar la muerte del licenciado Alberto Vásquez del Mercado, relevante jurista y literato

alguno para normalizar el sistema nervioso. Así, se habla de la exhibición de una película que *será canalizada* por el canal número tantos; más allá, de la *finalización* en un asunto determinado; y por si fuera poco, se alude a un proyecto en cuya formulación *se envisionsó* (el término aparece dos veces) cierto problema. . .

- Imposible omitir la mención al monumental libro *Los 1001 años de la lengua española*, obra conjunta del escritor Antonio Alatorre (El Colegio de México) y la diseñadora editorial Beatrice Trueblood. Sobran encarecimientos de tal hazaña en estas notas volanderas, y remitimos al lector a páginas distintas donde se le analiza espaciosamente. Un ejemplar del libro fue entregado en Madrid al rey Juan Carlos, por el patrocinador don Manuel Espinosa Yglesias.

- El librero-editor Manuel Porrúa se ha entusiasmado con los diccionarios; de tal suerte, últimamente lanzó reimpresiones populares de los siguientes: *Diccionario de la Lengua Castellana*, por Roque Barcia; *Diccionario de la Rima*, por Juan Landa —morboso deseo de espiar a los ojerosos adquirentes—; *Diccionario de Sinónimos de la Lengua Castellana*, por Pedro M. de Olive; *Diccionario Razonado de Legislación y Jurisprudencia*, por Joaquín Escriche, y *Diccionario de la Legislación de Seguros*, por Roberto Palacios Bermúdez.

Debemos registrar, por desgracia, el fallecimiento del amigo Manuel Porrúa acaecido en fecha cercana.

- Ojalá no llegue a oídos sordos la recomendación limeña de don Dámaso Alonso, en el sentido de que "para vivificar" las Academias todas trabajan como miembros de una comunidad y que, con ese fin, es necesario el apoyo de los Estados. Ya con anterioridad, en ocasión de recibir el Premio Cervantes 1978, combatió la idea imperante en el siglo XIX de que "los españoles éramos los amos de nuestra lengua". En una crónica de entonces, José Antonio Gabriel y Galán escribía esto que no podríamos precisar si es juicio suyo o de don Dámaso: "No es aventurado decir que restos de tal idea [la del siglo XIX] perviven aún en la mente de muchos españoles que desconocen la profunda realidad del continente americano. A nivel de hombre de la calle, puede percibirse a veces una cierta suspicacia ante la manera de hablar el español de argentinos, chilenos o mexicanos. Como si las naciones latinoamericanas estuvieran pervirtiendo nuestro idioma. Y es que a muchos españoles les queda dentro el resabio de que son los pro-

pietarios de esta lengua, aunque traten de disimularlo. En ocasiones puede observarse una especie de racismo lingüístico. Este inculto hispano debe pensar algo así como «el idioma soy yo». Resultaba inevitable una regionalización del idioma español. Son muchas y distantes las naciones que lo hablan y ello había de provocar una evolución particular en cada zona, máxime cuando los organismos que hubieran debido velar por la unidad no han funcionado a la perfección." Don Dámaso Alonso fue concreto: "Los españoles ya no tienen la exclusiva de un idioma que es multinacional. Pero ello no es óbice para que haya que intensificar la defensa de esta lengua, hoy acechada por tantos peligros. No es sólo el desarrollo anárquico y desbocado del español en cada país, sino también la constante agresión colonialista del inglés, frente al que habría que preparar nuestras mejores armas."

- La más reciente donación para nuestro Museo del Escritor proviene de la señora Martha Casasús, quien proporcionó a la Institución un retrato de su abuelo don Joaquín D. Casasús.

- Se prepara por nuestra Academia una nueva edición facsimilar de la curiosa *Ortografía castellana* de Mateo Alemán, publicada originalmente aquí en 1609. Llevará prólogo del académico José Rojas Garcidueñas. Igualmente, el académico doctor Antonio Castro Leal, de cuya muerte se da cuenta en este número, tuvo a su cargo el prólogo para la reedición de otra obra de Alemán: *Sucesos de fray García Guerra*.

- Al doctor Boyd G. Carter, incansable y fértil investigador de las letras mexicanas —con especialidad en la figura de Manuel Gutiérrez Nájera—, le debe muchos servicios nuestra cultura. Por ello, la Academia acordó designarlo Miembro Correspondiente de la misma en los Estados Unidos.

A corto plazo de su elección, el tan apreciado doctor Carter falleció el 18 de diciembre pasado.

- En el curso de recientes sesiones, nuestra Academia designó Miembros Correspondientes suyos en los Estados Unidos a dos investigadores sensibles y fecundos de la literatura mexicana: Stanley L. Robe e Irving A. Leonard.

- Apuntamos otra nota de duelo al participar la muerte del licenciado Alberto Vásquez del Mercado, relevante jurista y literato

que en distintas oportunidades hizo importantes donaciones de libros a nuestra Casa, inclusive una colección de clásicos españoles de La Lectura. En reseña aparte se le tributa un recuerdo.

- El 28 de mayo último tomó posesión de la silla XXXII de la Academia don Gonzalo Báez-Camargo, con su carácter de Miembro de Número, en substitución de don Salvador Novo. Tras hacer el correspondiente elogio de su predecesor, dio lectura a su trabajo "El concepto de la mujer y del amor en el *Quijote*", al cual dio respuesta el Académico don Antonio Gómez Robledo. Ambos textos aparecerán en un número venidero de nuestras *Memorias*.

A.A.E.

*Ediciones del
Centenario de la Academia Mexicana*

SEMBLANZAS DE ACADÉMICOS. Los 145 más importantes hombres de letras en un siglo de vida mexicana; figuran los académicos que pertenecieron a la Corporación entre 1875 y 1974. Volumen de 316 páginas. \$ 100.00.

ÁLBUM DE DIRECTORES. Reproducciones a color de la galería de retratos al óleo de los directores de la Academia, instalada en el salón de actos de la Corporación. Fascículo de 38 páginas con 13 láminas. \$ 35.00.

ANTOLOGÍA DE POETAS MEXICANOS. Tercera edición facsímil de la publicada por la Academia en 1894. Preámbulo de Francisco Monterde. Advertencia y *Reseña histórica de la poesía mexicana* por José María Vigil. Volumen de 512 páginas. \$ 150.00.

JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA: VOCABULARIO DE MEXICANISMOS. Segunda edición facsímil. Preliminar de José Luis Martínez. Volumen de 268 páginas. \$ 100.00.

MEMORIAS DE LA ACADEMIA MEXICANA. Reproducción facsímil de los tomos I a VII que se hallaban agotados; comprenden la vida de la Corporación entre 1875 y 1945. \$ 100.00 cada volumen.

ÍNDICES DE LAS MEMORIAS DE LA ACADEMIA MEXICANA. Tomos I-XXI (1876-1975). Preliminar de José Luis Martínez. Fascículo de 68 páginas. \$ 35.00.

AGUSTÍN YAÑEZ: PLUS ULTRA. Discurso de clausura del XVIII Congreso del Instituto Internacional de la Literatura Iberoamericana, en Huelva, España, el 26 de marzo de 1975. Fascículo de 44 páginas. \$ 35.00.

Otras publicaciones de la Academia

MEMORIAS DE LA ACADEMIA MEXICANA, tomos VIII a XXII; comprenden las actividades de la Corporación desde 1946 hasta 1975. \$100.00 cada volumen.

MEMORIA DEL PRIMER CONGRESO DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA, CELEBRADO EN MÉXICO DEL 23 DE ABRIL AL 6 DE MAYO DE 1951. Volumen de 552 páginas. \$ 100.00.

MARIUS SALA, DAN MUNTEANU: EL LÉXICO INDÍGENA DEL ESPAÑOL AMERICANO. Premio del Centenario de la Academia Mexicana en el concurso sobre Lingüística Hispana. Coedición con la Academia Rumana. Bucarest, 1975. \$ 200.00.

ANUARIO DE LA ACADEMIA MEXICANA. 1981. Volumen de 158 páginas. \$ 50.00.

Impreso en Editorial Galache, Priv. Doctor Márquez 81, México 7, D. F.

ACADEMIA MEXICANA

Director: JOSÉ LUIS MARTÍNEZ
Secretario: JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS
Tesorero: MIGUEL ALEMÁN
Censor: OCTAVIANO VALDÉS
Bibliotecario: ANDRÉS HENESTROSA

FRANCISCO MONTERDE
ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO
JESÚS GUIA Y AZEVEDO
JESÚS SILVA HERZOG
MAURICIO MAGDALENO
FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO
MANUEL ALCALÁ
MIGUEL LEÓN-PORTILLA
RUBÉN BONIFAZ NUÑO
SALVADOR AZUELA
ALÍ CHUMACERO
ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO
ERNESTO DE LA TORRE VILLAR
EDMUNDO O'GORMAN
ALFONSO NORIEGA CANTÚ
IGNACIO BERNAL
MARÍA DEL CARMEN MILLÁN
SERGIO GALINDO
PORFIRIO MARTÍNEZ PEÑALOZA
SILVIO ZAVALA
MANUEL PONCE
JOSÉ G. MORENO DE ALBA
JUAN RULFO
SALVADOR ELIZONDO
GONZALO BÁEZ-CAMARGO

